

**PEREIRA:  
VISIÓN CALEIDOSCÓPICA**

Rigoberto Gil Montoya

Para José Fernando Marín:  
Defensa y memoria de  
una ciudad entrañable

### Envío

El azar mueve las cosas. Desde mi ático veo a lo lejos la inabarcable mancha urbana, su crepitar de luces. La aparente tranquilidad de ese cuerpo hecho de memoria suele alterarse, día a día, en el tránsito incesante de los recorridos humanos. Abro el periódico, me entero de la conferencia que dictará José Emilio Pacheco en el Colegio Nacional, Centro Histórico. El tema, la traducción poética como un arte imposible. Hablará de su experiencia en traducir a nuestra lengua los cuartetos de T.S. Eliot y me dirijo hacia allá, no sin antes cruzar las puertas de varias librerías de viejo, en busca de una biografía literaria sobre la ciudad que presumo de Vicente Quirarte.

A punto de abandonar la pesquisa, un libro pequeño y ajado ocupa mi atención. *Las literaturas de kiosko*, del español Francisco Alemán, me hace olvidar por minutos la búsqueda infructuosa. Abro el libro y qué descubro: una mirada romántica sobre las tiendas de acera donde miles de lectores anónimos se hacían a las colecciones periódicas de Simon Templar, el Santo, las historias del oeste, los crímenes aristocráticos de Agatha Christie y las fotonovelas de amor. El folletín como parte de nuestra educación sentimental, colijo y me lanzo enseguida a recorrer la calle Donceles y pienso en Aura, pero sobre todo en el destino que la casa Donceles 815 le tiene reservado a Felipe Montero y algo en mí se estremece.

En presencia de Pacheco siento que todos, de alguna manera, seguimos siendo adolescentes, que volvemos allí para afirmarnos, tras las huellas de un bolero o de un te amo dicho entre los árboles del parque. De inmediato pienso en mi padre y en su pasión por coleccionar revistas de aventuras. Él fue un visitante asiduo de los kioskos. Me dejó atrapar por una imagen: el arribo de mi padre a casa con un paquete bajo el brazo. Había estado de viaje y traía noticias nuevas. Esa semana mi hermano y yo viviríamos de cerca las aventuras de nuestros ilustres héroes de papel.

Vine hasta aquí, a la ciudad de Paz y ese viento entero que reseca los labios; a la ciudad de Poniatowska y su relato polifónico de los estudiantes sacrificados en Tlatelolco; a la ciudad de Ixca Cienfuegos y los duendes de Anáhuac, inmutables frente a la imagen de un lago seco y árido, como una tumba sin nombre. Vine hasta acá, a una ciudad donde todo resulta desbordado, incluso la cantidad de kioskos multiformes a las entradas de las estaciones de metro, para comprobar que mi padre fue el primero en acercarme a las palabras impresas que la ciudad, la mía, deja circular en medio del silencio que nos hace tan frágiles y proclives al olvido.

RGM

Calzada al Desierto de los leones  
Santa Rosa Xochiac  
México DF

Lo que vieron mis ojos fue simultáneo:  
lo que transcribiré, sucesivo, porque  
el lenguaje lo es.

Jorge Luis Borges  
*El Aleph*

nunca se aprovechará debidamente el  
caudal literario que la ciudad  
contiene; nunca se desgastarán  
las obsesiones que la ciudad autoriza.

Carlos Monsiváis  
*Aires de familia*  
*Cultura y sociedad en América Latina*

Pereira sucede una vez en la memoria, y para siempre(...)  
No quiero decir que Pereira sea la ciudad feliz.  
Esto no tendría sentido, pues toda felicidad  
termina en el aburrimiento. Pero en Pereira  
hasta el aburrimiento tiene un encanto,  
un <<spleen baudeleriano>>

Gonzalo Arango  
*Un collar de perlas para Pereira*

## **Visión inicial**

Creo que las motivaciones por el hecho de la escritura, más allá de un ejercicio intelectual y de un estar en el mundo de las discusiones y los diálogos, convidan la nostalgia y la evocación. Sólo se extraña lo que hace parte de uno mismo. Sólo se recuerda y se rescata para el presente, imágenes caras a un devenir en el que se ha actuado e intervenido, cuando se acepta un destino y con él, la forma de una vida hecha de palabras y de sueños, de obsesiones que animan un tropo o adoban el cuerpo de un signo. ¿Cómo no asumir hoy, desde el ejercicio de una palabra que nombra e infiere, la lectura de una ciudad que me acoge desde los ocho o nueve años, cuando empiezo a recorrer un mapa urbano de la mano de mi padre?.

Miembro de una familia condicionada por el furor político enquistado en los pueblos risaraldenses, conocí el radicalismo de los grupos que enarbolaban una bandera y defendían un dogma sobre la base de la fuerza y la represión. Recuerdo a mi padre encerrado durante más de un mes en su sastrería, dando vueltas en redondo y pensando una salida decorosa para abandonar La Celia, sin poner en peligro a su familia. Un mes atrás, en pleno día de mercado, fuimos testigos de la muerte violenta de un líder conservador. Algunos miembros de la caterva familiar fueron puestos en la palestra pública como posibles autores intelectuales del hecho, pero en realidad la acusación implicaba, de manera tácita, a todos los integrantes de un grupo político, entonces diezmado y desplazado por la presencia de unas ideologías excluyentes y autoritarias, al interior de aldeas empeñadas en teatralizar los excesos padecidos en el 48, bajo esa figura de un Roa Sierra linchado por la multitud enardecida.

Era la década de los años setentas, cuando al ritmo de los Teen Agers y de Jimmy Salcedo y su Onda Tres, el país veía nacer un nuevo grupo guerrillero y recogía las ganancias de la bonanza cafetera y se regocijaba con los triunfos de Kid Pambelé, mientras el televisor Motorola, de tubos, mostraba en la pantalla la transformación de Ultramán, luego de apoderarse de su maravillosa cápsula, para mantener el orden y la justicia en su territorio.

Las rencillas políticas no se hicieron esperar. La epidemia bipartidista era el síntoma de un atraso cultural y político que por décadas nos habían hecho tan provincianos y proclives a la barbarie, como señal de incomunicación y aislamiento, mientras los dos bobos del pueblo, *Juandi* y *Guayara*, enrostraban con su abandono y sus monólogos difusos, el estado de sitio de la incompreensión y la estolidez.

Abandonar el pueblo era la única garantía para seguir siendo. En nuestras correrías, soportamos el sol abrasador del puerto de La Virginia, a tenor de los pescadores que lanzaban sus atarrayas en las aguas profundas del río Cauca, temerosos de encontrar un cadáver sin nombre y sin memoria, de advertir, en medio de la turbulencia, la imagen, en blanco y negro, de un país que en 1964 fuera contado por Julio Luzardo en su película *El río de las tumbas*. También evidenciamos la soledad en el ámbito brumoso de Quinchía, frente a la imponencia de los cerros Batero y Govia, acaso representaciones iconoclastas de una prehistoria que siempre regala, para el presente, una topografía que pareciera esculpirse a sí misma y de este modo, abonar a la belleza en la naturaleza secreta y recóndita de sus formas.

¿Cómo no asumir hoy, desde el ejercicio de una palabra que nombra e infiere, la lectura de una ciudad que me acoge desde los ocho o nueve años, cuando empiezo a recorrer un mapa urbano de la mano de mi padre? Cuando tocamos el suelo de Pereira para buscar una

permanencia en su entramado, algunas imágenes frescas de ciertos viajes esporádicos a la trasnochadora y morena, ya animaban el tránsito, ya auguraban los visos de una infancia inolvidable. De la mano de mi padre, mi hermano y yo, y en ocasiones al lado de mi madre, habíamos sentido el almidón de las sábanas en las residencias ubicadas en la peatonal de la dieciocho. No sabía entonces que esa misma calle había sido famosa en la década de los veinte, cuando los lugareños la habían bautizado *La calle del miadero*, según lo refiere Ricardo Sánchez en sus exquisitas crónicas de finales del treinta.

El almidón de las sábanas, la música de un viejo transistor que dejaba escapar el tono blues de Mirla Castellanos y el aire de una familia aldeana e ingenua que arribaba a la capital, en busca de un lugar adecuado para abrir una sastrería y quizá más tarde una venta de cacharro, aún fortalecen mi memoria, ahora que intento comprender el valor de la palabra escrita, que indago por la tradición de un corpus literario muy reciente, que veo en los ojos de mi hijo el brillo del porvenir como señas de identidad.

Pero lo mejor de aquellas residencias eran, sin duda, las ventanas que comunicaban con el mundo. Mi padre se las ingeniaba siempre para que nos instalaran en la habitación que daba a la calle, con su rumor de feria y su aleteo romántico. La ciudad se metía por la ventana y nosotros nos escapábamos por ella. ¡El neón fue el gran descubrimiento! Las luces intermitentes, las luces de colores invadían el rostro de mi hermano y éramos felices, como al parecer lo fue el poeta nadaísta Gonzalo Arango en los albores de la década del sesenta, cuando, embriagado por la ciudad y atento a los signos de una breve historia de colonos y marchantes, observó las calles invadidas por un *rumoroso comercio*; recorrió sus avenidas *iluminadas de semáforos y gas de neón, como una pequeña Broadway con serenatas, montes y luna llena*. El neón era propio de las ciudades y de su embrujo; podíamos contar, a

nuestro regreso, en los recreos de la escuela y en medio de corrillos, cómo las noches de la ciudad eran distintas, tras el escenario artificial hecho de caballitos pegasso, de palmas tropicales, de mujeres que exhibían sus encantos a lo Monroe, de mensajes sugestivos que invitaban al consumo en almacenes y casinos. Más tarde leeríamos en las páginas de Benjamin cómo el neón operó profundos cambios en la constitución cultural de las ciudades europeas y nos sentiríamos vinculados a un mundo que comparte sus símbolos, sus metáforas.

La otra maravilla fue el cine. Los teatros Nápoles, Caldas, Karká y Pereira animaron nuestros primeros sueños en movimiento, ampliaron nuestra visión de otras latitudes. Las historias de amor, las comedias mexicanas protagonizadas por Viruta y Capulina, las sencillas y viriles aventuras de Toño Aguilar en un ambiente que luego descubriría en las memorables páginas de Rulfo; los despechos siempre honestos de Vicente Fernández en algún barrio marginal de Ciudad de México; los espectaculares combates de Bluedemon y El Santo, El enmascarado de plata, contra una jauría de maleantes encapuchados y desadaptados sociales, nos refirieron, por primera vez, los peligros y misterios que asechan los ambientes urbanos en su condición de mapas trazados por líneas humanas disímiles y contradictorias.

Pero allí no concluía la aventura del cine. La puesta en escena de la proyección cinematográfica formaba parte, en efecto, de la maravilla de permanecer en un sitio, bañado en chorros de luz que un proyccionista, desde la parte de atrás de un escenario y refugiado en una cabina, regalaba a una multitud ávida e inquieta, con sus esperanzas iluminadas en el cinemascopio, a lo Tom Baxter, a lo Cinema Paradiso. Era la época en que el público podía fumar en la sala, consumir licor y comentar, de manera espontánea, los momentos

memorables de la cinta. El cine en rotativa permitía repetir la película cuantas veces el público lo quisiera. Al fin y al cabo, el mundo en el exterior era peligroso e inseguro, porque estábamos a merced del misterio de lo cotidiano, de lo intempestivo; lo supo años antes el bardo popular Luis Felipe Flórez, cuando a manera de trovas, contó el asesinato de una distinguida dama ocurrido en La Popa, Dosquebradas, a manos de unos delincuentes. *El espantoso crimen en Pereira*. Sí, recuerdo haber leído esas trovas en las hojas amarillentas que mi madre guardaba en una vieja estantería de su cuarto. Más tarde las encontraría, comentadas, por Euclides Jaramillo Arango en su libro *Dos centavitos de poesía*, del año 72:

Es el caso más horrible  
que experimenta Pereira  
y que ha dejado su historia  
en todo el haz de la tierra.

Esto es lo más espantoso  
que hoy acaba de pasar  
en la historia de Pereira  
el cual les voy a narrar.

Fíjense bien mis lectores  
y pongan mucha atención  
para que vean mis lectores  
cómo está la corrupción.

Matilda Jaramillo  
fue la víctima escogida  
y por robarle las riquezas  
acabaron con su vida (...)

El cadáver fue traído  
en inmensa conmoción  
y al instante requisaron  
su casa de habitación...

¡El sino de la violencia y el misterio de lo cotidiano, más allá del enigma cinético! Lo supo y lo sufrió además mi tío Arnobio, líder cafetero, cuando fuera asesinado en la ciudad a mediados de mayo del año 77, entre las calles dieciocho y diecinueve, con carrera tercera, en medio del estremecimiento de sus dos pequeñas hijas, ligado él a una historia personal que lo regresaba -en virtud de unos hilos invisibles que tal vez interpretó Borges cuando sentenció que en el proceso de la corrupción el cadáver recupera sus antiguas caras-, a las pugnas políticas que cobraron sus muchas víctimas en el suelo risaraldense de La Celia.

Pero nuestra aventura personal con el cine se trasladaba también a las esquinas del barrio San Judas. Allí, los grupos de muchachos hacíamos fiesta para contar la versión personal de la película vista en matiné o los sábados en la noche, al ritmo de Brillantina y Boney M. La esquina, hoy nicho de imágenes borrosas, permitía la posibilidad de recrear argumentos, eliminar de la película lo banal y poco impactante, agregar a la trama aquellos diálogos que alguna vez imaginamos decir a la niña de la otra cuadra, un poco para emular el sentido romántico de las canciones de Heleno y Elio Roca.

Era el cine alimentando la rutina barrial, desdibujando las miserias cotidianas de aquellos días. Era el cine que luego comprenderíamos sustancia viva en el carácter popular de los países latinoamericanos y que luego encontraríamos como pretexto y materia en las obras de Manuel Puig (*El beso de la mujer araña*, *Boquitas pintadas*, *La traición de Rita Hayworth*) y Osvaldo Soriano (*Triste, solitario y final* y *Una sombra ya pronto serás*). Y para nuestros asuntos ligados a la nostalgia y quizá a nuestro sentimiento aldeano, entenderíamos que la ciudad había permitido, en cada época, la expresión de grupos sociales frente al impacto del cine como industria cultural.

Todo este rato para venir desde el Karká? No, señora. ¿Ah, no? Entonces, ¿qué es lo que hace...? Ella nada. Conversar en la esquina. Comentar lo estupendo que estaba Humprey Bogart con su paraguas y su sombrero coco, o lo divina que sale Audrey Hepburn cuando él la ve con su perro lanetas, la maravilla de vestido que ella se pone el día del coctel, todo escotado, con una cola atrás, lleno de tules, y cuando William Holden se vuelve flecos el trasero con las copas de champaña, y la cancha de tenis, sensacional, toda cubierta. Lo más chistoso es cuando le tienen que sacar los trozos de baccarat, uno por uno, con todo el culo al aire.

(Albalucía Ángel. *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*)

Más tarde leeríamos en las páginas de Arandú, El príncipe de la selva y de Kalimán, El hombre increíble, la dimensión del mal representada en fuerzas oscuras que, valiéndose de toda suerte de artificios y de mecanismos tecnológicos, ponían en vilo al mundo entero. Más adelante conoceríamos, cada martes y por entregas, el mundo travieso de Memín, Pingüín, al lado de Ernestillo, Ricardito y Carlangas. Un mundo de la infancia, mediado por las diferencias de clase, por la poética de la marginalidad, anticipo quizá de la misma que tuve el placer de disfrutar en mi preadolescencia, en las esquinas del barrio San Judas, a orillas del río Otún, cuando maleantes de la categoría de Cantinflas, Coringa y Mahiche, ponían en aprietos a las autoridades locales.

Comprendimos, por aquella época, que no era sencillo crecer, en medio de tantos intereses individuales y de pactos firmados entre grupos reaccionarios y ortodoxos, mientras las sociedades, en apariencia, continuaban su rumbo. La complejidad del mundo que empezábamos a descubrir tomaba la forma de la palabra impresa, acompañada de dibujos artísticos que representaban la historia. Mi padre, entusiasta del cine de acción y de los dramas encarnados en las figuras de Libertad Lamarque y Yolanda del Río, había descubierto en sus correrías por la ciudad que supo de su infancia -cuando descalzo se colaba en el tranvía sin pagar, cuando regresaba a pie y fatigado a su casa materna, ubicada

en la vereda San Marino, por los lados de Combia-, la existencia del comic y las revistas de aventuras.

Entretenido y hábil coleccionista, mi padre patrocinó para sus hijos las series de las revistas publicadas y distribuidas por las Editoras Andes y Cinco, “*Cultura y entretenimiento*”, mediante las cuales empezáramos a imaginar la dimensión del mundo más allá de la aldea: “Donde el dolor desgarrar...Donde el peligro amenace...Donde la miseria oprima, allí estará Tamakún, El vengador errante”, y éramos felices, porque alguien podía defendernos. No sabíamos entonces que estas publicaciones provenían de México y que incluso habían despertado el interés de muchos lectores latinoamericanos, cuando se rumoreaba que detrás de la construcción de las historias protagonizadas por Tamakún, Valentín Valiente o Arandú y atribuidas a Armando Couto, Rafael C. Navarro y Modesto Vásquez, estaba el concierto de los autores del Boom: Vargas Llosa, Fuentes, Roa Bastos, García Márquez. Cierto o no este rumor, el mundo de la escritura cobró para nosotros la forma de otra realidad y con ella, la fascinación por una ciudad que ofrecía al público este tipo de literatura en las esquinas y en los puestos ambulantes, ubicados en torno a la Plaza de Bolívar, en la carrera octava y en los alrededores de la galería central, mientras al interior de la Librería Quimbaya, su propietario, Carlos Drews, promovía ciclos de conferencias sobre temas de historia y literatura o hacía circular la producción poética y musical de Luis Carlos González, bajo el sello editorial de su librería.

Habíamos progresado. Era la ciudad que dejaba escapar diálogos, circular saberes y motivaba el acercamiento con otros ámbitos de un continente imaginado y presentido por sus creadores, acaso mediante la poetización de los centros urbanos masificados, Lima, Bogotá, Caracas, Buenos Aires; acaso a través de pequeños mundos amparados en la

ficción, en las coordenadas establecidas por los realismos, Santa María, Comala, Macondo. Era la ciudad hecha de jirones de historia, de fragmentos adheridos a la piel de lo individual, de tabernas y cafetines dispuestos para la tertulia, para el amor. Luego vendrían las inevitables comparaciones, los fieles prejuicios: ¿promueve mi ciudad el mismo encanto y brillo de la nocturnidad habanera recreada por Cabrera Infante, cuando múltiples voces sostienen la tradición de que mi ciudad es *querendona, trasnochadora y morena*? ¿Convoca mi ciudad una memoria en las fachadas de sus casas, en su arquitectura colonial, de modo que esa presencia material sea motivo para el poema, cuerpo y asombro en la voz de un José Emilio Pacheco o de un Vicente Quirarte? ¿Despierta mi ciudad al rumor y al desespero de la multitud, a la manera de esos cuadros de costumbre enriquecidos por la imaginación de Salvador Garmendia, el de *Los pequeños seres, Los habitantes* o Adriano González León, el de *Viejo*? ¿Tiene mi ciudad, una ciudad sin puertas, estancias y patios y veredas, como para albergar los pasos en la sombra de Jorge Luis Borges, con su *báculo indeciso*, rumbo a la Biblioteca Nacional?

Pero este capricho por comparar y hacer visible una imagen en el espejo, me lanzó a crear mi propia geografía de apologías y rechazos. Mi ciudad también se debe a una palabra que la ha nombrado, me dije, unas voces que la hacen posible y que la inscriben en la cartografía de los mapas culturales, ofreciéndole unas identidades, unas improntas. Mi ciudad existe en el tiempo y ella me contiene. Mi ciudad respira en las voces de sus narradores, se transforma en los versos de sus poetas, se hace real en las glosas de sus periodistas, se torna contradictoria en el discurso de sus documentos oficiales e interesante en el silencio y dubitaciones de sus historias de vida. Es, si se quiere, una ciudad que

circula por el cuerpo y es inevitable no ofrecerse a ella, como lo comprendiera en su momento el santo del Nadaísmo: *Pereira sucede una vez en la memoria, y para siempre.*

Coser estos retazos de mi infancia, volver a recuperar los rostros de mi familia deambulando por una ciudad que desde entonces supe bella y complaciente, luminosa y tradicional, como aún lo corroboran las imágenes atrapadas en algunas fotografías familiares y en la pesquisa que me señala su memoria escrita, dispersa en bibliotecas particulares, expuesta a la intemperie en los *agáchese* o atacada por roedores en los nichos de los establecimientos oficiales. Señalar en este recorrido las improntas de un entramado urbano que hoy me obligo a mirar con ojos de inmigrante –fenómeno consustancial a la historia misma del tejido humano de la ciudad-, es el propósito que hoy persiguen estas páginas. ¿Cómo lograrlo? ¿Cómo hacer visible estos motivos a los ojos de un lector que acaso prefigura sus propias huellas, sus propios recorridos urbanos, con la carga subjetiva que comporta la toma de posición frente a los hechos? ¿De qué manera convocar la palabra que anuncie la lectura de una ciudad en la suma de sus tiempos? A estos interrogantes procuraré darles una salida decorosa, desde dos perspectivas, vinculadas entre sí, que insistiré en estimar de la siguiente forma:

La primera de ellas, surge de una relectura al famoso texto de Borges, *El Aleph*. Quiero pensar y asumirme en la forma de lectura que sugieren Carlos Argentino Daneri y el propio Borges en tanto personaje de su ficción. El hallazgo del Aleph, es el hallazgo del punto máximo del universo donde convergen todos los puntos, lugar que contiene todos los lugares, cuya diáfana visión soporta cualquier ángulo de mirada. Metáfora de un espacio que invita a la contemplación de un mundo, en la simultaneidad de sus imágenes; metáfora de aquello que es imposible atender como fenómeno aislado, en virtud del carácter

intertextual propio de la cultura, el Aleph o “*microcosmo*”, al decir de Borges personaje, se torna instrumento de observación, revelador de una secuencia que enfrenta al hombre al “*inconcebible universo*”, esto es, a un juego de espejos donde la paradoja resulta ser la ausencia de la imagen reflejada de quien observa, al mismo tiempo, el devenir de un mundo apoyado en la suma de acontecimientos y en la representación simbólica de la misma. Escribir lo que la simultaneidad prodiga, hacer memoria desde la contemplación del Aleph, es perseguir la trascendencia, es pretender seguir siendo, puesto que, sentencia Borges al final de su relato, “*Nuestra mente es porosa para el olvido*”.

Ahora bien, y aquí conecto la otra perspectiva; si este instrumento mágico es lo más cercano a un juego de espejos, el objeto aleph al que tuve acceso, cuando adolescente y a tenor de las clases de artes en la escuela normal, tomó la forma del caleidoscopio. Instrumento manual construido con la unión de tres espejos rectangulares de una sola cara, y una vez dispuestos varios objetos de colores y de figura irregular en su interior, encerrado en sus extremos por dos láminas de vidrio, el caleidoscopio ofrecía a la vista un juego de simetrías que animaban la imaginación, en una suerte de holograma del deseo. Propongo esta misma dinámica para observar, simultáneamente, el pasado, presente y futuro de la ciudad de Pereira, a través de una mirada personal de su literatura en el sentido más amplio que esta palabra comporta.

## ¡El hombre increíble!

El viajero oriental, con el turbante amarillo, tras el encanto de su belleza viril, no sabe qué peligros le esperan. Algo en la noche acecha, algo que contiene una fuerza no terrena se mueve entre las sombras. El hombre Increíble, “hombre de honor y de justicia”, según las palabras que profiere la malvada y vieja bruja Amadea, cuando la salva de morir en la hoguera, sabe que debe andar con cuidado, para evitar ser presa del enemigo invisible. Hace poco fueron atacados a mansalva por los Caballeros de la Noche, seres enmascarados, cuyos verdaderos rostros, ocultos entre armaduras medievales, en realidad son espantosas formas esqueléticas, que actúan como soldados del no menos sanguinario Conde Bartock, hombre codicioso y sanguinario, dueño y señor del condado de Rindley, en cuyos lares reina la violencia y el desespero entre sus habitantes, inermes frente a la presencia infernal. Los enigmáticos Caballeros han atacado a dos seres que arriesgan sus vidas por la justicia, el honor y la armonía entre los hombres. Por fortuna, ante la salida de la luz diurna, el Hombre Increíble y su pequeño amigo otra vez logran salvarse de la muerte. Salen ilesos de tan inesperado ataque:

*Con todo el cariño de que era capaz, el amigo Solín se puso a frotar las sienes de Kalimán para reanimarlo...*

*-¡Por favor, Kalimán, vuelve en tí antes de que regresen los monstruos.*

*-¡Oh, mi cabeza!*

*¡Al fin! Creí que no despertarías nunca.*

Y una vez más Kalimán demostró que el mal jamás podrá derrotar al bien y menos a este hombre educado en la sabiduría oriental, capaz de hipnotizar al más poderoso de los hombres y hábil para sedar al más turbulento de los seres con sus dardos somníferos.

*"Serenidad y paciencia mi pequeño Solín, mucha paciencia. Recuerda que el poder de la mente es superior a la fuerza descomunal de los hombres".*

Entretanto, el valiente Solín invoca a *Amón Ra* para que los proteja y ayude en la travesía por rincones desconocidos. Saben que de las tinieblas surgen los seres más siniestros en busca de venganza para instaurar en el mundo de los mortales un nuevo orden. Deben ir con cautela, jamás dar la espalda y desconfiar, incluso, hasta de las mujeres bonitas, porque detrás de su belleza y osadía puede esconderse el mal. Por otro lado, el ambiente en Rindley no es el mejor. Según averiguaciones hechas en la posada El Zorro, los ánimos entre los pueblerinos están enardecidos. Quieren echarle la culpa de los crímenes al primero de carne y hueso que vean merodeando un condado atrapado en su propio miedo, en cuyas noches las sombras del mal se apoderan del sueño atractivo de las doncellas.

Dos forasteros, un niño y un corpulento y elegante hombre han llegado en el momento preciso; son los más indicados. De modo que se han metido en la boca del lobo y no tienen en quién confiar, salvo en la serenidad y paciencia, como alguna vez aprendió Kalimán de los sabios orientales, durante su vida errante por los misterios de otras culturas, cuando los puertos eran su lugar de partida o de llegada, no lo sabemos bien.

Los campesinos ven en la figura del conde el prototipo del mal que jamás podrá ser derrotado, pues, ¿cómo vencer a un vampiro humano, que se vale de la sangre pura y se oculta en las tinieblas para enterrar sus filudos colmillos en los cuellos de sus víctimas? No encuentran cómo hacer frente a la ola de crímenes nocturnos, cuando los aullidos de lobos alevosos se pierden en lontananza bajo la forma maligna de la luna, en asecho, apenas permitiendo el reflejo de un cuerpo que aguarda en la oscuridad para el ataque. Esa misma luz, cercana a la figura inocente de la joven y bella Roxana, de quien el insaciable vampiro

humano se enamora, le hace expresar a este engendro llamado conde Bartock, como buen poeta de tinieblas, diabólico: *“Noche de luna llena...Noche que invita al amor...¡Noche de vida! ¡Ansias infinitas de tomar nuevos alientos!”*.

Ya son muchas las víctimas, en particular sensuales doncellas que caen en manos del conde, quien les bebe su tierna sangre, su vivo aliento, para así perpetuar su juventud y llenar de maldad el imponente y temido Castillo Boyer, oculto su enigma bajo grilletes, cuartos de tortura, callejones sin salida, arenas movedizas, cárceles subterráneas, telarañas carnívoras y pasadizos secretos más allá de la muerte, mientras aún los gritos de jóvenes inocentes extienden pesimistas una voz de auxilio, temiendo morir a manos de una figura endemoniada que ha jurado, cien o doscientos años atrás, frente a la tumba de sus padres, recuperar la famosa esmeralda Romanoff, piedra preciosa que carga tras de sí el poder de la leyenda: quien ose tenerla, morirá irremediabilmente. La lista de personas que han muerto por la esmeralda es demasiado larga; entre ellas se cuenta al comerciante sir Frederic, asesinado por el fugitivo míster Smith.

Si el Hombre Extraordinario se encuentra en Rindley, conduciendo su hermoso convertible sport, extralargo, es porque viene tras las huellas del señor Smith, astuto ladrón londinense que ha logrado escapársele a la organizada policía de Scotland Yard. Lo que no sabe el sereno y fuerte Kalimán es que el señor Smith ha pasado a mejor vida: el conde Bartock, en asoció con el horrendo jorobado Yorvich, le ha dado muerte. La piedra ahora está en manos del hombre a quien la bella pero no por eso maligna ama de llaves, Yésica, le obedece hasta el fin de los siglos. Una mujer cuyo cuerpo y sensualidad atraparía al más impotente e insensible de los mortales. Detrás de su velado vestido, la vampiresa oculta un cuerpo

llamativo, luminoso, lleno de pasión, que espera encontrar al hombre perfecto en medio de relámpagos y aullidos de lobos hambrientos.

Y claro, tenía que cruzarse en algún pasadizo maloliente con Kalimán, quien después de indagar por el paradero del conde, por fin logra entrar al extraño e indescifrable Castillo Boyer. Cuando queríamos saber si Kalimán conseguiría evadir el fuerte golpe que iba a propinarle el traicionero jorobado Yorvich, mientras la imprevisible Yésica aguarda serena en medio de telarañas y ruidos de aguas turbulentas, la revista llega a su fin: *“¿Logrará Kalimán escapar a la trampa del jorobado Yorvich? ¿Podrá Yésica acceder a la mirada tierna del bello hombre de turbante amarillo? ¿Roxana, la inocente mujer, cuyo padre ha muerto en circunstancias extrañas, piromaniacas, escapará al destino que pretende conducirla el insaciable conde, quien desea inmortalizarla con su sangre luciferina? ¿Qué hará el pequeño y aspavientoso Solín para salvar a su inseparable amigo?...”*

Entonces volvíamos a la realidad de nuestros ocho años, a la espera de que mamá ordenara entrar en casa porque ya era tarde, mientras la plaza escondía figuras enruanadas, tan peligrosas como la silueta del jorobado Yorvich. En el pueblo era necesaria la presencia de Kalimán. Algunos líderes populares, animados por el color de sus banderas, habían decidido que era mejor tomarse la justicia por cuenta propia, a la manera del conde Bartock. El ambiente no era el más adecuado. Se temían represalias contra las pocas familias liberales. Si por lo menos Kalimán viniera hasta aquí en su convertible sport, extralargo, las cosas serían distintas. Luego fue la noche propicia para guardar todos los bártulos. Luego fue una carretera oscura que nos condujo a Pereira, una ciudad ruidosa, envuelta en mágicas luces de neón.

Durante el día recorrimos el barrio San Judas y nos dijeron que un antiguo bombero, el gordo Julio, el de la esquina, alquilaba revistas de aventuras. Fuimos clientes sin tregua, así no hubiéramos conseguido algunas de las revistas de nuestro gran héroe, pues un paro cardíaco se llevó de súbito al gordo Julio y meses después, un Caterpillar se llevó su casa. Las revistas fueron subastadas por un hermano suyo.

Logramos hacernos a una buena colección, porque creíamos en nuestro amigo oriental y porque sus aventuras nos ayudaban a enfrentar los problemas cotidianos de la esquina, con la gallada de Eliomar del Río, el de la Cacharrería La Estrella. Al llegar la noche, cuando nuestro cuarto se llenaba de historietas, de mujeres espléndidas bajo sus sedas transparentes -¡Oh, Yésica te deseamos!- dormíamos tranquilos, a pesar de ciertos ruidos callejeros, como de tropa, y de algunos disparos al aire que sonaban por el lado de las carnicerías. Dormíamos tranquilos, porque sabíamos que "*...el siniestro mundo de la maldad se estremece ante el poder infinito de...Kalimán, ¡el Hombre Increíble!*".

Kalimán, gracias por hacer que sea tan difícil  
que alguien, a la buena de ahora, nos asalte  
con la impunidad de un milagro, porque has sido tú quien nos ha permitido  
ganar el cielo para la tierra  
con mirada de lama niño, más allá  
del sueldo de golosinas que nos dona Occidente;  
por ti todos los lugares pertenecen al hombre;  
has hollado, sin mácula,  
cada palmo de lóbregas mansiones  
otrora inexpugnables  
La albura de un turbante y un fulgor de esmeralda  
saludan en lo oscuro a la rotunda mole  
que crascita, en reversa,  
y recibe un ahínco de otras Eras...

*(fragmento)*

(Juan Guillermo Álvarez Ríos. *Las espirales de septiembre*.  
Pereira, 1992)

\* \* \* \*

*Reconfigurar la ciudad*  
o  
*la dimensión de la luz en el tejado*

*Bombillos*

Llamamos la atención del Sr. Personero,  
para que haga colocar los siguientes bombillos:  
Varios en la calle 17. 3 en la Plaza de Bolívar,  
uno en la Carrera 8ª entre calles 17 y 18  
y algunos más que olvidamos por el momento.

Periódico El Día –Interdiario- No. 103  
Pereira, 15 de julio de 1922

El viajero que llegáse a tus puertas  
las halla siempre a su merced abiertas,  
y oye en la noche, por tus calles solas,  
junto al ritmo del viento entre las parras,  
el doliente plañir de las guitarras  
y la risa cordial de las bandolas.

*Mi oración a Pereira.* Alfonso Mejía Robledo  
Revista Lengua y Raza, 11 de septiembre de 1926

La simultaneidad es apenas la consecuencia lógica de la manifestación de la cultura en su legado intertextual, en las huellas que revela cada signo, cada acción, toda representación simbólica. Lo simultáneo obliga a encontrar las señales del pasado en una imagen citadina del presente y desde allí, advertir sobre las líneas de un futuro que quizá los mismos planificadores de la ciudad ya han previsto y sugerido en sus trazados sobre el papel de archivo. ¿No es esto mismo lo que experimentó Albalucía Ángel en su novela *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*, cuando, al recrear el mundo de una infancia vivida en Pereira, se propone dialogar con los materiales diversos de la historia local y, a su vez, abrir una puerta de entrada a la comprensión de los conflictos políticos e ideológicos, derivados de compulsivas pugnas bipartidistas que incluso cegaron la vida de algunos de mis familiares? ¿Qué ocurre en la novelística del paraguayo Hugo López Martínez, cuando al nombrar la ciudad que lo acogió adolescente, la misma que aplaudió los triunfos de su padre, cuando fuera técnico del Deportivo Pereira, la bautiza, de manera deliberada *Nueva Mercedes*, en señal -lo presumo-, de un homenaje que lo liga a los asuntos de un Juan Carlos Onetti o de un Roberto Arlt, en su propia cartografía de lector exiliado y nostálgico, movido por el interés de plasmar sus obsesiones? He aquí los signos vitales de la ciudad que nos convoca y recibe.

Propongo la reconfiguración de una ciudad laberinto y en particular de un “laberinto rizomático”-la idea es de Lauro Zavala-, en tanto metáfora de un mapa espacial que promueve las “*digresiones, multiplica las incertidumbres*”, se hace dialógica, en virtud de sus posibilidades diversas en cuanto a su examen y los recorridos que avala, de sus imágenes simultáneas, de lo que contiene, en sí misma, en el espectro de lo imaginario y lo

conjetural<sup>1</sup>. Presumo la lectura de una ciudad ligada a la memoria de los seres que la componen y la han hecho visible en un sentido histórico y social, tejida por la esperanza y las aprehensiones de sus creadores, por los intereses de sus líderes y los tránsitos y obras de los grupos sociales en un país en permanente crisis, cuando estos ghettos comprueban que la ciudad es cruce de caminos, que ella misma resuelve sus imaginarios en una forma de la permanencia no excluyente, que incita y promueve lo foráneo, que se obstina en afirmar la imagen de una ciudad siempre abierta, dispuesta y liberal, así miradas del afuera o del adentro la condenen, la enaltezcan o la estigmaticen con epítetos y denominaciones que, de hecho, pasan a enriquecer el legado del folclor localista y a menudo a subrayar el atavismo nacional, con sus extremos y sus patologías, sus falsedades y ligerezas, como fueran señaladas, no sin ironía, por García Márquez al instalar la Comisión de los sabios<sup>2</sup>.

Ciudad monótona, aburrida, ciudad grave, melancólica y solemne (Luis Tejada). Ciudad de la vida fácil, ajena a todo fanatismo, interesada en las transacciones comerciales más que en las discusiones políticas o religiosas (Carlos Echeverri Uribe). Ciudad atávica, *imbécil*, pero de *hermosos paisajes* (Porfirio Barba Jacob). Ciudad del rumor de feria, de la convergencia, del progreso acelerado (Ricardo Sánchez). Ciudad individualista, motor de su progreso, animada por su espíritu público; ciudad tolerante, ciudad inestable, juvenil, sin *cultura intelectual* (Silvio Villegas). Ciudad como una inmensa casa habitada por una sola familia, dispuesta a recibir a quienes *quieran venir a hacernos compañía* (Néstor Cardona Arcila – CAN). Ciudad *niña en el orden del progreso colombiano*, simpática y cívica (Lino Gil Jaramillo).

-Yo le cuento otra historia: Yo fui a Pereira a llevar la propaganda del movimiento. Pereira en ese momento era un fuerte turbayista. Como a eso e las tres de la tarde llegó el Jefe y nosotros no podíamos contener, a pesar de

todos los esfuerzos, los gritos furibundos de todos los turbayistas. Es que nos inundaban como ratas, los gritos de ¡Viva Gabriel Turbay! En ese momento salió el Jefe al balcón, se tomó un trago y cuando iba a comenzar su discurso, sonaron las campanas de la iglesia. Él siempre se agarraba de cualquier suceso, cualquier cosa que pasara para apoyar su discurso. Entonces lo comenzó con este arranque: “No importa el repique de las campanas, si eso significa el clarín de la victoria...”. Yo estaba cerca del Jefe por si acaso le sucedía algo. Un hombre entonces me dijo al oído: No seamos pendejos, este negro domina todo”...

(Arturo Alape. *El Bogotazo. Memorias del olvido*)

Ciudad de los mayores, del recuerdo, aferrada a una tradición, a los límites con la infancia, donde *cada cosa era nueva para nosotros, una sorpresa que impresionaba nuestra imaginación*, ciudad de la perla del Otún, próspera y pujante, en su *loca carrera de superación* (Fernando Uribe Uribe). Ciudad tradicional y progresista, inocente, virgen a toda metafísica, aunque hecha para la creación y la embriaguez, para el silencio y el diálogo (Gonzalo Arango). Ciudad como sentimiento colectivo, atractiva, de un *paisaje alucinante*, dispuesta para el amor, que imprime la *huella de su gozosa plenitud* (Miguel Álvarez de los Ríos). Ciudad de malhechores, vulgar y ordinaria, ciudad de la impunidad, de los politiqueros, de las multitudes vagarosas, de las avalanchas de inmigrantes de toda condición, *más malos que buenos* (Rafael Cuartas Gaviria). Ciudad cuyo única inclinación por las letras se observa en su interés por las letras de cambio (Euclides Jaramillo Arango). Ciudad fenicia y pagana, de grandes gestas cívicas, *ciudad esfuerzo* (Hugo Ángel Jaramillo). Ciudad del recuerdo, ciudad tranquila, costumbrista, pintoresca, en peligro frente a *esta confusión moderna* (Luis Carlos González).

Escribir sobre una ciudad como Pereira es una delicia espiritual. Por allí corre la vida en nobilísimos acentos: la solidaridad, la alegría, la belleza de torbellino envolvente de sus mujeres, el paisaje y ese acento de cordial manera de entender la vida.

(Otto Morales Benítez. En carta a Hugo Ángel Jaramillo)

Pereira es la ciudad más hermosa del mundo, dice Benjamín. Vamos en dirección al Club Campestre.

Luego agrega:

-Su situación topográfica tiene un ligero desnivel, que le resuelve el problema higiénico. Es una larga meseta, mojada a lado y lado por dos ríos, Otún y Consota. Será grande, porque el cielo la hizo para eso. Centro comercial indiscutible. Sus tierras empiezan en la cordillera nevada y terminan en las riberas del Cauca y de La Vieja. Estirando las manos, con una se coge hielo y con la otra una mazorca de cacao; más de quinientas colinas y montículos hacen el juego de su paisaje inmediato, con una ventana grande hacia el Valle del Cauca: "Nacaderos".

(Luis Yagarí. "Un corto con Benjamín Ángel Maya. Dos damas con una boleta". *Jornadas*)

Ciudad aldeana, estática, de rostros anónimos y demoliciones, donde *juega un maduro sol con el cemento* (Eduardo López Jaramillo). Ciudad de los conjuntos residenciales conectados al mundo a través de las antenas parabólicas, ciudad de la cultura massmediada, cuyo vínculo con el afuera de la virtualidad, no logra eliminar la piel cercana de los mendigos entre los desperdicios, la danza de los gallinazos que otean la tragedia, que la huelen: *¿en qué sitio de la ciudad la muerte ha cumplido su presencia?*(Alberto Verón Ospina). Ciudad del cuerpo, ciudad dérmica, ajena a toda profundidad, sin memoria, ciudad del *impudor inconciente* (Liliana Herrera). Ciudad anónima, escondida tras las fachadas, ciudad de los inquilinatos, de la pobreza y la miseria; bastó un terremoto para que se descubriera una ciudad subterránea y frágil, pero amable y solidaria en su tejido social (Luis Carlos Villegas). Ciudad *turbulenta*, vaginal, de mujer entregada, cuyas urgentes piernas cobran su representación mayor en las columnas del Viaducto (Armando Silva Téllez y un colectivo académico). Ciudad del egoísmo, ciudad sitiada, mixtura de hierbas, presentida en el hálito alucinógeno de sus artistas, ciudad de los *exiliados de la guerra*, con sus *espacios habitados por fantasmagóricas criaturas del Bosco y de Bruguel* (Ómar

García Ramírez). Ciudad para el amor adolescente; ciudad de la alteridad, de las referencias espaciales: las calles de sus barrios, los semáforos, los paraderos de buses, las esquinas del centro y una visión: *El entusiasmo de la calle/hace viajar la ciudad/desde todas las esquinas* (Luis Jairo Henao Betancur)<sup>3</sup>. Ciudad de todos, ella se entiende generosa, se sabe atenta a las voces que la hacen pliegue y figura. Ciudad, en todo caso, que insta a ser nombrada y, por ende, vinculada a una memoria dispersa en los materiales que dialogan al interior de su historia joven (139 años) y de un registro que la liga a la época prehispánica y a la de otra ciudad, Cartago Viejo, susceptible de ser reinterpretado, visto de otro modo.

*Cuando la ciudad me sobreviva*  
A Pereira

Cuando la ciudad me sobreviva  
para olvidarse de mi nombre;  
la llamaré desde el fondo de la tierra  
con mi voz de raíces.  
Serán de tierra mis palabras.  
Recogeré mi cuota de sangre entre los árboles  
Me improvisaré de viento  
de silencio horizontal a la seis de la tarde.  
Renegaré mi muerte.  
Me negaré a olvidarme.  
Gritaré mi silencio  
entre los ruidos de las fábricas.  
Me levantaré a recoger la angustia  
de los domingos de lluvia  
y los años que pasaban buscándome  
entre los niños del parque.  
Exigiré que me devuelvan  
los días perdidos,  
y las noches perdidas  
y los besos perdidos,  
y el Dios que asesinaron entre las bibliotecas y las aulas.  
Cuando la ciudad me sobreviva.  
Cuando me niegue sus calles.

(Luis Fernando Mejía. *Resurrección de los juguetes*)

Cada época ha permitido el surgir de una escritura, la amalgama de un sentimiento. La escritura en tanto visibilidad de la conciencia, ejercicio de la razón. La escritura como búsqueda de verdades, para ampliar el corpus de las versiones oficiales, para “*cambiar la memoria de los hombres*”, para hacer de la ambigüedad y el “*duelo de versiones narrativas*”<sup>4</sup>, la construcción de mundos posibles.

Queremos resaltar estos presupuestos básicos. El desarrollo de la escritura, más allá del ejercicio intelectual que implica individualidades y proyectos de vida, promueve la configuración de un estado de cosas en el que es imposible dejar de lado la evolución cultural, los diálogos con procesos de avance o estancamiento, la salud mental de los grupos inmersos en tales dinámicas, el hecho mismo de la capacidad crítica y autorreflexiva de sus actores y, por extensión, del ente social que recibe y ordena tales memorias. El escritor como vocero de la comunidad, conciencia que hace efectivo el relato de los dramas y los logros de una sociedad movida por el apremio de formar y tildar sus representaciones. La comunidad no le pide al escritor que se torne vocero o lector de sus imaginarios, pero esa comunidad -y esta idea la subrayé en unas líneas del novelista argentino Rodolfo Rabanal-, no puede soportar la ausencia de esos textos que devienen espejo y signos emblemáticos de sus tránsitos y recorridos, esto es, el compromiso de hacerse a un lugar en el mundo.

La escritura, en este caso, como asunto de apropiación, como edad que comprueba un recorrido y con él, la permanencia en una dinámica de relaciones. Ahora comprendo el sentido de “mayoría de edad” con el que Hernando Valencia Goelkel define el avance de la literatura latinoamericana al desembocar en las obras de los escritores del Boom<sup>5</sup>. Goelkel

asume de entrada que los procesos escriturales son un efectivo termómetro para evidenciar los adelantos de las sociedades en todas sus manifestaciones. El realismo mágico sería, para él, la cota más alta de un continente que condesciende a representarse, que da forma a la imagen en un espejo donde la cultura híbrida, lo sincrético, deformaban o distorsionaban la imagen real, cuyos destellos algunos estudiosos los presumen ya en los relatos maravillosos de los cronistas de Indias, cuando los llamados a dar cuenta de unos recorridos ante la Corona, se quejaban en sus informes de no hallar palabras apropiadas para nombrar una realidad singular y exótica, mediada por unos contextos definidos y detallados, entre otros, por el cubano Alejo Carpentier, al reflexionar en torno al concepto de lo Real-maravilloso, en el prurito de lo dialógico<sup>6</sup>.

La escritura, entonces, como representación de mundo y juego de discursos. La representación se hace imaginario y conducta que opera un devenir, un recorrido inevitable. Creo intuir en los procesos escriturales nuestros, la conformación de una ciudad y en ella, los esfuerzos y preocupaciones de un colectivo al optar por lo propio, al instaurar sus huellas simbólicas y al suponer en el ejercicio de las prácticas periodísticas, la necesidad de nombrar la realidad, de darle sentido al hecho de lo cotidiano. De otro modo no se comprendería por qué la ciudad insiste en conectar sus realizaciones históricas con los procesos de colonización caucanos y antioqueños y en separarse luego, políticamente, del departamento de Caldas y al lograrlo, porqué su inclinación y conveniencia por crear y plasmar sus emblemas - “Ciudad prodigio”, “Ciudad sin puertas”, “Ciudad amable”, “Ciudad esfuerzo”, “Ciudad cívica de Colombia”-, de darle identidad a un espacio que algunos historiadores y documentalistas han preferido observar, un tanto de manera simple, como estancia a la orilla del camino, como aldea espontánea generada por las prácticas

comerciales en torno a la fonda, como ciudad libérrima y tolerante, en contraposición al carácter culto, espiritual y aristocrático que otras ciudades vecinas pretenden endilgarse. En estos propósitos se cuenta la toma de posición como lugar y territorio, la reconfiguración de un espacio hecho de versiones y de anhelos, de intereses comunes y necesidades individuales, como las del escritor de ficción, las del poeta, las del transeúnte, testigos del tiempo y su memoria.

---

## NOTAS

1. Zavala, Lauro. *La precisión de la incertidumbre: posmodernidad, vida cotidiana y escritura*. Universidad Autónoma del Estado de México, 1998, p.61-66.
  2. García Márquez, Gabriel. "Proclama. Por un país al alcance de los niños". En: *Colombia: al filo de la oportunidad*. Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo. Santafé de Bogotá: Magisterio, 1997.
  3. Tejada, Luis. *Gotas de Tinta*. Bogotá: Medellín: Biblioteca Básica Colombiana/Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1977. Se alude a la aldea en dos crónicas: "El pueblo" y "La raza triste". Hace algunos años, revisando un inventario poético de la ciudad, realizado por Eduardo López Jaramillo, me encontré con que el traductor y poeta señaló estos versos de Tejada en su lista particular: "Yo no quiero la paz/ maldita sea/ la tranquilidad sugestiva de la aldea(...) No puedo estar en paz. Paz y quietud / son un pecado de lesa juventud".
- Echeverri Uribe, Carlos. *Apuntes para la historia de Pereira*. Medellín: Felix de Bedout e hijos, 1921.
- Sánchez Arenas, Ricardo. *Pereira 1875-1935*. Manizales: Casa editorial y Talleres gráficos Arturo Zapata, 1937.
- Barba-Jacob, Porfirio. Su comentario aparece en el libro de Lino Gil Jaramillo, *El hombre y su máscara*. Cali: Editorial El Gato, 1952, p. 41.
- Villegas, Silvio. "La torre de los panoramas". Periódico El Diario, N. 5681. Pereira, 30 de agosto de 1948.
- Cardona Arcila, Néstor (CAN). Editorial. Periódico El Fuede, No. 926. Pereira, 24 de agosto de 1963.
- Gil Jaramillo, Lino. "Simpatía más civismo: igual Pereira". Diario El Pacífico, Pereira, 30 de agosto de 1963.
- Alape, Arturo. *El Bogotazo. Memorias del olvido*. Bogotá: Editorial Pluma, 1983, p.9-10.
- Uribe Uribe, Fernando. *Historia de una ciudad. Pereira*(Con motivo del primer centenario). Bogotá: Kelly, 1963.
- Arango, Gonzalo. "Un collar de perlas para Pereira". Dominical de La Tarde, No. 660, Pereira, 26 de enero de 1997, p.6-8.

Álvarez de los Ríos, Miguel. *Humana fundación* (Copia mecanografiada), forma parte del volumen *Historia de Pereira*. Concurso Centenario de Pereira. Agosto 30 de 1963. Centro de Documentación de Risaralda, Banco de la República.

Cuartas Gaviria, Rafael. “El pueblo de ayer, la ciudad de hoy”. Periódico La Tarde, Pereira, 1977.

Gran amigo del profesor Jaime Ochoa Ochoa, Euclides Jaramillo Arango le mencionó en varias ocasiones la divertida apreciación sobre las letras de cambio, como la constante de una ciudad más comercial que intelectual. La anécdota la consigna el profesor en su texto inédito *Documenta: Autores y textos de Risaralda. Panorama literario risaraldense*, 1998.

Ángel Jaramillo, Hugo. *Pereira: proceso histórico de un grupo étnico colombiano*. 2 tomos. Pereira: Gráficas Olímpica, 1983.

González, Luis Carlos. *Retocando imágenes: Crónicas del antiguo Pereira*. Fondo Editorial de la Gobernación de Risaralda, Pereira, 1984.

Morales Benítez, Otto. El fragmento de la carta dirigida a Hugo Ángel Jaramillo fue tomado del trabajo de investigación, inédito, de Jaime Ochoa Ochoa: *Documenta: Autores y textos de Risaralda. Panorama literario risaraldense*, 1998. p. 400.

Yagarí, Luis. “Un corto con Benjamín Ángel Maya. Dos damas con una boleta”. En: *Jornadas*. Manizales: Biblioteca de Autores Caldenses, Vol. 42, Segunda época/Imprenta Departamental, 1974, p. 69.

López Jaramillo, Eduardo. “Carta en prosa”, poema incluido en su libro *Hay en tus ojos realidad*, en su acápite “Intermitencias”. Pereira, UNE: Gráficas Olímpica, 1987, p. 31-32.

Verón Ospina, Alberto. “Ciudad de cemento Ciudad de aburrimiento”. Semanario cultural de Las Artes, No. 171. Diario del Otún, Pereira, 29 de febrero de 1992.

“Los amos de la ciudad”. Semanario cultural de Las Artes, No. 172. Diario del Otún, Pereira, 7 de marzo de 1992.

Herrera, Liliana. “Pereira o la corporalidad”. Revista de Ciencias Humanas, No. 1, 1994. Universidad Tecnológica de Pereira, p. 11-18.

Arango, Óscar y Corredor, Ricardo. “Villegas y la reconstrucción. Modelo para armar”. Entrevista en tres entregas. Periódico Ejemplar. Viva la Ciudadanía. Año 2, No. 11. Eje Cafetero, enero de 2000.

Villegas Echeverri, Luis Carlos. “¡La recuperación del eje cafetero es un hecho!. Conozca cómo lo beneficia a usted”. Pereira: Forec/Fondo Editorial de Risaralda, 1999.

Castiblanco, Amanda, Maldonado, Fernando, Zuluaga, Víctor y otros. Asesoría académica y prólogo de Armando Silva. *Imaginario femenino. Pereira y su evocación de mujer*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo/Universidad Tecnológica de Pereira, 1999.

García Ramírez, Ómar. *Ópera prima. Altamira 2001*. Premio XVIII Concurso Anual de Novela “Aniversario Ciudad de Pereira”. Pereira: Gráficas Olímpica, 2001, p.40.

Henao Betancur, Luis Jairo. *La pubertad del semáforo*. Pereira: Colección Literaria Fondo de Empleados Universidad Libre, Vol. 4, 2002, p. 63.

Mejía, Luis Fernando. *Resurrección de los juguetes. Poemas*. Manizales: Biblioteca de Autores Caldenses, Vol. 20, 1964, p. 50.

4. Martínez, Tomás Eloy. “La batalla de las versiones narrativas”. Santafé de Bogotá: Boletín Cultural y Bibliográfico, Banco de la República, No. 8, Vol. XXIII, 1986, p. 22.

5. Valencia Goelkel, Hernando. “La mayoría de edad” (1972). En: *Oficio crítico*. Santafé de Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997, p. 303-324.

6. Carpentier, Alejo. “Problemática de la actual novela latinoamericana”. En: *Tientos y diferencias*. Montevideo: Arca, 1967, p. 17-41.

*El huevo de cristal*  
o  
*los destellos del documento histórico*

Es desmirriada e incompleta esta crónica debido a que el suscrito por tremendo accidente sufrido hace siete años entre Palmira y Cali, -3 meses estuvimos reclusos en el Hospital de San Juan de Dios de la Capital Vallecaucana, sufrimos rotura de la Pelvis, dilatación del nervio ciático y debilitamiento de la columna vertebral, lo que ocasionara entre otras novedades, debilitamiento del cerebro con la consiguiente pérdida de la memoria, e incompleta porque hemos estado ausentes de esta cara tierra maternal durante 20 años -1.930-1941- 1.948-1.958; sin embargo, aún así y en(tales) tan desfavorables condiciones trataremos, humildemente de entregar para la historia de nuestra ciudad, un grano de arena, seguramente el mas pequeño, pero plasmado con el alma y con el corazón, en el recuerdo de casos y cosas bien caras para quienes llegamos a este mundo, arrullada la blanca y noble cuna por las brisas del legendario y hermoso OTUN.

Pedro Benítez  
*Crónica sobre la vida de Pereira*

No obstante y después de severo examen de conciencia, tengo que manifestarte que en Pereira no existieron jamás ni prosistas, ni poetas, ni periodistas y menos figuras que hayan influenciado el aspecto intelectual de Pereira(...)

Periodistas? Los de siempre, comunes y corrientes en nuestra parroquia. De eso sí no hay nada que hablar(...)

Yo creo que nada, absolutamente nada de esto, servirá para tu estudio, ya que nadie, absolutamente nadie, ha influenciado intelectualmente en Pereira nada, absolutamente nada.

*Carta de Luis Carlos González Mejía dirigida a Jaime Jaramillo Uribe, en mayo 29 de 1963, a propósito de un libro que el historiador prepara para el centenario de la ciudad.*  
Facsímil de la carta, en: *Literatura Risaraldense*, de Cecilia Caicedo de Cajigas.

Parto de un hecho que resuelvo metáfora en los procesos historiográficos que la ciudad propicia: en la celebración del Centenario, los miembros de la Sociedad de Amigos del Arte y la Asociación Procultura de Pereira, respaldaron un importante concurso de historia. Se buscaba favorecer espacios de reflexión y escritura en torno a los primeros cien años de vida oficial de la famosa “ciudad prodigio”, como fuera catalogada desde la década del veinte por un visitante en comisión oficial. Se trataba de seguir, por otra parte, las líneas de una tradición que ya contaba décadas, a propósito de las celebraciones de agosto, en las que se convocaba a escritores y cronistas para alimentar los vínculos con una memoria reciente, sobre los principios –y ello se colige en perspectiva-, de unos hechos enaltecidos como valores cívicos y comunitarios generados por la ciudad de paso, la ciudad sin puertas, cruce de caminos, ciudad liberal y tolerante, como epítetos caros a una historia compartida y expresa en los documentos y en los símbolos establecidos por la ciudad.

Para rendir un homenaje a la ciudad, miembros del Club Rotario le pedirían al historiador antioqueño Jaime Jaramillo Uribe (tío del escritor Hugo Ángel Jaramillo) que escribiera la historia de Pereira. En menos de cuatro meses Jaramillo Uribe entregó a los miembros del Club una interesante y sugestiva obra que algunos círculos académicos siguen considerando la más acertada de una labor seria y metódica en el panorama de las ciencias sociales, con relación al poblado. Ese mismo año, Fernando Uribe Uribe publicaría *Historia de una ciudad*, con un subtítulo, *crónicas-reminiscencias*. Dueño de una escritura lírica e impecable, Uribe Uribe daría su propia versión de los procesos históricos de la ciudad, a la luz de los cronistas que lo antecedieron: “¡Tiempos idos...! Sombras de los mayores que se esfuman hacia la eternidad –escribe al final de su obra-, dejando un surco de fé sobre la

tierra buena. Leyendas y tradiciones dulces como la miel de los trapiches. Recuerdos de la infancia, juegos pueriles, serios semblantes de los viejos varones que amojonaron la ciudad para sus descendientes, dejando en cada esquina un hito de pujanza, para marcar la ruta hacia un seguro devenir”.

A la convocatoria del Centenario respondieron los escritores y periodistas de aquel entonces. Si nos acogemos a la colección de materiales que habrían sido puestos a consideración del jurado calificador del certamen, podemos relacionar las siguientes obras y autores, conforme a las señales posteriores que el donante y compilador de los materiales hace sobre el papel:

Libro uno: *Crónica de Pereira*. Francisco Monsalve. (Seudónimo Asnorald Avellaneda) Primer puesto.

Libro dos: *Anotaciones para la historia de Pereira*. Lisímaco y Oliverio Salazar. Segundo puesto.

Libro tres: *Humana fundación*. Miguel Álvarez de los Ríos.

Libro cuatro: *Historia del río Otún y del río Egoyá y Memorias de Pereira*. Yolombo de La Vega (Seudónimo).

Libro cinco: *Crónica sobre la vida de Pereira*. Pedro Benítez.

Anexo a este material aparece copia de un discurso en torno a la constitución del concejo municipal, escrito al parecer –se dice- por un descendiente de colonizadores; una copia mecanografiada del texto *La geografía e historia del Quindío*, de Heliodoro Peña; un epítome sobre la creación del Colegio “Sagrado Corazón de Jesús”, regentado por la comunidad Bethlemita y una copia del acta de conformación de la Corporación Deportivo Pereira, del año 61.

Quise volver sobre la lectura de estos materiales. Antes lo había hecho por un interés académico y de allí había tomado datos con profusión para fortalecer el propósito que me había impuesto en la construcción de algunos textos personales. Lo confieso: había tomado

aquellos informes, aquellos *relatos históricos* como parte de una memoria viva irrefutable, manifiesto de una realidad histórica que, de otra forma –lo creí entonces-, no podía conocer. Ahora, cuando sé que mi ciudad revela las complejidades de los espacios urbanos conectados -como en el triller Matrix-, a los cables ópticos de la globalización, cuando sé que es otra la ciudad de los desplazados y los diálogos del rebusque, la misma que condenara Luis Carlos González como *astilla sucia de infierno, escuela de mala fe, de mafiosos y rateros*<sup>1</sup>; cuando sé que su paranoia urbana, unida al síndrome de una guerra que no respeta lo más mínimo de lo establecido en el derecho internacional humanitario, ha permitido el tránsito de asesinos en serie y el fortalecimiento de grupos urbanos cohesionados por intereses ecológicos, culturales y de participación y expresión comunitaria, vuelvo a estos materiales y los examino con otra mirada y otro sentimiento.

La confesión enternecedora de Pedro Benítez es bastante dicente. Su texto lo resuelve testimonio para un presente. Se sabe cronista, es decir, testigo, relator de unos acontecimientos. Él mismo es garante de su relato y pide excusas por aquello que escapa a su memoria y por lo que pudo dejar de *ver* ante su prolongada ausencia. El historiador como receptáculo, juez y parte de su tiempo. El historiador como notario y su texto, por extensión, registro de un acontecer que se recupera en el ejercicio del recuerdo, en una sumatoria de *casos* no conectados con discursos ajenos al deseo único del cronista por contar, referir hechos, hacer de la anécdota el impulso mismo de la escritura. No hay pretensiones por validar un discurso académico o científico y en ello nuestros escritores son honestos, lo recalcan con frecuencia. Esta inclinación por hacer del historiador sólo un cronista, de espaldas a las discusiones contemporáneas en torno a las ciencias sociales, desvinculado por completo de un diálogo de saberes que impliquen disciplinas,

despreocupado por arriesgar hipótesis y defender unas miradas, es la dinámica que ha acompañado, hasta hace muy poco, las urgencias de la ciudad por hacerse palabra, memoria que pervive.

Como todos los muchachos de mi época, hice mis travesuras aquí y allá y fueron pocos los sucesos que escaparon a mi curiosidad infantil y que hoy vuelven a mi memoria para aportar siquiera algo que clarifique y que dé fe de nuestra historia (...) Mi ausencia absoluta de literatura y brillo en mis relatos, tendrá que pasar desapercibida porque sólo quiero contar, conversar, decir todo lo que aún retengo en mi memoria y que conmueve mi espíritu en esta fecha brillante de la ciudad que nos es tan grata a todos.

*(Crónica de Pereira . Francisco Monsalve)*

Pero volvamos a los textos del Centenario. Cada escritor, a su modo, habla desde la excusa e intenta minimizar su trabajo reduciéndolo al mero hecho de la crónica o de la evocación y reconociendo, como en el caso de Lisímaco y Oliverio Salazar, que sus trabajos alrededor de la historia se fundamentan sólo en la *tradición*, palabra con la cual intentan decir la acumulación de hechos, la lista de recuerdos sobre un pasado reciente. De modo que resulta imposible, dicen, arriesgar cualquier tipo de tesis en torno a la historia local. Y lo subrayan: “Los libros y ensayos que se han publicado, siempre han sido apuntes de tradición, sin ningún fundamento histórico definido”.

Esta forma de hacer historia los acompañará en distintas épocas de su vida: a finales de la década del setenta Lisímaco Salazar escribe de manera constante una página de recuerdos que titula “Trocitos de historia” y en ella enaltece nombres de personajes, pinta cuadros de costumbre -a la manera de Eugenio Díaz Castro y Adel López Gómez- y recrea momentos de los que fuera testigo como ciudadano y habitante de un pueblo que no consentía en ver transformado. En los años ochenta Euclides Jaramillo Arango y Luis Carlos González

harían lo propio al publicar sus libros de crónicas, que recogen, en buena medida, sus textos publicados en varias épocas en periódicos locales. La historia como un libro de “datos curiosos”, recopilación y catálogo de eventos cuya suma sería la historia en sí, donde sus autores son proclives al uso de un lenguaje que encomia y tipifica ciertos destinos individuales. Es lo que Germán Colmenares, al evaluar el tipo de historia producido en el siglo XIX en Hispanoamérica, atina en llamar la invención del héroe, cuando se amplifica la *entidad personal*, en tanto *representación simbólica de una entidad colectiva*, acaso sobre presupuestos que acercan a los historiadores a su noción del carácter épico impuesto como valor de representación y convención narrativa<sup>2</sup>.

Esta tipificación del héroe criollo ha hecho carrera en la mayoría de las visiones de los historiadores locales y en algunos casos nacionales. Su máxima encarnación se encuentra en la prolija obra de Hugo Ángel Jaramillo. Sus libros, producto del trabajo en archivos pertenecientes a entidades oficiales, favorecen el uso de un lenguaje que escenifica las dinámicas de un colectivo. Expresiones y afirmaciones como “desvelado impulsor del progreso patrio”, “La épica antioqueña, tan sólo comparable a la Colonización del Oeste de los Estados Unidos”, “gesta”, “prohombres”, “Valor humano de inconmensurables condiciones y méritos”, “cual si fuera un dínamo generó toda la fuerza integradora de una ciudad. La misma que hasta esos momentos de conocerle toda su grandeza apenas era un pueblo grande, hecho en su arquitectura por alarifes antioqueños”, descubren una visión de mundo –en el sentido goldmaniano del concepto- y a su vez una manera de asumir la historia como la acumulación de acciones de los hombres, en beneficio de una colectividad que anima la existencia de líderes y portavoces de una verdad y necesidad compartidas. Esta misma inclinación por resaltar el carácter épico de un recorrido histórico ha hecho

carrera en el occidente colombiano, en doble vía: por un lado, la expresión grandilocuente de los impetuosos grecoquimbayas o grecocaldenses, con la exaltación como vehículo para eternizar y, si se prefiere, *marmorizar* un devenir histórico, cuyo más alto nivel se evidencia en algunas obras de Silvio Villegas y Otto Morales Benítez. Y por otra parte, la caracterización de unos textos sujetos al rigor de las ciencias sociales, pero desde una perspectiva como la que ya hemos señalado, en cuanto a la escenificación de lo que se prefiere producto de un colectivo armado de hachas, peinillas y rulas, capaz de enfrentarse a la espesura de la montaña. Parsons lo hace en su libro sobre la colonización antioqueña. Lo repite Eduardo Santa al referir la vida cotidiana de los arrieros. Lo subraya Jaime Jaramillo Uribe al resaltar la influencia de los antioqueños en los procesos locales de la conformación de ciudad. Y estos autores serán las fuentes primarias del trabajo de inventario de Ángel Jaramillo.

La heroización de algunos destinos acerca al humanista Ángel Jaramillo, un tanto peligrosamente, a la oficialidad en aquello que narra y quizá por ello se entienda que la clase dirigente lo haya elegido como su voz parlante, al condecorarlo y promoverlo al estatus de *hombre insigne*. También por ello se interpreta su inclinación por narrar la historia de la ciudad desde la intervención de las entidades oficiales y privadas: Ornato y Embellecimiento, la alcaldía municipal, la Sociedad de Mejoras Públicas, el Club Rotario, la Andi, el Club Rialto.

La validez de los textos de nuestros historiadores empíricos – una buena parte como cuadernos de “datos curiosos”-, reside en compendiar la memoria oral, en permitir que los *viejos* conviertan sus recuerdos en tejido histórico y en abonar, de este modo, material que luego deberá ser leído por historiadores con formación académica y científica en el campo

de las ciencias humanas y sociales. Estos autores se quejan de que *no hay documentos históricos*, un tanto para subrayar las posibles debilidades de su labor y su pesquisa. Esto me recuerda la actitud y la vida ejemplar del abogado Jorge Roa Martínez, exalcalde, miembro del Club Rotario y de la Sociedad de Mejoras Públicas durante décadas y fundador de la Universidad Tecnológica de Pereira. Viene a mi memoria la imagen de su biblioteca personal. Con más de cinco mil libros catalogados por él mismo, Jorge Roa Martínez coleccionó en sus archivos personales los documentos que consideró importantes para reconstruir muchos aspectos de la vida cotidiana de Pereira, entre las décadas del veinte y cincuenta. En múltiples cajas, supo conservar cartas, mapas de viaje, álbumes fotográficos, catálogos de exposición, colecciones de revistas publicadas en la región, programaciones en los teatros de la ciudad, recortes de prensa, souvenirs y copias de discursos políticos. Roa Martínez lo supo: estos documentos por sí solos no representan el discurso de la historia, pero están allí, guardados, clasificados por un interés personal, para que soporten las miradas que la historia misma propala.

DATOS CURIOSOS—La primera res sacrificada para el consumo la vendió don Luis Botero a don Francisco Arboleda, en la suma de 16-00 pesos sencillos (12-.80). —La primera casa de teja fue construida por don Toribio Robledo en la acera sur de la Plaza de la Victoria (hoy Plaza de Bolívar). —La primera casa de dos plantas fue la de don Jesusito Ormaza. —La primera muerte por un rayo fue la señorita Rosario Marín, muerta a las cuatro de la tarde en un día de 1.887 (?). —El primer concurso que hubo en Pereira, fue el de la Modestia, realizado en la casa que hoy ocupa el teatro Caldas y fue la ganadora la señorita Ana Juaquina Echeverri. Esto fue en el año de 1.888.

*(Anotaciones para la historia de Pereira Lisímaco y Oliverio Salazar)*

Vuelvo a los documentos del concurso del Centenario. Quiero detenerme en un texto en específico, firmado bajo el seudónimo Nikita Castro Frondizi. El trabajo resultó ser del periodista Miguel Álvarez de los Ríos, hombre de letras, viajero, traductor. Es él quien

mejor revela la necesidad de un cambio en la forma de ordenar los diálogos con la historia de la localidad y de establecer una mirada crítica a los hechos que tejen la historia de la región: “Una crónica simple sobre Pereira no arrojaría luz suficiente sobre la portentosa realidad social y humana de la ciudad. Sería el relato escueto de hechos intrascendentes, con profusión de nombres y hechos, muy distante de interpretar el verdadero sentido histórico de la fundación”. He aquí el valor de su crónica, a pesar de que, llevado un tanto por el lirismo que él mismo reconoce al final de su exposición, caiga en aquello que critica. Pero ya por lo menos su texto lo acompaña de una mínima documentación bibliográfica: Otto Morales (*Testimonio de un pueblo*), Jorge Montoya (*Monografía de Pereira*), Antonio García (*Bases de la economía contemporánea/Geografía económica de Caldas*), Rogelio Escobar Ángel (*Ensayo sobre las revoluciones políticas y la conducción social de la República colombiana*), entre otros. Y además toma partido y, con base en una lectura de materiales, desmiente la versión de cronistas como Carlos Echeverri Uribe y Ricardo Sánchez, según la cual, los terrenos en los que se levanta Pereira fueron donados, sin más, por Guillermo Pereira Gamba, hijo de Francisco Pereira Martínez.

Álvarez de los Ríos interpreta un litigio de tierras que finalmente se dirime en instancias del Congreso, a través de la Ley del 21 de abril de 1870, mediante la cual se entregan los predios a los *vecinos de Pereira*. Hay aquí un avance significativo que el autor se encarga de resaltar, cuando menciona las implicaciones del feudalismo y el gamonalismo, cuando insta a realizar un estudio *serio y metódico* de los hechos que abarcaron el proceso de fundación del poblado. Sobre estos fenómenos tendrá que ocuparse la historiografía de la región, indagar sobre materiales, volver sobre las escrituras e interpretar su materia jurídica y discursiva. En mis pesquisas en bibliotecas particulares, me encontré con el texto de

Onofre Marín, *la voz de la justicia*<sup>3</sup>, en la que el habitante pereirano plantea un litigio sobre unas tierras -muy bien ubicadas en la aldea-, que había heredado de su padre. Entre sus líneas vislumbro temáticas muy interesantes para ser abordadas desde perspectivas distintas, más allá de las que descansan en los hombros de la familia Pereira Gamba.

Hay un avance en la mirada hacia la historia como dispositivo y tela de interpretación, para una toma de partido que nutra la crítica, al reevaluar e inferir un estado de cosas. No obstante, los textos premiados en el concurso recapitulan lo que nuestros cronistas llaman la *tradición*. Los autores vuelven sus ojos hacia la aldea que los albergó y les permitió un destino. En la búsqueda de la causa primera se resuelve la simpleza de sus relatos, la ausencia de toda pretensión frente al rigor de los diálogos contemporáneos con las ciencias sociales y humanas. Sin embargo, en la transparencia de sus voces, en el deseo a permanecer fieles a la nostalgia que su aldea de infancia les prodiga, radica el valor de sus memorias.

En 1.913 aún estaba inconclusa la escuela de varones llamada del sentenario, habian tres salones xxxxxxxx y uno sin terminar pero asi lo habian puesto en servicio eran cuatro los maestros, don Policarpo, era el director, los alumnos eramos aproximadamente docientos, no habia diferencia de clases sociales, ni en el vestido ni en el modo de con portamiento personal, mucho menos con las obligaciones de la escuela. Los maestros eran severos, pero muy correctos, dicnos del de senpeño de sus puestos. Los nombres de los maestros eran Don POLICARPO BENITEZ, DON JUVENAL CANO DON JOSE MARTINES y DON ELIO FABIO ECHEVERRI. Yo ya habia estado el año anterior con Don Policarpo, pero estaba repitiendo el AÑO con don Elio Fabio...  
(*Historia del río Otún y del río Egoyá y Memorias de Pereira*  
Yolombo de La Vega –seudónimo-)

Creo que una gran ventaja en la construcción del registro histórico, para nosotros, radica en que el gran texto, esa memoria unida a los diversos relatos de una ciudad aún adolescente, se ha hecho, por lo menos en sus consideraciones iniciales, lejos de los propósitos del

*establecimiento*. El discurso no responde al imperio de una oficialidad ni se ha hecho con un carácter de permanencia de ciertos idearios o dogmas. Algunos de sus protagonistas, es verdad, han ejercido cargos de poder, tipo Lisímaco Salazar, Euclides Jaramillo Arango, el propio Luis Carlos González. Pero basta leer los registros de sus acciones políticas y todas ellas se traducen en el servicio a la comunidad, en la constitución, como lo hiciera Jorge Roa Martínez en la década del treinta, de una ciudad más moderna y eficiente, para responder a las exigencias de la política centralista del Estado.

La bonhomía de estos líderes cívicos se hace latente en la transparencia y elementalidad de sus discursos. Y ello ha permitido, parafraseando a Ricardo Piglia, *la circulación de relatos*, de *cartas secretas*, de *informes confidenciales*. Nuestro registro histórico está hecho de esos jirones, de lo que el autor de *Respiración artificial* no duda en llamar el *murmullo de la historia*<sup>4</sup>, caldo de cultivo para el escritor de ficción y para quien se interese en los silencios y en los discursos subterráneos que el mismo acontecer deparan. Por otra parte, esa misma oficialidad ha hecho gala de ese otro discurso y se ha inclinado por él y lo ha premiado y lo ha hecho parte de una historia en la que ciertos grupos de poder quieren hacer su nicho. “*El poder también se sostiene en la ficción. El Estado es también una máquina de hacer creer*”<sup>5</sup>. El texto no oficial aspira a la honestidad, a la transparencia de un acontecer, así luego esa labor sea utilizada por la oficialidad para determinar unos rumbos. El símbolo de esta labor, en el plano de la historia local, es el trabajo escritural del humanista Hugo Ángel Jaramillo.

Recuerdo haber contemplado la imagen de una fotografía de Hugo Ángel Jaramillo en las hojas amarillentas de un diario local de la década del sesenta. Flaco, desgarrado y como ansioso, de él se decía que era promesa en el campeonato nacional de levantamiento de

pesas. De repente, y como si la ciudad lo estuviese esperando, Ángel Jaramillo pasa de su pasión por el deporte, a su deseo de historiar, de contar, con detalle, la génesis de un poblado al que, según sus palabras en noches de bohemia, siempre sería poco lo que podríamos ofrecerle, frente a lo que la ciudad siempre nos ofrecía. Y le ofreció la posibilidad de abarcar el tema del deporte indígena y su febril toma de partido frente a lo que él llamó el encubrimiento de América, cuando reclamaba para el continente las marcas de una identidad que no pudieron ser borradas por el choque con otras culturas.

Para Ángel Jaramillo la historia es la consecuencia del trabajo minucioso de archivo. Su versión debe estar supeditada a una cronología, a un catálogo de hechos que se traducen en obras y acciones materiales. Escudriñó fechas, intentó evaluar el proceso de la fundación, hizo interesantes inventarios de realizaciones materiales para posteriores estudios. Sin duda quien mejor lo define es el historiador Carlos Ramiro Bravo, al observar que su obra no precisa de una “estructuración histórico-metodológica”, aunque reconoce que el humanista no es pretencioso en sus alcances, tan sólo le interesa “recopilar los acontecimientos centrales de la cotidianidad micro-histórica de Pereira”, sobre la base de un lenguaje que persigue la forma de la estética literaria<sup>6</sup>.

El autor del *Deporte indígena en América* resaltó el devenir y las empresas de ciertos personajes de la vida pública pereirana; observó el desarrollo urbano a través de las obras y realizaciones de entidades como la Sociedad de Mejoras Públicas; y convino, finalmente, en idealizar el carácter libertario y tolerante de la ciudad. También, y de repente, los grupos políticos y sociales de su querendona provincia aprobaron unánimes el discurso de Ángel Jaramillo, pues en él se afirmaban como actores importantes de un proceso, se erigían héroes en el concierto de un desarrollo urbano. El estilo laudatorio, el ejercicio de

inventario, el tono de épica y de gesta –aprendido sin duda en una juventud mediada por los estertores de los “grecoaldenses”- con que Ángel Jaramillo examinaba la historia de la ciudad, les permitía a ciertos grupos y actores sociales ocupar un importante lugar en la memoria escrita que la misma ciudad se encargaba de oficializar.

¿Cómo interpretar los actos ceremoniales en los que fuera condecorado? ¿Qué significan la imposición de la “Cruz de los Fundadores”, por parte del gobierno municipal(1974); la “Cruz de los Fundadores”, otorgada de nuevo por el gobierno municipal, pero en esta ocasión en el “grado de Gran Cruz” (1982); el premio “Bernardo Arias Trujillo” que la gobernación de Risaralda le concede (1983); la distinción de “Ciudadano Emérito” que la Sociedad de Mejoras Públicas de Dosquebradas le otorga (1986); la “Medalla al Mérito Cívico” que la Sociedad de Mejoras Públicas de Pereira le impone (1993); la “Gran Cruz de Risaralda” que en 1994 la gobernación de Risaralda le concede? ¿Qué significa tanta crucifixión simbólica? Estos actos, más allá del sentido de reconocimiento y aceptación que puedan tener al interior de unas convenciones culturales acordadas por los grupos, buscan afirmar una visión ideológica, mantener un estado de cosas, valorar las miradas que se prefieren para nombrar un proceso histórico, al parecer, ajeno a las discusiones con el mundo de la contemporaneidad, incluso, con el concierto nacional, centralista, hegemónico y clientelista.

En los años noventa entramos a una etapa distinta en la construcción del discurso histórico. Al privilegiar el diálogo y la discusión, la ciudad condesciende a leer los discursos que empiezan a circular con profusión en el país, cuando, desde las universidades y centros de investigación, se examina la cultura y la sociedad en torno a temas tan complejos como la modernidad, la comunicación, la filosofía y las estéticas de sociedades latinoamericanas

dependientes e híbridas. Nuestros actores locales desvían las miradas hacia otros lados. Y sin traicionar su acendramiento, sin desconocer los discursos que han hecho posible la imagen de ciudad, los nuevos protagonistas de aquellos avatares académicos, observan los vínculos con un mundo que busca resaltar lo propio, lo ajeno, pero también lo que vincula, lo que amalgama, lo que obliga a pensar lo universal como instancia profunda de sociedades que se piensan y se preguntan.

Tras este itinerario de recuperación y reapropiación de la memoria, del diálogo con aquello que aparece ajeno al marco de las consideraciones vigentes de los procesos simbólicos locales, de la necesidad de arriesgar sentidos de interpretación con los diversos materiales de la cultura: historia, cine, literatura, periodismo y otros saberes, se fortalece en Pereira el sentido de una *mirada cultural* que alienta los debates y las discusiones, en los diversos escenarios que privilegian las bondades del saber escrito, justo cuando la ciudad ha venido comprendiendo el valor de dinamizar espacios que convocan la reflexión en varios frentes.

En el Foro Permanente para el Desarrollo de Risaralda, celebrado en 1993, como parte del Plan de Desarrollo del Departamento, el escenario se revelaba, de cierta manera, fortalecido. Allí se convocaron actores de la sociedad civil en torno a las problemáticas de la cultura. Se definía la cultura en términos de “*fuera determinante de la sociedad universal*” y “*fuera liberadora*”<sup>7</sup> y se aspiraba, de forma casi perentoria, a superar los signos de una crisis cultural de cara a siglo XXI. Algunos miembros de las mesas de trabajo observaban con preocupación, pero sin muchos argumentos, los fenómenos de la globalización y el *grave* influjo de los mass media para el desarrollo regional (mirada satanizadora), acaso porque lo cultural aún se continuaba midiendo en términos de

*tradición y exaltación de valores.* No obstante, en ese mismo Foro, ciertas voces autorizadas pedían superar la crisis a través de la gestión y administración cultural, del fomento a la investigación de fenómenos culturales regionales, con el ánimo a la vez de hacer su inventario, o respondiendo a la pregunta por el papel de los medios de comunicación en la construcción de las ideas, al tiempo que se dirimía la urgencia de conectarse con las corrientes del pensamiento occidental, incorporando conceptos propios de los debates en torno a la modernidad y a ese fenómeno aún inasible, difuso en el plano de lo conceptual, la posmodernidad.

De pronto se iniciaba el diálogo en materia de campo cultural, patrimonio, legitimación, circuito cultural, medios de comunicación alternativos, símbolos locales e identidades culturales. Producto de este avance significativo, es la publicación y recepción de obras como *Protagonistas del arte en Risaralda; Juego y Cultura; Inventario del patrimonio arquitectónico de Risaralda; El pasado inconcluso. Modernidad y Postmodernidad; Génesis de un mito. La pereirana*, entre otros<sup>8</sup>.

De repente, el tema de la cultura exigía la atención de diversos protagonistas de los procesos comunicativos, políticos, sociales y culturales de una ciudad joven. Se iniciaba un nuevo proceso y ello podía sentirse tanto en el ambiente que rodeaba a ciertos representantes del estamento oficial, como al interior de los grupos y organizaciones no gubernamentales que mostraban y evaluaban su propio quehacer. Es un hecho, la década de los noventa insufla otras preocupaciones de tipo académico e intelectual, muy a pesar de los esfuerzos de las élites y de grupos políticos hegemónicos por querer perpetuar unos saberes y unos tránsitos históricos.

Las discusiones en torno a los fenómenos que entrañan la globalización, la hibridez cultural, el problema de las identidades, la heterogeneidad y los cada vez más complejos asuntos atinentes con el proceso de la modernidad, empezaron a hacer motivo de interés para los intelectuales y estudiosos de la región. En este sentido, se evidencian los alcances de las propuestas metodológicas y programáticas de la Maestría en Comunicación Educativa de la Universidad Tecnológica de Pereira<sup>9</sup>.

Sin duda, quien inaugura esta vía de entrada a los debates más contemporáneos, a las contradicciones de los procesos culturales con aquellos presentes en el desarrollo de los pueblos latinoamericanos –expuestos en las tesis de Canclini, Barbero o Monsiváis, entre otros-, en su busca de elementos comunes pero también diferenciadores de lo “propio” o “ajeno”, es el trabajo reflexivo del poeta y cronista cultural Alberto Verón Ospina. A través de las páginas del *Diario del Otún* y de algunas revistas de corta vida, durante más de una década Verón Ospina insistió en pensar, fabular y discriminar la ciudad desde diversos ámbitos. En torno suyo se aglutinaron otras voces, otros sentires, en los textos o reflexiones de Guillermo Constaín, Gustavo Colorado Grisales, Tagore y Óscar Aguirre.

Verón Ospina puso sobre el tapete las discusiones en torno a la modernidad y posmodernidad, a la influencia de los medios masivos de comunicación en la construcción de los valores de una posible nacionalidad, a los avatares del consumo en una sociedad frágil y sugestionable. Claro en los asuntos de la filosofía moderna, el cronista y poeta emparentó el proceso de la historia local con los desarrollados por Benjamin en la ciudad luz, a través del París prefigurado en los poemas de Baudelaire o en la arquitectura simbólica del barón de Haussmann. En sus viñetas la ciudad cobró la fuerza de lo intertextual.

De repente, las crónicas de Ricardo Sánchez, de Euclides Jaramillo Arango o Carlos Echeverri Uribe, tomaron otro cariz, una mayor importancia, más allá de lo que pudieran representar ellos en la noción de provincia o aldea propuesta a través de su ejercicio periodístico. Se trataba de instaurar un diálogo más universal, más comprometido, si se quiere, con ese gran texto que resulta ser la cultura. Y lo consiguió. El cronista Verón Ospina esbozaba posibles proyectos, indicaba marcas, sugería objetos de estudio, dejaba entre líneas posibles problemas a resolver.

Después de estos primeros intentos vendrían trabajos como los titulados “*Señales para encontrar la ciudad*”(1993)<sup>10</sup>, en colaboración con el cronista Gustavo Colorado Grisales. Entrábamos así a la ciudad escrita, moderna, compleja, víctima de la violencia derivada del narcotráfico y las inmigraciones forzadas, de una economía de emergencia que sumió al país de los años ochenta en una suerte de prosperidad que no demoró en deshacerse por su propio peso. La misma ciudad que el poeta Luis Carlos González deja traslucir con rabia en uno de sus bambucos –*Porque se volvió ciudad, murió mi pueblo pequeño*–, reclamando aún la aldea que tanto gustó de sus versos, se erigía de pronto, en el plano de su escritura, en un tejido urbano en permanente crisis, movido por intereses de grupo, proclive a la corrupción de las prácticas bipartidistas, rumoroso ante la ola de desplazados, deprimente por las calles miserables de la galería central, caótico frente a la presencia masiva de vendedores ambulantes, suntuoso y cursi por una arquitectura que deviene expresión de las clases emergentes, tan inclinadas a lo kitsch, a la fachenda.

Aquí, en la aldea, juega un maduro sol  
con el cemento. En la plaza ya hay mangos  
y en el zoológico nació ayer un oso gris.

Lo demás, es lo mismo: rostros, demoliciones,  
los milagros que puede hacer un blue-jeans  
o una camisa a rayas, cuando cruzan la esquina.  
(Eduardo López Jaramillo. *Carta en prosa*)

Y cuando esto sucedió, cuando la ciudad moderna reveló otros signos –algo había cambiado para siempre en la atmósfera de provincia- fue cuando nació la preocupación de volver al pasado con otra mirada, reevaluar aquello que se había hecho en el plano de la historia, redescubrir, reinterpretar documentos, archivos, materiales fotográficos, cartas, periódicos, revistas, con el deseo de provocar otros sentidos y, de hecho, otras miradas que sirvieran a la vez de puente comunicativo con un presente abigarrado, a menudo indescifrable. A este presente que exige una lectura más acorde con el mundo contemporáneo, en su necesidad de marcar las diferencias en el ámbito de lo global, se anudan, por supuesto, los trabajos investigativos del sociólogo Óscar Arango Gaviria, *Pereira , años 80* y *Pereira años 90's*, y el de un colectivo académico *Imaginario femenino y ciudad- Pereira y su evocación de mujer*<sup>11</sup>. Este libro, producto de un trabajo exhaustivo de campo, liderado por profesores de la Universidad Tecnológica de Pereira, adscritos a la Facultad de Educación y algunos en particular a la Maestría en Comunicación Educativa, viene a significar los derroteros de una ciudad que al tiempo que escribe otros componentes simbólicos, demanda su lectura e interpretación.

Cuando creí desvelar algunos signos sobre mi ciudad, en un abril de 1998, quizá mientras me entretenía leyendo las crónicas judiciales de los años veinte, publicadas en los periódicos y revistas, preocupado entonces por indagar sobre los crímenes más sonados en aquella década nombrada por Hugo Ángel Jaramillo como la de las “grandes

transformaciones”, “origen de un nuevo remezón transformador”, producto de la “pujanza de una raza”<sup>12</sup>, me asaltó la necesidad personal de intentar una lectura sobre Pereira en las primeras décadas del siglo XX. En su momento, asumí la lectura de materiales con inocencia y sin recelo. Ahora, cuando Pereira, la ciudad que se entra por mi ventana, deja llegar a mi cuarto el rumor de un diálogo febril entre dos niñas adolescentes que cuentan sus aventuras vividas la noche anterior en un *after party*, vuelvo a esos materiales, todavía entusiasmado, pero ya con el ánimo de establecer, sobre su base, otra mirada en la que sea posible la crítica y otros ángulos de visión en el caleidoscopio de una memoria compartida.

---

#### NOTAS

1. González, Luis Carlos. “Maldita sea la ciudad” (Bambuco). Texto tomado de la columna Isla Negra, del periodista César Augusto López Arias. Periódico La Tarde, Pereira, 21 de julio de 1978.
  2. Colmenares, Germán. “La invención del héroe”. En: *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores/Universidad del Valle, 1997, p.59-69.
  3. Marín T., Onofre. *La voz de la justicia*. Manizales: Imprenta Diocesana, 1912.
  4. Piglia, Ricardo. *Crítica y ficción*. Barcelona: Anagrama, 2001, p.90.
  5. *Ibid.*, p.105.
  6. Bravo Molina, Carlos Ramiro. “Vida y obra del escritor Hugo Ángel Jaramillo”. Revista de Ciencias Humanas, Año 8, No. 28, Universidad Tecnológica de Pereira, junio de 2001.
  7. Victoria, Carlos Alfonso y Mesa Mejía, Bernardo (Compiladores). *Crisis cultural: signos y alternativas. Memorias de un Foro*. Colección Ventana al Nuevo Milenio. Gobernación de Risaralda, 1994.
  8. D’A Pena, Alberto. *Protagonistas del arte en Risaralda*. Tomo I. Pereira: Print laser, 1994. Jiménez, Carlos Alberto. *Juego y Cultura*. Pereira: Colección de Escritores de Risaralda, Vol. 18, 1994.
- Narváez, Ancízar. *El pasado inconcluso. Modernidad y Postmodernidad*. La oferta cultural en el Área Metropolitana, Pereira-Dosquebradas. Pereira: Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de Risaralda, 1996.
- Verón, Alberto, Sarmiento, Juan Manuel y Osorio, Jorge Enrique. *Risaralda. Nuestro patrimonio. Inventario del patrimonio arquitectónico del Risaralda*. Pereira: I.P.A.R., 1998.

Zuluaga Gómez, Víctor y Granada Echeverri, Patricia. *Génesis de un mito. La pereirana*. Pereira: Gráficas Buda, 1999.

9. En relación con las discusiones contemporáneas en torno a la Comunicación y, específicamente, en lo que atañe a fenómenos de la cultura, se destacan las siguientes tesis de grado, de acuerdo con el catálogo del Centro de Documentación de la Maestría en Comunicación Educativa:

\**El Ocio como indicador de Transición cultural entre lo cultural y lo urbano*(1992)

Autores: Estrella Gómez, Nelson Marín, Carlos A. Pulgarín, Ismael Velasco.

\**El pasado inconcluso. Modernidad y Posmodernidad*. (1995)

Autor: Ancízar Narváez Montoya. Tesis publicada.

\**El Rock...una forma de vida*.(1997)

Autores: Pablo Emilio Díaz, Matha Lucía Restrepo.

\**Espacios y objetos como portadores de Sentido en la vida familiar* (1997)

Autor: Carlos Alberto Henao.

\**El juego como experiencia cultural*

Autor: Carlos Alberto Jiménez.

\**Ritos y transformaciones en los usos culturales de la ciudad* (1999)

Autor: Alberto Antonio Verón Ospina.

\**Percepciones urbanas: la ciudad más allá de la palabra* (2000)

Autor: Aura Margarita Calle Guerra

10. Muchas de las crónicas publicadas por Gustavo Colorado Grisales en el *Diario del Otún*, bajo el título “*Señales para encontrar la ciudad*”, formarían parte, más adelante, de su libro *Rosas para Rubias Neón* (Colección Literatura y Juventud, Pereira, 1997). Luego aparecería un trabajo suyo más personal, *No disparen, soy sólo el cronista* (Comfamiliar, Pereira, 1999) pero que no obstante resulta ser un trabajo periodístico y literario que vuelve la mirada sobre una ciudad que se ha tornado compleja en su entramado urbano y social.

11. Arango Gaviria, Óscar. *Pereira, años 80*. Pereira: Ediciones/Funderalda, 1989.

———. *Pereira años 90's*. Pereira: Facultad de Ciencias Ambientales UTP/Agencia Alemana al Desarrollo GTZ, 2000.

Bedoya, Olga Lucía, Castiblanco, Amanda, Maldonado, Fernando y otros. *Imaginario femenino y Ciudad. Pereira y su evocación de mujer*. Tercer Mundo Editores/Universidad Tecnológica de Pereira, Bogotá, 1999.

12. Ángel Jaramillo, Hugo. *Pereira: proceso histórico de un grupo étnico colombiano*. Pereira: Gráficas Olímpica, 1983. Tomo I, p. 257.

*Las lámparas de la vigilia*  
o  
*la forma periódica de un registro*

No se explica uno –ni dos, ni tres- cuál sea la causa “mortuoria” para que Uds. que en illo-marca témpore-dieron páginas admirables en el periodismo pereirita, estén hoy resueltos –y reamarrados- a no “jalarle” más al martirio delicioso, como alguno calificó y determinó, este vicio de emborronar cuartillas...de papel. Es tal que Uds. no quieren -ni por sí, ni por do, ni por mí, ni por fa- contar al público sus respectivas impresiones personales y...de las otras personas. Esto bien visto, es un egoísmo imperdonable, digno de censura.

Eme Zeta  
*¿Por qué no escribe Ud.?*  
Revista Variedades, No. 47  
9 de enero de 1926

-Te gusta el periodismo?  
-me encanta.  
(De paso debemos revelar algo interesante: colabora asiduamente en la crónica social del radioperiódico <<Pregones del Medio Día>>).

*Reportajes femeninos.*  
En esta ocasión a la dama Fanny Mejía Gómez  
Revista Variedades. Segunda época, No. 180.  
1º. de enero de 1952.

Parto de un hecho que resuelvo metáfora en las dinámicas escriturales que la ciudad propicia: la publicación, en 1905, del periódico *El Esfuerzo*, de propiedad de Emiliano Botero, “ciudadano muy honorable que de la noche a la mañana se hizo periodista”, según lo refiere Eduardo Correa Uribe, gestor, durante varias décadas, de la publicación del periódico El Diario, quizá el documento más importante de que se tenga referencia en la región, para intentar una arqueología de la vida cotidiana de la ciudad entre finales de la década del veinte y mediados de la década del setenta.

Los primeros años del siglo XX representarían para Pereira el diálogo con los deseos de transformar la ciudad, de hacerla moderna. Sus líderes ya no estaban conformes con que a su poblado se le denominara de manera simple distrito o provincia, o “Aldea de Pereira”, o “Cartago Viejo”, o “Villa de Pereira”, o “Provincia de Robledo”. Algo había cambiado en la mentalidad de las autoridades municipales, cuando entendieron que la ciudad se debatía entre lo rural y lo urbano y que era necesario, a través de entidades recientes como Ornato y Embellecimiento, emplazar a los moradores de la aldea a reducir el número de animales que tenían en cada vivienda, a cercar los solares y a embellecer el ambiente exterior de sus casas. No obstante, algunos propietarios de los grandes solares de las casas céntricas, en cuyos sótanos operaban los establos y caballerizas, se resistían a implementar estas nuevas formas de convivencia y ordenamiento del espacio señalado para la pequeña ciudad.

Este fue un poco el panorama urbano con que se topó el exigente viajero francés Félix Serret, en el recorrido que hiciera en 1911, entre Cali y Manizales, a la que denomina como uno de los *principales centros mineros de la provincia de Antioquia*.

Mientras sostiene acaloradas discusiones con el arriero guía, por su irresponsabilidad y esa manía suya de estar bebiendo licor en cada fonda y posada que encuentran en el camino hacia Manizales, descuidando por completo a las bestias, Serret se detiene a describir los lugares que visita. En el camino hacia Pereira pernocta en una posada que hacía las veces de hotel, cuyo aspecto lo deprime, al punto que compara la estancia con un hospital pobre de aldea y observa que la sala de la casa sigue siendo igual, en el decorado y en la disposición de sus muebles, a las casas españolas antiguas. Eso sí, advierte al final, después de haber tomado café y ron y de haber degustado un desayuno con arroz, tortilla, huevos y bistec a caballo, que toda la atención y el servicio de la casa, sólo le había costado 3 francos con 50, demasiado barato, afirma, si lo comparaba con el precio de las mulas.

Como todas las antiguas casas de la época colonial, estaba compuesta de un piso bajo, de un amplio patio interior rodeado de numerosas piezas desde hacía mucho convertidas en caballerizas o en bodegas, y de un primer piso, al cual se accedía por una escalera monumental pero en ruinas, se llegaba a un gran número de salas en fila, con techo muy alto, que habían sido divididas con pedazos de lienzo para sacar habitaciones para los viajeros.

En materia de las soluciones arquitectónicas descritas por los viajeros, se encuentra que la ciudad insiste en un tipo de vivienda urbana, donde los establos y las pesebreras juegan un papel de primer orden, sobre todo cuando se comprende que la élite, la clase dirigente, se formará a través del negocio de la arriería y las prácticas comerciales derivadas de ella<sup>1</sup>. Sus dinámicas estarán emparentadas con ofrecer una ciudad llamativa a los viajeros e inversionistas. Las imágenes fotográficas de la época privilegian los ambientes exteriores, la calma de los parques, la construcción de pequeños edificios, la apertura de nuevas fábricas, el crecimiento del parque automotor, el destello de las luces de neón.

Ezequiel Morales y Concha

Vende su casa de habitación cita en la calle 22 número 22, constante de treinta y siete y media varas de frente por cincuenta de centro. Se compone de nueve piezas bien construidas y ventiladas, cuatro instalaciones eléctricas, buena agua, pesebrera y el solar cultivado de caña.

(El Diario, Caldas, Pereira, 6 de septiembre de 1922)

Serret no entra al centro de la ciudad de Pereira. Su destino es Manizales. Pero su testimonio resulta muy valioso para comprender la importancia y el atractivo que tenía el camino que comunicaba al occidente del país con Caldas y el Tolima. En su recorrido, el viajero se encuentra con varias fondas, posadas y estanquillos, al parecer, sitios muy apetecidos por los arrieros y marchantes para aprovisionarse de víveres, tomar licor, jugar a las cartas y divertirse. Cuando divisa las primeras casas de Pereira, Serret expresa que, en su mayoría, son *estanquillos* donde no expenden bebidas embriagantes –aguardiente, anís o chicha-, sino que ofrecen comidas y golosinas. Esto lo lleva a concluir que los habitantes de Pereira, con ser parte de la provincia de Antioquia, son, en efecto, *personas más industriosas y más comerciantes*. De ahí que se los apode, concluye, como los *judíos de Colombia*<sup>2</sup>.

Los habitantes de la cabecera urbana, que en su mayoría se dedicaban a la labranza o al comercio, pretendían robustecer la aldehuela de sus padres colonizadores. Aún guardaban las imágenes de un poblado que creció a la vera del único camino que llevaba a los marchantes a las tierras de Salamina y Marmato, con el mayor atractivo para los que se desplazaban: sus minas de oro. Serret lo supo y entendió además que podría encontrar lugareños liberales, bastante críticos, como aquel que se topa subiendo a Santa Rosa de Cabal. Ante la imagen de un grupo de jesuitas que se dirigía a Pereira a recibir a uno de sus superiores, el viajero encuentra el momento adecuado para preguntarle a su compañero de

camino qué opinaba de los curas. Se sorprende ante sus respuestas, pues éste le responde enfático que el clero interviene de manera descarada en los asuntos políticos y en las decisiones del Estado, de modo que en Colombia, subraya, el arzobispo de Bogotá es más importante que el presidente de la República. De ahí el bajo nivel intelectual de los nativos, sostiene el lugareño al extranjero, ya que la religión como poder se encarga de atrasar cualquier avance o transformación.

La ciudad de comienzos de siglo era apenas un caserío próspero, establecido en torno a la fonda: el primer centro comercial que permitió a los arrieros y comerciantes establecer sus trueques al tenor de sus tonadas y redondillas. Antes de la fonda se habían levantado las toldaduras a las orillas del camino, donde los arrieros pernoctaban y se dedicaban al juego del machete o a las apuestas<sup>3</sup>. La fonda como el encuentro de dos mundos, dice Ortiz Sarmiento, el de la vereda y las actuaciones bucólicas de un campesinado en tránsito y el del intercambio financiero, conectado con la exportación del café hacia las grandes ciudades europeas y norteamericanas<sup>4</sup>. Con la fonda - “bolsa mercantil”, “oficina pública de transacciones”, “eje de la comunidad”<sup>5</sup>-, se insufló cierto espíritu sedentario. Fatigados de llevar una vida nómada y de trasegar por las tierras áridas del oriente antioqueño, los colonizadores decidieron buscar terrenos aptos para el cultivo, y de pronto la fonda, esa casona improvisada que ofrecía al caminante una bebida o un pedazo de pan, les hizo advertir sus alrededores. Después surgió el hospedaje, el sitio preciso para descansar de largas jornadas por trochas peligrosas. Luego vendría la vida en comunidad, el establecimiento de una autoridad local y el pago de *contribuciones vecinales* para emprender obras dentro del caserío, el mismo que sirviera de escenario para el proceso de la fundación, como se hace visible en el cuadro donado por Jesús María Ormaza al cabildo

municipal, con una nota: “Entrada de los fundadores el 24 de agosto de 1863 a la Plaza que hoy es de Bolívar”<sup>6</sup>. La pintura deja apreciar 13 casas dispersas en una planicie rodeada por un cultivo de plátano y de árboles, a la vera de la montaña. Una comitiva, de a caballo, sube una pendiente. El espacio quizá fue el propicio para la ceremonia litúrgica, fundacional, ofrecida por el presbítero Remigio Antonio Cañarte.

La representación de aquel cuadro bucólico prefigura el continente de su pasado. Se cuentan huellas, se presienten los pasos de los viajeros, los temores y los asombros de los caminantes. Las pisadas recorren los alrededores de lo que va a ser nuestra ciudad. En algún momento, parecieran divisar los terrenos que le fueron otorgados por el Congreso a Francisco Pereira Martínez. En otro, los silencios, los trazados de los caminos por rutas acaso más seguras y rápidas, hacen que la ciudad apenas se malicie, quede un poco entre la bruma de lo que se desea en mi tiempo presente. ¿Cómo no presentir la ciudad en los textos que señalan el recorrido del alemán Alfred Hettner, en su viaje a través de la Cordillera Central, cuando, al reconocer a Manizales como una *fortaleza natural de montaña* y al saberla sitio importante de actividades comerciales de casas europeas, expresa que a la región central de Antioquia y el Cauca *llega el cacao producido en la región de Pereira y Cartago?*<sup>7</sup>

Cuadro bucólico, la pendiente por la que sube la caravana rumbo al centro del caserío donde el padre Cañarte oficiará la misa, fija quizá los tránsitos de los arrieros y sus mulas, las huellas imprecisas de los cargueros, *la arcilla espesa y cenagosa* de la que hablara Humboldt y su fina observación, cuando encuentra que los bueyes *acostumbran poner la pata siempre en la misma huella*. El pintor infiltra los vórtices y las coordenadas de un espacio retocado en los diarios de campo de los viajeros extranjeros del siglo XIX y antes

recorrido por Pedro Cieza de León, perplejo frente a la selva exótica, con sus “grandes y espesos cañaverales”, reparando que lo intransitable de la región, escasa en caminos, lluviosa y distante, aseguraba a la ciudad de posibles ataques o saqueos: “está tan bien guardada esta ciudad que bien se puede tener cierto que no la hurten a los que en ella viven”<sup>8</sup>.

Luego vendrían las impresiones del barón de Humboldt, cuando en 1801, en su viaje de Cartagena a Quito, recorre el paso del Quindío. El expedicionario viene de visitar, en Bogotá, al *venerable anciano* José Celestino Mutis y allí decide que su destino es arribar a Quito, atravesando los Andes por Ibagué y las zonas nevadas del Quindío. El naturalista y geólogo alemán, en una de sus cartas a su hermano Guillermo, refiere que las dificultades del camino del Quindío –*paso más penoso de la cordillera de los Andes*- son tantas, que sólo es posible emplear bueyes para transporte de equipajes; por ello no extraña que los viajeros deban ser llevados en las espaldas de los *cargueros*, con jornadas diarias de tres a cuatro horas. El científico experimenta hacia el oficio de carguero una mezcla de perplejidad y consideración, aunque hace notar que son muchos los jóvenes que se disputan este oficio y que, caso curioso, son más los mestizos y los blancos dedicados a esta labor, que los indios: “Sólo el gusto de una vida errante –concluye-, en que se goza de cierta independencia, explica la preferencia de esta ocupación respecto de la sedentaria y monótona de las ciudades”.

Humboldt prefiere hacer parte de la travesía a pie que dejarse cargar por los silleros. De ahí que al recorrer el sendero del Quindío, *pais pantanoso poblado de cañas de bambú*, su calzado haya sido destrozado por las raíces filosas de gramíneas gigantes. A pesar de las dificultades para atravesar esta región, el expedicionario considera que este espacio es

bastante propicio para emprender trabajos de investigación en torno a sus recursos naturales.

El tiempo ha cambiado, ha llovido a cántaros en los últimos días, nuestras botas se deshicieron sobre la piel y llegamos desnudos y sangrantes a Cartago, pero enriquecidos con una hermosa colección de nuevas plantas, de las que traigo una multitud de dibujos<sup>9</sup>.

Estas palabras inaugurales sobre una geografía cuyo imaginario escritural se comparte entre el paso del Quindío, los caminos hacia el Valle del Cauca, los parajes del río de La Vieja, las duras pendientes hacia Manizales y la visión patricia que tuviera don Valeriano Marulanda en el alto de Boquerón, serían los gérmenes de la crónica de nuestra ciudad, el comienzo de un registro. Sospechamos la cercanía de lo que más adelante sería Pereira en las crónicas del comisario británico John Potter Hamilton, escritas en diciembre de 1823, cuando, por mal tiempo y falta de peones para aventurar la ruta por la hoya del Quindío hacia Ibagué, debe quedarse en Cartago durante catorce días, acompañado de su amigo Mr. Cade, “tedioso pueblo de Cartago”, dice, “lleno de cucarachas e insectos”.

Allí observará la costumbre de los esclavos negros de comprar su libertad ante el Congreso, para luego venderse a otro amo y ganar, en esta operación 100 pesos, con los cuales, si el esclavo lo quisiera, podría comprar un poco más de cincuenta ovejas gordas. Allí hará paseos por las riberas de La Vieja, conocerá instrumentos musicales propios del poblado y apreciará la hospitalidad de sus gentes, aunque la ciudad le seguirá pareciendo monótona y aburrida: “Afortunadamente en esta ocasión llevaba algunos libros conmigo; de otro modo me hubiera resultado insoportable la forzada permanencia de dos semanas en Cartago”<sup>10</sup>

Otro viajero, Charles Stuart Cochrane recorrerá el occidente del país cuando aún no existía la noción del poblado pereirano. Al describir sus viajes a través de la Cordillera de los

Andes (La Balsa, Cartago, Minas), refiere la dificultad de transitar por un camino que antes fuera construido, dice él, con requerimientos técnicos por los españoles: camino amplio de ocho pies, a través de empalizadas. Asegura el viajero que los ríos de las montañas se han encargado de destruir el camino que nunca ha sido reparado y cuyos límites estrechos, lo obligan a poner sus pies sobre las orejas de las mulas, para no lastimarse contra las rocas, luego de que el arriero debiera limpiar el camino con machete para asegurar el movimiento de la recua. Stuart Cochrane hace referencia a los silleteros diciendo que su amigo Lozano, un tanto apresurado, le aconsejó no usar este medio de transporte, sin conocer -se queja- en realidad el camino, pues tuvo que soportar a pie un terreno muy accidentado y boscoso, de difícil acceso, donde abundan los tigres que siguen con paciencia a los arrieros durante varias jornadas, *con la esperanza de que mueran y ya muertos enseguida se comen los cadáveres*<sup>11</sup>

La referencia a los tigres volvería a hacerla Edith Drews en sus memorias inéditas, cuando traza con detalle la forma como su familia, oriunda de Europa, hizo su aventurado viaje hasta Pereira, desde el puerto de Buenaventura, a comienzos del siglo XX<sup>12</sup>.

El viajero inglés, capitán de navío, hace de sus memorias un acumulado de hechos cotidianos: cuenta que se ha tropezado en el camino con el hombre del correo, quien lleva oro y platino hacia Ibagué, en un recorrido que hace en cuatro días. Narra su estadía en Cartago, habitada por 2.000 personas, dice, y se entera que el hijo del alcalde, de dieciséis años, se había casado con una *pequeña y gorda trigueña de catorce*. Estima inconveniente este tipo de matrimonio, pues sentencia que una vez pasa el goce del deseo, la relación se convierte en un desastre. El juez local le confiesa que hay mucha tierra sin dueños y que

bien podría repartirse entre colonos. Y continúa su recorrido, sobre una memoria alimentada por los mitos de la localidad:

Desde una pequeña cadena de lomas en la cercanía de estas montañas se pueden observar, con unos buenos prismáticos, elefantes carnívoros alimentándose sobre las llanuras que rodean la región nevada. Alguna vez se encontraron unos dientes gigantescos, pero hasta la fecha no se ha logrado cazar uno de estos animales. Los indios organizan de vez en cuando excursiones para lograr las pieles de este ganado salvaje.

De modo que la ciudad de 1905 es reciente en su tejido urbano. Cuenta ya con un registro, una memoria visible en los textos de los viajeros que tenían como destino, por lo general, a Cali, Popayán y Quito. ¿Pero cómo hacer más visible ese tejido urbano, cómo darle un lugar para consentir su desarrollo y acogerse a sus fronteras geográficas y a las derivadas de un imaginario en el territorio del deseo y el ensueño de quien lo escribe o lo piensa? El ejercicio del periodismo encuentra en este punto su mayor signo de apropiación con una realidad que quiere ser nombrada y más aún, cuando ella misma es inherente a la vida de las provincias colombianas, tan distantes unas de otras, por la falta de vías de acceso y las dificultades topográficas que las regiones del país presentaban entonces, a pesar del adelanto que significó el tendido de la línea de Ferrocarriles Nacionales en buena parte del occidente colombiano. Y sucede el hecho curioso: algunos miembros de la comunidad se convierten en periodistas, “de la noche a la mañana”. Este milagro, inherente a una escritura inicial, dará lugar al tejido de lo urbano en la cartografía de la palabra que nombra. Porque el periodismo nace de pronto con esa función: nombrar la realidad, religar sus señas particulares, testimoniar un tránsito comunitario, “los diarios son un mapa de la realidad que es preciso descifrar”, interpreta Piglia<sup>13</sup>.

El periódico *El Esfuerzo* cumplirá un papel importante de cara a la ciudad como el espejo que precisa una imagen y entorna ciertos destellos de lo cotidiano: el editorial se encargará de tratar los temas serios, dignos de ser evaluados: el futuro de la ciudad, sus preocupaciones educativas, el sentido del progreso, las acciones del alcalde, las dificultades del transporte regional, las temporadas de teatro en el edificio del Club Pereira. Los avisos publicitarios señalarán al lector el tipo de productos que algunos comerciantes han puesto a la venta en sus almacenes: calzado francés, surtido de drogas (píldoras antianémicas, Hemoglobina Duque, específicos de París) y elementos de tocador (Jabón Arjona, Pomada Rosada, Leche Virginal), herramientas y abarrotos, cacharros, quincallería y materiales para el campo. La página social hará el registro minucioso de los visitantes que arriban a la ciudad y de aquellos que, por placer o por negocios, permanecerán fuera del poblado por algún tiempo. *El Esfuerzo*, “Periódico de intereses generales”, ofrecerá a los suscriptores, con relativa frecuencia, páginas literarias selectas de autores franceses e ingleses, alternadas con trabajos poéticos y narrativos de artistas locales como Julio Cano y de otros a quienes les parece más cómodo y pintoresco presentarse bajo seudónimos: Cemar, Chalos, Yo, Pernan, Catulo Mendes.

Este periódico, publicado los sábados, con un valor de \$2 por ejemplar, dará importancia a las actividades comerciales y por ello alentará la inauguración de locales y negocios o permitirá la publicación de avisos, *a razón de \$1 por línea en forma ordinaria*, mediante los cuales los suscriptores ofrecerán o comprarán toda suerte de productos: “novillas finas y vacas de leche”, “cristalería y loza”, “máquinas reformadas de lavar ropa”, o “polvos vermífugos-especiales contra las lombrices de los niños”. La comunidad no escatimará epítetos o expresiones para reconocer que la circulación de un periódico es signo de

“progreso intelectual”, avance en el ejercicio de la “civilización”, aunque, por supuesto, don Emiliano Botero aprovechará las páginas de su semanario para recordar que sostener una publicación periódica no es una empresa del todo fácil:

CON MOTIVO de asuntos urgentes, tuvimos que suspender por pocos días la salida de este periódico. Hoy reanudamos trabajo con la misma voluntad y mayor energía, no sin llamar la atención á los suscriptores para que cubran sus valores pues no se concibe que una empresa como esta, perdure sin disponer de un medio y el valor de las suscripciones es, ni más ni menos, el medio de su sostenimiento.

(*El Esfuerzo*, No. 27, Serie III. 7 de abril de 1906)

La historia local reconocerá la existencia de varios periódicos en las primeras décadas del siglo XX. También se dirá que la circulación de la mayoría de ellos es efímera y que sus propietarios matizarán el registro de lo cotidiano con posturas ideológicas subordinadas a uno de los partidos tradicionales. Pero sucede el otro hecho importante: el cronista se convierte casi que en el historiador oficial para la ciudad. Las crónicas no sólo se leen como una suma de los detalles del tiempo, del acontecer y su dinámica, sino además como las anotaciones a la construcción de un posible pasado histórico.

Puesto que el cronista está ligado al aparato educativo como profesor o prefecto, o al periodismo como actor intelectual y vocero de la comunidad, en la que además desempeña con frecuencia actividades comerciales, nadie más indicado que él para dar cuenta del proceso histórico de su localidad. Así lo convino Heliodoro Peña Piñeiro, al escribir su libro *Geografía e historia de la provincia del Quindío*, a través de un estilo didáctico y expositivo, como parte de sus anotaciones personales de clase, cuando ejercía su trabajo de instructor en las escuelas de la provincia. Así lo estableció Carlos Echeverri Uribe al iniciar la publicación de sus crónicas y comentarios en periódicos de la ciudad, como parte de su actividad de coleccionista de apuntes manuscritos, de anotaciones que en algún momento

podrían perderse –enfatisa el cronista. En *El Esfuerzo* del 3 de marzo de 1906 y ante el pedido que le hiciera Emiliano Botero, Echeverri Uribe, en calidad de director de la Junta, suministra datos referentes a la feria semestral celebrada entre el 9 y el 24 de febrero de ese mismo año. El cuidado con que el cronista pormenoriza la actividad mercantil de la feria, se convertirá en una característica primordial del estilo y el brillo del periodismo inicial en Pereira. Cuando señala el número de mulas vendidas, cuando discrimina el comercio de ganado de levante y de cría, cuando hace la lista del tipo de surtido exhibido en los toldos de la Plaza, estamos ya frente al cronista que luego publicará, en 1909, su libro *Apuntes para la historia de Pereira*.

Y aunque en la dedicatoria de la primera edición de su libro, Echeverri Uribe sostiene que se trata de un *insignificante trabajo*, bien sabe él que su labor es fundamental e iniciática, así su texto no pretenda contener la “verdad absoluta, pues la tradición muchas veces se tuerce con el transcurso del tiempo”<sup>14</sup>, sostiene. Su colección de datos estará respaldada por dos fuentes que el cronista señala en la Advertencia: fuentes de archivos de Bogotá, Popayán, Cartago y Pereira; y por un trabajo con fuentes orales, con las voces de los fundadores. Estas fuentes serán enriquecidas en la segunda edición de su *obrita* como él mismo la califica, con los textos de algunos cronistas como Cieza de León, fray Pedro Simón y Juan de Velasco. El resultado será una crónica personal sobre el mundo de los quimbayas, las fundaciones de Cartago Viejo y de Pereira. Su estilo narrativo siempre convocará la anécdota, el hecho curioso: a la fundación de Pereira sólo asistió una mujer; en 1863 el área de población es de seis manzanas; la primera casa de teja data de 1874 y la segunda de 1879.

Y de inmediato, el estamento oficial reconoce el trabajo del hacendado Echeverri Uribe y lo exalta. El Concejo Municipal, en carta enviada al autor de los *Apuntes* en octubre de 1909, deja claro que la labor del cronista es una *patriótica empresa*, es, desde luego, *una prueba más de su amor a esta ciudad*. La nota final termina diciendo que el Concejo comprará cien ejemplares de la obra, para ser repartidos como premios en los exámenes de prueba en las escuelas oficiales de la localidad. De modo que el trabajo del cronista -en tanto coleccionista de una serie de datos, atento a un devenir en el que suele ser juez y parte-, incluso antes de conocer la luz pública, se eleva a categoría de discurso oficial, no sólo porque las autoridades locales convienen en ello, sino también porque el estamento educativo aprueba tales acciones y las hace *vox populi*, como se lee en el prólogo hecho por el educador Benjamín Tejada Córdoba a la segunda edición del libro: “Esta monografía de Pereira ha de llamar la atención de los pensadores y de las Academias, pues es una manera, la más racional y científica de escribir la historia de una nación o de un pueblo”.

Después de dar inicio a la actividad del cronista como historiador emblemático del grupo social, cuyo discurso nutre al establecimiento educativo en materia de enseñanza de las ciencias sociales y humanas, postura que bien corrobora Julio Rendón Echeverri al publicar la *Revista Pereira 1863-1923* -documento que recoge datos de los acontecimientos más importantes de la ciudad, ya señalados por Echeverri Uribe o Heliodoro Peña, como fuentes que el educador consultara-, sucede otro hecho interesante: el cronista se revela testigo y fiscal de su tiempo, portador de unos valores que defenderá con su pluma y su actuación, conciencia de una comunidad. El cronista ve contrariado, aunque expectante, la transformación de su aldea en ciudad. Será el primero en declarar su entusiasmo por la llegada del primer vehículo a motor, por la instalación de la primera planta de energía

eléctrica, por la primera construcción hecha en cemento, por la apertura de la primera fábrica de vidrios. Pero también será el primero en añorar el pasado, el deseo de afirmarse en la “tranquilidad sugestiva de la aldea”, de la que hablara Luis Tejada. Verá en el progreso y en las dinámicas que lo impulsan, una especie de mundo incierto, peligroso, dañino, una inevitable distancia de la imagen romántica y costumbrista de la aldea de sus padres y del territorio de su infancia.

He visto con mis propios ojos, cómo a medida que progresamos va viniendo la relajación en las costumbres, pero bien dicen <<La civilización entra con la corrupción>>.

Hoy (9) de marzo, vi pasar a una dama de los barrios bajos, muy arrepechada, manejando un automóvil, Qué vergüenza! Qué ultraje a nuestra sociedad! Qué irritación!

En todas partes, y para no ir muy lejos citamos a Cali por ejemplo; entre las muchas disposiciones del jefe de tráfico, vemos una a este respecto que nos cae como agua bendita; allá no permiten, bajo penas severas, el que los choferes conduzcan damas alegres, si no van en carros perfectamente cubiertos.

Pero es que allá, como en toda ciudad culta, no ha decaído un momento el respeto a sus damas y a sus hombres dignos.

Más ojo señor Alcalde, más actividad señor Jefe de Tráfico.

Firma D. Leroy.

(Revista *Variedades*, 1926)

En el centro de esta contradicción de afectos y sentimientos, discurrirá buena parte del periodismo como actividad que señala y subraya un estado de cosas. La excepción a este regla, quizá, sea el trabajo de Luis Tejada y un poco, sólo un poco, el de Ricardo Sánchez. El primero, de origen antioqueño, se radicará por un tiempo en Pereira y trabajará como profesor unos cuantos meses en el colegio de su padre, el educador Benjamín Tejada Córdoba. A pesar de que no se registran hoy, en las bibliotecas y hemerotecas de la ciudad, colecciones de periódicos publicados en la segunda mitad de la década del diez, para comprobar si este periodista sostuvo alguna columna con sus “Gotas de tinta”, las que luego lo elevarían a la categoría de *filósofo de lo cotidiano*, sabemos que su influjo se hizo

sentir en buena parte de los periodistas de la región. En periódicos como *El Día* (1922) o en Revistas como *Variedades* (1926), no sólo aparecen sus crónicas –la mayoría ya publicadas en *El Espectador* de Bogotá), sino también elogiosos comentarios sobre la importante actividad del escritor. En marzo de 1922 *El Día* destaca una nota en la que se refiere que Luis Tejada está muy enfermo y que es imposible aceptar que algo pudiera sucederle. Se expresa que ese *muchacho de ideas raras* le pertenece a todo un país que lo admira y que ruega por su *completa mejoría*<sup>15</sup>.

La influencia de Luis Tejada como periodista se observará en los trabajos de los Correa Uribe, de Ricardo Sánchez, Euclides Jaramillo Arango y Luis Carlos González. Tejada demostrará que el periodismo está muy cerca de la poesía, de la literatura. Sin saberlo, estaba adelantándose con su labor escritural a lo que luego sería una forma de acercamiento y poetización de la realidad, en los textos del joven García Márquez, a su paso por el periódico *El Universal* de Cartagena<sup>16</sup>.

Tejada parte de la observación del hecho cotidiano, se atreve a resaltar su magia, su excepción y luego determina una sentencia irónica, cargada de plasticidad y encanto. También sabe tomar partido por las clases menos favorecidas y presume la defensa de una ideología, bastante marcada por el grupo socialista “La Golconda”, al que perteneciera, al lado de Ignacio Torres Giraldo, Santiago Londoño Londoño y Lisímaco Salazar, todos ellos pereiranos. Lo propio hará Ricardo Sánchez al hacer la crónica de la vida diaria de su poblado. Como fruto de una intensa actividad periodística en diversos diarios del país, Ricardo Sánchez Arenas publicará su libro *Pereira 1875-1935* en la Editorial Arturo Zapata de Manizales. En el prólogo, su amigo Sixto Mejía declarará que Ricardo Sánchez

se ha atrevido a escribir un libro, “y aunque eso de escribir libros no es la característica de sus paisanos, esta obra de Ricardo sí es más pereirana que el Otún”<sup>17</sup>.

De Carlos Echeverri Uribe a Ricardo Sánchez Arenas, Pereira sufrirá un rotundo cambio. La década del veinte marcará un hito cardinal. Surge una clase dirigente activa, dispuesta a trabajar por su poblado y sus intereses personales. La actividad intelectual estará siempre del lado de la actividad comercial, en una suerte de matrimonio feliz, en una kermés de plácida inocencia. De otro modo sería difícil comprender cómo en el Almacén Universal, de propiedad de Alfonso Mejía Robledo, el cliente podía encontrar una miscelánea de artículos: automóviles Buick y Cadillac, abarrotos, productos para el campo, aceite, cemento y literatura importada.

Si bien los periodistas de comienzos de siglo llamaban la atención a las autoridades para que educaran a la comunidad en beneficio de una ciudad mezcla de campo y de aldea próspera, atestada de animales y maleza en los solares y calles destapadas, los periodistas de los años veinte centrarán su mirada en registrar los avances de una ciudad abierta al país, consciente de su estratégica ubicación geográfica, atenta a la inversión de capital de los comerciantes foráneos, dispuesta a hacer de las agremiaciones, tipo Sociedad de Mejoras Públicas, entidades dinámicas y líderes de lo que la comunidad exige y requiere. Es el signo del “progreso” lo que más leerá el periodista de esta década.

Pereira inicia la apertura de vías carreteables para comunicarse con el centro del país, asumiendo que las trochas y caminos de arriería son cosa del pasado. Usará la línea del Ferrocarril de Caldas y llevará el café hasta el puerto del Pacífico y de allí traerá productos importados para el uso de una pequeña élite, cuyos referentes culturales serán tomados, paulatinamente, de la vida cosmopolita de Londres, París y New York, en sus viajes de

excursión o en sus temporadas de estudio escolar: “Se avecina Londres. La ciudad-monstruo se acerca con sus millones de pupilas luminosas. Entre tinieblas y luces palpita la metrópoli magna”, escribirá Sixto Mejía en el periódico *El Día* de 1922.

La clase alta buscará educarse en colegios extranjeros para entrar en contacto con el viejo mundo, para penetrar en el conocimiento de las humanidades, del glamour, de los oficios liberales y enterarse del avance de las ciencias, como lo refiriera Rita Andrión de Mejía en su libro *Mis recuerdos de colegio*: aquí relatará su experiencia como interna en el colegio Wavre Notre Dame de Bélgica y dará detalles de sus excursiones por las ciudades de Europa, mientras soñaba con un mundo adusto, aristocrático y ampuloso<sup>18</sup>.

Pereira instalará los teléfonos automáticos y aumentará de manera considerable su parque automotor, a pesar de las dificultades que puedan derivarse de tener aún las calles céntricas empedradas, las mismas que en 1914 hicieron tan difícil y cómico el tránsito del primer vehículo armado en la ciudad. Cambiará la fisonomía de su centro al permitir el recorrido del tranvía. Hará de las ferias semestrales la posibilidad de llamar la atención y aglutinar a inversionistas del interior del país y permitirá, sin asombro, la conformación de pequeños guetos de extranjeros, que insuflarán en la ciudad un cierto aire barroco y abigarrado, como puede leerse en las superficies de la parte antigua del Cementerio San Camilo, representación propia de una arquitectura que se observará en casi todas las ciudades colombianas, después de que el estamento oficial quisiera entronizarse en los gustos republicanos. Pretenderá conectar la ciudad con los diálogos culturales del país y consentirá el arribo de compañías de teatro, circos extranjeros, cantantes y divas, poetas educados en las estéticas de la generación del 98, malabaristas, cómicos, médicos que enseñan normas de higiene y educadores que profesan virtudes y valores. Entonces no querrá quedarse atrás

en los adelantos de las ciudades intermedias y filmará su propia película. *Nido de cóndores* será un poco el símbolo de que la vida en la aldea se ha transformado y otros son ya sus signos de representación.

La película, que naciera con el objeto de publicitar los adelantos del poblado en su base material y vender una imagen de ciudad próspera, conveniente para quienes quisieran invertir en ella, revelará, no obstante, las dinámicas sociales y culturales de un proyecto urbano acendrado en las prácticas comerciales, apenas abriéndose al contacto con un país aún agrario e incomunicado en sus regiones. El director y guionista de la película filmada por Máximo Calvo, el comerciante Alfonso Mejía Robledo, habría inaugurado también la novelística de la ciudad, al publicar en 1926, bajo un sello editorial francés, su novela *Rosas de Francia*. Esta obra, de corte romántico tardío, escrita bajo el influjo de Isaacs, mostrará el carácter de unos personajes sentimentalistas e ingenuos, proclives a la melancolía, pero anhelantes por viajar y conocer el mundo, hacerse cosmopolitas de algún modo.

Este será un poco el panorama de transformación que sigue al trabajo periodístico de Echeverri Uribe, cuya labor intelectual se encuentra bastante marcada por la formalidad del antecedente histórico y sus intenciones de legar un texto que celebre la versión de un pasado, el mismo que el cronista inquiriere desde la tradición y los diálogos con algún material de archivo, matizado por su visión personal de un devenir que presume en una sola línea, la del progreso y el avance. En la primera parte de su libro, Ricardo Sánchez volverá a tocar los asuntos de la cultura aborígen y la relación de los hechos de la fundación tanto de “Cartago de Viejo” como de la “Villa de Pereira”, aunque ya su perspectiva se ofrece un tanto coloreada con elementos propios de la oralidad y el legado de la tradición. Así, para el

cronista Sánchez, los conflictos internos de las tribus quimbayas se debieron a un problema de celos y asuntos propios del amor. La fundación de Pereira toca los terrenos de la superstición: al enterarse de la muerte de José Francisco Pereira, acaecida en Tocaima, el presbítero Remigio Antonio Cañarte decide fundar la ciudad a través de una ceremonia litúrgica, de lo contrario, expresa el sacerdote, el *ánima* de su amigo *quedará sufriendo en el purgatorio*.

En la pintura de estos cuadros descolla la voz de un nuevo cronista, más aferrado a las versiones no oficiales de un destino histórico, aunque al final de su libro se esfuerce por señalar estadísticas y hacer una especie de directorio con los personajes insignes de su moderna Pereira: “Sus escritos se referían a hechos y personajes conocidos por todo el mundo; a los hábitos y los usos comunes en el vecindario y, por supuesto, al fenómeno inmutable de las costumbres”, dirá el escritor Miguel Álvarez de los Ríos en la segunda edición de *Pereira 1875-1935*, reeditado por la Academia Pereirana de Historia en el 2002.

Vuelvo a la idea central y la recuerdo: el cronista se revela testigo y fiscal de su tiempo, portador de unos valores que defenderá con su pluma y su actuación, conciencia de una comunidad. Ricardo Sánchez inaugura este tipo de valor civil, valga decir, que acompañará al periodismo local hasta muy entrada la década de los años ochenta, cuando ya el trabajo narrativo de un César Augusto López Arias había dejado la impronta de la censura como una visión de las cosas y el verbo enconado como un asunto de estilo. Si bien el cronista Sánchez narra con fruición los cuadros de costumbres de un poblado que poco a poco se transforma en ciudad -sobre todo cuando ciertas instituciones de carácter oficial, cívico y privado se dan a la tarea de embellecer el espacio urbano, de emprender la construcción de

obras con la participación comunitaria, de adecuar hoteles y posadas para recibir a los viajeros, de incentivar la inversión de capital externo, de llamar la atención del país a través de sus ferias semestrales-, sus preocupaciones lindan con el deseo de forjar y hacerla permanente, la imagen de aldea, el cuadro pintoresco de una infancia en que todo parecía casto e inocente, ajeno a los intereses de partido y de grupo, a las conveniencias personales, en una suerte de individualismo sacrificado en pos de la colectividad.

Como conciencia de esa comunidad, el cronista, desde el humor y la ironía en algunos casos, pretende eternizar unos momentos, dar paso a la nostalgia y hacer norma aquella sentencia de que todo tiempo pasado fue mejor: “Definitivamente la civilización nos ha venido a ‘complicar’ mucho la situación, sobre todo aquí en Pereira donde vivíamos tan tranquilos y tan contentos”, se queja el cronista, cuando observa aterrado que el parque automotor complica el tránsito por las calles; que la “luz eléctrica” ya no permite las escapadas nocturnas por el portillo de las cercas; que el centro de la ciudad está invadido por “emboladores”, “vendedores de billetes de loterías” y “atracadores” que impiden el diálogo y el descanso en los “taburetes de baqueta o de cuero de cerdo”, que antes el lugareño podía instalar en las aceras.

Ricardo Sánchez estrena una visión que abarca el modelo de imaginario de ciudad que muchos aún seguimos repitiendo. Esa misma nostalgia por el pasado, la pretensión de inmortalizar la pintura del caserío abierto con hachas y rulas, por la *fuerza de una raza*, a la manera de la colonización que narra Benjamín Baena Hoyos en su novela *El río corre hacia atrás*, sobre la factura de un discurso adjetivado, con el almíbar de palabras que nos son propias, en una versión criolla del Valle de Anáhuac -‘pichajué’, ‘lambrañas’, ‘maruchales’, ‘coscojos y bejucos rabiosos’, ‘palizadas de guadua’, ‘espinazo torbo en

alabeos furiosos’-. Ese mismo interés por hacer apología de unas ‘buenas costumbres’, en oposición a las ‘malas costumbres’ derivadas del progreso y el proyecto de civilización que hoy se lee como parte del discurso de la modernidad, es, sin más, una posición ideológica que tal vez depura la idea de región y su distancia con lo otro y lo distinto.

En la línea de esta postura ideológica prefiero ubicar el trabajo de nuestros más importantes cronistas: Lisímaco Salazar, Euclides Jaramillo Arango y Luis Carlos González, todos ellos validados en el tiempo como los historiadores a los que se regresa para comprender un decurso, la dinámica de un colectivo. En sus “Trocitos de historia” Lisímaco Salazar legó una documentación importante que referencia personajes y exalta destinos, para que el establecimiento a su vez tenga motivos y decida imponer medallas y cruces o bautizar calles y edificios. ¿Es sólo casualidad tal vez que uno de los más ilustres hijos de Pereira, Rafael Cuartas Gaviria, cuyo nombre ha sido inmortalizado en la fachada de un coliseo deportivo, haya expresado en 1977 la añoranza por la aldea de su padre, cuando la vida, dice él, era más plácida y segura, ajena a las complicaciones del ‘progreso’?<sup>19</sup> Dolido ante el panorama de su ciudad (multitudinaria, ruidosa, insegura, problemática), Cuartas Gaviria será enfático al negar las bondades de esta segunda época, pues si el ‘progreso’ y el ‘desarrollo’ traen consigo la transformación de una ciudad en caos, fruto de un *crecimiento descontrolado*, nicho de la *impunidad*, el eximio comerciante prefiere guardar la imagen de la aldea de comienzos de siglo, que le describiera su padre.

Las inquietudes del cronista Lisímaco Salazar, centradas en la elaboración de la imagen de ciudad de la que fuera testigo, tocan la piel de la añoranza, el nervio de la estampa honrada. Cuando hace los perfiles de personajes como Ramón Correa, Camilo Mejía Duque, Néstor Gaviria Jaramillo, Jorge Roa Martínez, el cronista escribe en realidad su propia versión de

la historia, con base en los sentimientos y los afectos derivados de su condición de ser social, como declarante de un acontecer, agradecido de un destino personal que su comunidad, a la que glorifica, ha propiciado. Lo sucederá, en esta labor, el cronista Euclides Jaramillo Arango, con un ingrediente más: su sentido del humor, su profundo conocimiento del universo costumbrista de Carrasquilla, su adhesión a las causas literarias de Adel López Gómez y Rafael Arango Villegas, tan cercanos a él en sus preocupaciones estéticas e intelectuales. De manera que en sus crónicas, deliciosas estampas de un poblado que presintió a partir de 1910, Jaramillo Arango traerá al presente de la década de los ochenta el itinerario de una aldea vista por el cronista con ojos pícaros y maliciosos: “Cuántas cosas en la nublada mente de un anciano hay para recordar”, dirá con desenfado. Mordaz a veces, sardónico en algunas apreciaciones, el cronista se apresura a marcar la diferencia con la segunda época de la ciudad estigmatizada en las palabras de Cuartas Gaviria. “¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres!” será la expresión reiterativa del cronista, cuando su intención es la de resaltar la vida simple e ingenua de los pereiranos de comienzos de siglo, en su interpretación íntima y personal del *viejo Pereira, que era el nuevo*. Desde una perspectiva similar a la de Ricardo Sánchez, pero un tanto más desprendido y, si se quiere, informal y ocurrente, el autor de *Las memorias de Simoncito* contará la zozobra e incertidumbre de los pereiranos al escuchar el ruido, *el tremendo, el ensordecedor traqueteo* de la primera motocicleta que arribó a la aldea; las implicaciones de la filmación de *Nido de cóndores*, la única película pereirana; las rutinas ofrecidas por el tránsito de bueyes y de mulas por Cutucumay, la calle central del pueblo; la forma como la quebrada de Egoyá intervenía las rutinas y los tránsitos de los jóvenes de entonces; la intimidad al interior de los hogares paisas y el beneficio que prestaban los baños públicos ubicados en

lo que luego sería el parque Olaya Herrera. La memoria sublima, la añoranza recrea, los territorios del deseo ofrecen la transcripción de un mundo ya lejos en el tiempo. Y una certeza: todo tiempo pasado fue mejor.

Al dulce pueblecito lo absorbió también la civilización, lo destruyó el progreso, lo aplastó el modernismo y hoy no tiene mangas y potreros que lo rodeen, ni riecitos cristalinos, sino que es una grande, una inmensa, una enorme selva de ferroconcreto sin alma y en un ambiente de ruido y de delito<sup>20</sup>.

La misma certeza en cuanto al designio de dispensar un pasado, en contraste con un presente oscuro y confuso, acompañará el trabajo periodístico y poético de Luis Carlos González Mejía. A mediados de los años noventa, un brillante escritor, Eduardo López Jaramillo, promotor único de importantes colecciones literarias locales –que aún no han merecido recepciones críticas por parte de académicos y humanistas-, diría en una conferencia en torno al autor de *Sibaté*, frente a un público impertérrito: “Pereira ha escogido como su poeta mayor, a un poeta menor”. No había en su sentencia nada que pudiera indicar desprecio o agravio en torno a la figura cimera del gran versificador. Por el contrario, López Jaramillo hacía la síntesis de lo que ya en la ciudad había hecho carrera. Hablo aquí, por supuesto, de una dinámica agenciada desde el estamento oficial, desde la autoridad declarada, que hace corrillo en los centros de poder y en los salones de los clubes sociales. El destino uniría a Hugo Ángel Jaramillo y a Luis Carlos González. El primero, como el historiador de una mirada parcial, el segundo, como el símbolo de unos valores y preceptos impuestos en insignias, banderas y emblemas. Ambos, como los hombres honrados y pulcros, autodidactas, hijos del pueblo, de origen campesino, elevados por la pequeña aristocracia local -en aras de la democracia y la bonhomía-, a símbolos de una ‘raza tolerante, aguerrida, generosa, abierta’.

¿Cómo interpretar los actos ceremoniales en los que el aplaudido compositor de bambucos fuera condecorado? ¿Qué significan la imposición de la “Medalla al Mérito”, concedida por la Sociedad de Mejoras Públicas de Pereira; la “Orden del arriero”, la “Estrella de Antioquia”, la “Gran Cruz de Risaralda”, la “Cruz de los Fundadores de Pereira”, la “Cruz de San Carlos del Congreso de la República” y la “Gran Cruz de Boyacá”, impuesta por Belisario Betancur, entonces jefe de Estado? ¿Qué significa esta suerte de crucifixión simbólica? ¿Cómo leer que mediante el Decreto 206 del 17 de agosto de 1985, el alcalde de la ciudad, determine “dos días de duelo en todo el Municipio y disponer que la Bandera de Pereira, sea izada en toda la ciudad a media asta”?

Más allá del sentido de reconocimiento y aceptación que puedan tener al interior de unas convenciones culturales acordadas por los grupos, estos actos buscan afirmar una visión ideológica, mantener un estado de cosas. El turno fue para la “antioqueñidad”, representada en unos símbolos que el poeta cantó con profusión: la ruana, el carriel, el aguardiente, el hacha y ese entusiasmo de los antioqueños por fundar ciudades y abrir comercio, haciendo de la fonda un micromundo y de las trochas y caminos, la dinámica del expansionismo. La síntesis de su relevancia en el marco de la cultura local, consigue hacerla el cronista Adel López Gómez: “poeta de la raza, cantor de la tierra y guardador enamorado de su sentimiento entrañable”<sup>21</sup>.

Ahora comprendo, con un sentido solidario, la querrela del escritor Luis Jairo Henao expuesta en el “Foro permanente para el desarrollo de Risaralda”, convocado por la Gobernación del departamento en el año 94. Su tono inicial, en apariencia lastimero y discutible, en el sentido de los reconocimientos que exigía frente a la oficialidad, en materia

económica y de seguridad social, por un trabajo artístico que insistía en elevar a la categoría de oficio dignificante, recogía el murmullo que se dejaba escapar en el Café Anarkos, en El Rincón Clásico o en El Pavo. El autor de *Canción temprana* pretendía impulsar la creación de “la casa del artista” y una especie de subvención mensual por su labor como conferencista, organizador de eventos culturales, tipo recital, charla o tertulia. El escritor se sentía menospreciado por su entorno, “Somos puntos distantes en la geometría de la región”, al considerar que su oficio no merecía atención por parte de las entidades municipales. Y expone, en medio de sus “quejumbres”, acaso un sentimiento que muchos de sus colegas, de manera tácita, se atreverían a suscribir:

En Pereira, la tierra del poeta Luis Carlos González (y a propósito, parece que es al único escritor que se le deben rendir todos los honores) los escritores estamos padeciendo la soledad de la que hablara un amigo Nobel, una soledad frontal que hace de nuestro trabajo meros recuerdos de sujetos en vías de extraviarse en los laberintos del poder<sup>22</sup>.

Tras la ruta señalada por el Tuerto López, Luis Carlos González seguirá fiel a una tradición local en cuanto a la mirada de su entorno, a través de “pequeños cordeles de historia”, como él mismo lo señala, aunque agregará mayores elementos a la construcción de un mundo versificado y una mirada fresca y sencilla que se agita en sus breves prosas. Como Jaramillo Arango, el cronista recreará la atmósfera de su aldea, presentida desde 1908, cuando *Pereira estaba muy chiquita*, dirá, cuando todo era reciente y tranquilo, cuando la parsimonia y la armonía en lo cotidiano, negaban todo espacio para el desenfreno y el acelerar, propio de ciudades en ebullición, cambiantes. Contará detalles y circunstancias que en muchos casos lo revelarán protagonista o testigo de primer orden. Volverá a enumerar la lista de los primeros eventos, de un despertar al mundo de la modernización y el progreso que, desde un presente que abomina y afrenta, no tardará en negar y discutir:

“ingenuos chismecitos del tranquilo poblado”; “rosario sencillo de costumbres desaparecidas y practicadas en el Pereira Viejo”; “cómo cambian los tiempos, pero cómo perdura el tiempo”; “Favoreciendo la añoranza corramos esta crónica por la pista del tiempo”<sup>23</sup>, aducirá en varios momentos de su labor periodística el autor de *Fototipias de Urbano Cañarte*. Y sabremos, con él, que la ciudad moderna exige su representación, para alterar una visión plana en retrospectiva, para penetrar otros signos en el acuerdo de un tejido urbano ocupado por otras voces y emplazamientos.

Es la década de mediados de los años setenta. Pereira ha conseguido vender una imagen al país a través de la celebración de los X Juegos Nacionales. Sin enterarse, la ciudad permite el arribo de Albalucía Ángel, tras un largo exilio voluntario en Europa. La autora de *Girasoles en invierno* ha vuelto con el ánimo de recrear los territorios de su infancia, de penetrar con la fuerza de la estética literaria los terrenos de la violencia colombiana. Y ha vuelto, justo cuando los coletazos del Nadaísmo se sienten por el centro de la aldea que aún añoran Lisímaco Salazar y Euclides Jaramillo Arango. Reconocer la obra de Gonzalo Arango, de X-504, de Darío Lemos o Jota Mario Arbeláez, será admitir que el canon de nuestra literatura, recién ampliado por García Márquez, Germán Espinosa y Álvaro Mutis, señala otros caminos y búsquedas narrativas y poéticas.

La ciudad se ha beneficiado con la bonanza cafetera y una nueva clase política, derivada del *caciquismo* que por décadas impusieron Camilo Mejía Duque, Óscar Vélez Marulanda, Jaime Salazar Robledo, facilitará que algunos de sus cuadros, César Gaviria Trujillo, Juan Guillermo Ángel Mejía, Gustavo Orozco Restrepo o Ricardo Ilián Botero, lleguen muy jóvenes y con otros bríos, a ocupar cargos importantes en la administración local. Las acciones de estos nuevos líderes repercutirán en la lenta transformación de la ciudad. Los

procesos de modernización no sólo se verán reflejados en obras materiales y en el vínculo de la ciudad con políticas trazadas por el Estado, sino también con el reconocimiento de los grupos ciudadanos, de las organizaciones no gubernamentales, de las asociaciones culturales, de los talleres literarios y artísticos, del movimiento pedagógico que algunas instituciones educativas empiezan a perfilar. También, y de manera un tanto silenciosa, la ciudad de la periferia, la ciudad marginal, la que aparece en los mapas urbanos un poco alejada de la noción de *centro* -cuya geometría ha determinado, en gran medida, la construcción del imaginario de ciudad en los focos urbanos del país-, comienza a exhibir sus múltiples caras y, por extensión, a grabar la existencia de una ciudad compleja, confusa, viva y absorbente frente a los grandes problemas que el país enfrenta: el narcotráfico, el surgimiento de una poderosa clase emergente, la violencia urbana en sus múltiples facetas, el universo real-maravilloso de la corrupción política, el ensanchamiento de los cinturones de miseria. Esta ciudad será la que abra las puertas al cronista Gustavo Colorado Grisales.

De Sabaneta Antioquia, Colorado Grisales trajo consigo la afición por la música de Fredy Mercuri, Jethro Tull, Eric Clapton, Joan Manuel Serrat y Joaquín Sabina, una tanto mezclada con las canciones de Fausto, Mirla Castellanos y Claudia de Colombia. Corrió el rumor de que un nuevo gurú del rock había arribado a la ciudad y sus amigos se encargaron de alimentar la leyenda, cuando algunos aseguraban haberlo visto participando en grandes conciertos en provincias de los Estados Unidos, otros como especie de peregrino monje de algún grupo disidente del hippismo criollo y otros, como el disciplinado lector de la nueva literatura norteamericana, más allá de la celebrada en torno a la generación Beat: John Steinbeck, Thomas Pynchon, Raymond Carver, Charles Bukowski, John Cheever, sin dejar de lado su admiración por el mundo étlico de Malcom Lowry. Aseguraban también que

había abortado sus estudios de economía, para dedicarse a leer en la biblioteca pública municipal y ganarse la vida como profesor particular de inglés.

Las luces de neón de mediados de los ochenta iluminarían su rumbo literario. El *flâneur* se aprestaría a reconocer la existencia de un mundo urbano congestionado, políticamente activo, presto al reconocimiento de la marginalia y las diferencias de clase. La muerte violenta de César Augusto López Arias y más tarde la del líder de izquierda Gildardo Castaño Orozco, a manos de sicarios motorizados; el surgimiento del temido grupo de exterminio apodado “La Mano Negra”, cuyas acciones contra los indigentes de la ciudad, indujeron al entonces obispo Darío Castrillón Hoyos a entablar serias denuncias frente a las instituciones defensoras de los derechos civiles; la elección popular de alcaldes; las vendettas intestinas entre pequeños grupos de mafiosos, algunos de los cuales provenían de Cali y Medellín, por el apoderamiento de un espacio que se les antojó permeable e indiferente a sus *modus vivendi*; la ola de violencia generalizada en el país, a raíz de las acciones de grupos guerrilleros urbanos como el M-19 y su toma por la fuerza del Palacio de Justicia, fruto del fracaso de los diálogos de paz, abanderados por Belisario Betancur; el terror impuesto por los temibles carteles de la droga, que desembocaría en la muerte de la promesa liberal Luis Carlos Galán Sarmiento y tantos otros hechos que obligaron, en buena medida, a la reforma constitucional del 91, prescriben un tanto las pulsiones sobre un ámbito local que Gustavo Colorado Grisales, el cronista inmigrante, decide abordar desde una singular perspectiva, más allá de los sentimientos de emotiva recordación y añoranza que debió encontrar como impronta y leitmotiv, en la literatura periodística de aquella década.

Esa ciudad de rostros y demoliciones, de cuerpos anónimos que cruzan las esquinas, de estancamientos e indiferencias -contenida en la ensoñación del poeta Eduardo López Jaramillo-, la hurgará el cronista desde las historias individuales, favoreciendo los asuntos de pequeños héroes expuestos a la oscuridad de los callejones sin salida. No obstante, Colorado Grisales iniciará sus búsquedas estéticas a través de la narrativa.

En 1992 publicará su libro *El último verano de Tonny Manero*. Declarará, en su estatuto formal y poético, la ciudad problema, la ciudad de los los malhechores, los drogos y los dementes. Con Juan Marsé -el autor de *Últimas tardes con Teresa*-, Gustavo Colorado entenderá el significado de “pijo” y entonces convertirá a algunos de sus personajes en jóvenes traviesos e inconformes, luciendo botas texanas, engominados, deseosos de transformar sus vidas, accediendo a los vínculos con seres de otras clases sociales distintas a la suya. Para ello, sus personajes harán gala del histrionismo, de sus galanterías y astucias, aprendidas en la oscuridad temblorosa de los teatros del centro, viendo la figura de Jhon Travolta y esa manera suya de beberse la ciudad nocturna, hecha para el amor y la fantasía, en filmes como *Brillantilla* y *Fiebre del sábado en la noche*. El escenario escogido será el mítico barrio Popular Modelo, una suerte de gueto, de límite entre la pobreza y la solvencia de clases en ascenso, ubicadas en la Circunvalar. Desde allí, Bill el sonriente, Antonio y otros “pijos” de irreverente actuación, soñarán con los lujos y las mujeres de los ricos, querrán adquirir un Mercedes plateado o una Trooper y desearán volver a su barrio como hombres exitosos, abrazados a una rubia de neón que juega invariablemente con una goma de mascar y mira con desprecio a su alrededor:

Digamos además que lo que llaman el hábitat en Antonio estaba constituido por un conjunto de casas con paredes de ladrillos sin revocar, desparramadas en una ladera polvorienta y techadas con hojas de eternit, ese poco solidario material

que en tardes de calcinante verano convierte lo que debería ser una casa (home, sweet home!) en poco menos que un reverbero donde se cuecen sueños, frustraciones y estados febriles altamente reproductivos. Los ejemplares que componían su entorno humano propiamente dicho era un sólo y monótono repetido hasta el cansancio: bajitos, de piel atezada y mal aliento, con el cuerpo y el rostro surcados por todo tipo de cicatrices obtenidas en oscuros combates en los que el único trofeo era la supervivencia misma de uno de los contrincantes<sup>24</sup>.

En realidad, lo que el escritor Colorado Grisales estaba planteando en su narrativa, era un corpus y una serie de prescripciones que lo acercarían a leer la realidad de otra manera, de lo que él mismo estima en llamar "esa variada gama de color local". Inclinado por la crónica, el escritor decidirá contar historias, desvelar las pulsiones de una ciudad hecha de hombres y mujeres en permanente relación. Su primer ejercicio será el de recoger la memoria de algunos ancianos y pensionados de los diversos municipios de Risaralda, con el objeto de ahondar en el conocimiento de la historia fundacional de cada sector. *Un altar para la desmemoria* significará que las preocupaciones del cronista se vinculan con el ejercicio de la oralidad, con las voces que alimentan el recuerdo, la gloria, la frustración, el deseo de hablar.

La ciudad se meterá por su ventana de escritor solitario y él, como nosotros en la infancia (cuando esperábamos ansiosos en un cuarto de hotel de la peatonal la orden de nuestro padre para salir a la calle y entrar al cine en familia), permitirá que la ciudad le hable en sus murmullos, en esos códigos de las gentes que transitan con indiferencia y apatía. La "maldita ciudad" que Luis Carlos González no admite, el cronista Colorado Grisales no sólo la aprueba, sino que la registra y anima en sus textos periodísticos. Su primer libro de esta factura, *Rosas para rubias de neón*, recogerá buena parte de los textos ya publicados,

durante varios períodos, en la separata *Las Artes* del *Diario de Otún*, bajo el sugestivo título “Señales para encontrar la ciudad”.

Las voces y destinos que aparecen en sus crónicas, hablan, sin más, de la complejidad urbana, de un espacio enmarañado y autoritario, discriminatorio y sectorizado. Las historias de los habitantes de la galería, de los indigentes que viven bajo los puentes, de los travestis que circulan en las calles del centro, de los seres que se ganan la vida vendiendo toda suerte de objetos en los buses, de las “portoneras” que ofrecen su cuerpo y un abrazo de ternura a los desesperados, de las chicas rubias que por los lados de Invico y la Avenida Circunvalar parecieran vivir en Clase de Beverly Hills, de los zapateros que aderezan sus mundos con fotografías de mujeres semidesnudas, tomadas de *El Caleño*, *El Espacio* y la revista *Vea*, descubrirán la existencia de una ciudad no oficial, ajena a los discursos de plaza, somatizada en los destinos de la individualidad, haciendo rutas en los meandros de la ciudad incontrolada.

Llegó de San José del Palmar en compañía de una amiga de la infancia que terminó trabajando en una casa de familia. Tiene apenas veinte años y ya perdió la cuenta del número de hombres (y a veces mujeres) que han reído, llorado, maldecido y hasta elevado alguna silenciosa plegaria entre sus piernas; y desde que descubrió que el sexo era la manera menos humillante de dejarse explotar, opera en una de las muchas residencias que van brotando como por generación espontánea en los alrededores de la plaza de mercado. Cobra entre mil y dos mil pesos por <<tiro>>, según la cuenta del cliente y procura estar siempre bien bañada, pintada y vestida <<porque eso sí, puta todo lo que quiera pero no cochina>>, según dice mientras calibra las posibilidades de un par de adolescentes que pasan vestidos como para una fiesta de adoradores de Michael Jackson<sup>25</sup>.

El valor de Gustavo Colorado como cronista radica en el tipo de ciudad que descubre al lector. La de hoy no es una ciudad siempre tan “amable”, tampoco es “abierta” y menos tan “cívica”, como quisieron evocarla buena parte de nuestros cronistas, casi hasta mediados de

los ochenta. De otra manera, ¿cómo evaluar el hecho de que la tenebrosa “Mano Negra” cobre sus orígenes por la tierra del civismo y la tolerancia? ¿Cómo leer los asesinatos del periodista López Arias y el del líder de izquierda Gildardo Castaño Orozco? ¿Cómo discernir la indiferencia y apatía tanto oficial como civil frente a los desplazamientos forzados de los Embera Chamí y las comunidades del Chocó, buscando desesperados un nicho para protegerse de la intemperie y el miedo, en una ciudad que les reprocha la mendicidad en las esquinas, con sus *racimos de hijos* y el asentamiento en lotes baldíos, sin ninguna protección y auxilio? Esta ciudad es, si se quiere, la misma que Cuartas Gaviria estigmatiza y reprueba:

...recibimos una avalancha de inmigrantes de todas las condiciones, más malos que buenos, y nos llenamos de indeseables que a la larga nos crearon mil complicaciones y problemas. Esta por desventura, es la Pereira de hoy, la Pereira y la ciudad multitudinaria, congestionada de vehículos y atestada de transeúntes, muchos de ellos sin oficio, muchos sin beneficio para la ciudad como entes o elementos sociales...<sup>26</sup>

La ciudad de Colorado Grisales es el ámbito urbano que bulle en medio de los procesos de modernización y que recibe los coletazos de un país en crisis, envuelto en la miseria y en la incapacidad del Estado por resolver los problemas básicos de las clases menos favorecidas. Pereira fue considerada en la década de los noventa una especie de “traspatio” de Medellín. La oralidad tejió varias versiones en torno al calificativo e hizo gala de una indiferencia que permitió el arribo de poderosos grupos y cofradías, cuyas fortunas fueron alimentadas al margen de la ley y del comercio ilícito de drogas. La ampulosidad de los centros comerciales, con la representación de una cultura *light* traducida en los traganíqueles y en las rockolas, el mal gusto aplicado a cierta arquitectura en barrios de clase alta, el *not heavy* de tribus urbanas aglutinadas en los garajes dispuestos como bares itinerantes, la

proliferación de fincas campestres y autos lujosos, el uso de un lenguaje que agregaba a los “parlaches” los códigos cerrados de guetos, en procura de ganar espacios para la acción y representación con sus marcas simbólicas, forman parte del imaginario que el lector percibe en las páginas periodísticas del cronista inmigrante.

Y aquí se cumple otro hecho que declara el proceso de transformación urbana: la crónica ya no es el simple trozo de historia o el mero ejercicio de la memoria nostálgica. Si me ajusto a la clasificación que de crónica plantea Maryluz Vallejo Mejía<sup>27</sup>, a propósito del desarrollo de este género en Colombia -algunos de cuyos representantes hacen visible en sus textos los diálogos iniciales sostenidos por el país con la modernidad-, diré que la representación escritural nuestra, en este campo, pasa de la *crónica-semblanza* y la *crónica autobiográfica*, a la *crónica-relato*, en la que el autor crea situaciones y escenifica destinos, cede la voz a unos personajes, se hace invisible en una tercera persona o consigue la omnisciencia para ser testigo y mediador. El cronista entiende su labor como el narrador o novelista la construcción de un mundo.

Los textos de Colorado Grisales tienden un puente entre lo literario y lo real, propio del periodismo moderno y que él descubre en los periodistas literarios norteamericanos, tipo Tom Wolfe, Truman Capote o Mark Singer. Con ellos entenderá las claves del reportaje personal: la inmersión (tiempo dedicado al trabajo), estructura (construcción del texto a la luz de los recursos literarios, muchos de los cuales se aprenden en el cine), la exactitud (fidelidad a la verdad, conocimiento de mundo), la voz (una forma particular de narrar) y la responsabilidad (la visión del periodista, espejo de la comunidad en su imagen reflejada)<sup>28</sup>.

La leyenda no se equivoca cuando ha creado la imagen de un cronista solícito a la lectura de la narrativa norteamericana, como puede leerse en su artículo *Los hijos del capitán*

*Acab*, publicado en el Dominical del periódico *El Colombiano* (03/22/98). Pero su conocimiento también toca los terrenos del nuevo periodismo y de ahí la versatilidad de sus textos, la manera como representa situaciones y con ellas, el descubrimiento de una ciudad al margen, viva en la periferia, creativa en los diálogos del rebusque, fuerte en la solidaridad de sus actores, digna en las voces sinceras de los habitantes urbanos. Este mismo derrotero estético, el cronista lo hace visible en su último libro, *No disparen, soy sólo el cronista* y una de las mayores voces del postboom latinoamericano, el periodista y novelista argentino Tomás Eloy Martínez, dirá que el cronista inmigrante, Colorado Grisales, “va dibujando imágenes inolvidables de una Pereira por la que pasan cantantes caudalosos, genios del ajedrez, adolescentes con sueños de grandeza, billaristas y feligreses de Hare Krishna”<sup>29</sup>. Esas imágenes y esas voces, son las que pueblan la ciudad de hoy, la “ciudad de las mil y una sonrisas”, la “ciudad cívica de Colombia”, la “ciudad que lo tiene todo”, incluso una ciudad oculta, miserable, arrinconada, proclive al estigma, que empieza a ser visible en las representaciones escriturales, motivo de esta reflexión.

---

## NOTAS

1. Robledo Castillo, Jorge y Prieto Ramírez, Samuel Darío. “Sismos, bahareques y arquitectura republicana”. *Revista Pereira Cultural*, No.15. Instituto de Cultura de Pereira, febrero de 2002. p.43-52.
2. Serret, Félix. *Viaje a Colombia 1911-1912*. Biblioteca V Centenario Colcultura. Viajeros por Colombia. Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1994, p. 101-119.
3. Santa, Eduardo. *Arrieros y fundadores. Aspectos de la colonización antioqueña*. Bogotá: Cosmos, 1961.

4. Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. “La acumulación comercial en la región caldense después de la colonización” (Conferencia). Pereira: Banco de la República, Museo del Oro, 17 de marzo de 1986.
5. García, Antonio. *Geografía económica de Caldas*(1936). Archivo de la Economía Nacional. Bogotá: Banco de la República, 1978, p.37.
6. El lector podrá apreciar este cuadro pictórico reproducido en el libro: *Gestión política del Concejo de Pereira a través de la historia 1867-1998*, de Carlos Ramiro Bravo Molina, Gustavo Guarín Medina y Juan Velásquez Garzón. Pereira: Postergraph, Concejo de Pereira, 1998.p.7.
7. Hettner, Alfred. *Viajes por los Andes colombianos (1882-1884)*. Bogotá: Archivo de la Economía Nacional, Banco de la República, 1976.p. 250.
8. Cieza de León, Pedro. *La crónica del Perú*. Madrid: Historia 16, 1985, p.137-142.
9. De Humboldt, Alejandro. “Cartas de viaje. De Cartagena a Quito.-El paso del Quindío”. En: *Viajeros extranjeros por Colombia*. José Luis Díaz Granados (Compilador). Santafé de Bogotá: Presidencia de la República, 1997. p. 3- 13.
10. Potter Hamilton, John. *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*. Biblioteca V Centenario Colcultura. Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1995. p. 320-353.
11. Stuart Cochrane, Charles. *Viajes por Colombia 1823 Y 1824. Diario de mi residencia en Colombia*. Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1994, p.258-269.
12. Drews de Botero, Edith. *Mi familia* (Memorias inéditas). Pereira, 1998.
13. Piglia, Ricardo. *Crítica y ficción*. Op. cit, p.6.
14. Echeverri Uribe, Carlos. *Apuntes para la historia de Pereira*. Segunda edición corregida y aumentada. Medellín: Felix de Bedout e hijos, 1921. Este texto contiene el Prólogo, la Nota oficial y la Advertencia de la primera edición de 1909. Asimismo contiene un segundo Prólogo firmado por Benjamín Tejada Córdoba. Cabe anotar que la Academia Pereirana de Historia publicó en febrero de 2002 la tercera edición de esta obra, en la Colección Clásicos Pereiranos, No. 1, bajo el cuidado editorial del profesor e investigador Jaime Ochoa Ochoa.
15. Habría que agregar que Luis Tejada se casó en Pereira con Julieta Gaviria Jaramillo, dama manizalita, en septiembre de 1922. El periódico El Día resaltó la ceremonia con mucho afecto y sentimiento de admiración para con el cronista. El lector podrá leer la curiosa carta que Luis Tejada le envía a su suegro, pidiendo la mano de Julieta, en la revista *Pereira en la intimidad*, de 1971: “...ambos presumimos que el matrimonio es siempre una extraordinaria aventura en que no se sabe si se va a encontrar la felicidad o la desgracia; pero, en todo caso, preferiríamos ser desgraciados juntos, a serlo separados; porque nos impulsa el amor, esa ley misteriosa e implacable.  
Lo natural fuera presentarme personalmente en su casa, a pedir la mano de Julieta; pero tengo algunos motivos para creer que no sería recibido con bastante benevolencia”.  
Para una lectura un poco más amplia de la década del veinte, se puede consultar el libro de Rigoberto Gil Montoya: “*Nido de cóndores*”: *aspectos de la vida de Pereira en los años veinte*. Una mirada cultural. Premios departamentales de historia, 1998. Santafé de Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.p. 61-72.
16. Algunos de los primeros textos publicados por García Márquez en el periódico El Universal fueron firmados bajo seudónimos o aparecieron sin firma, porque hacían las veces de editorial. No obstante, la pesquisa periodística e investigativa del escritor

antioqueño Gustavo Arango arroja luces sobre este asunto. En su libro *Un ramo de nomeolvides Gabriel García Márquez en El Universal* (Santafé de Bogotá: El Universal, 1995), Arango transcribe una serie muy interesante de textos que convocan el sello estilístico del nobel colombiano. Ese estilo sigue las huellas de Luis Tejada.

17. Sánchez Arenas, Ricardo. *Pereira 1875-1935*. Manizales: Editorial Arturo Zapata, 1937. La Academia Pereirana de Historia reedita este libro en febrero de 2002, en su Colección Clásicos Pereiranos, No. 2, bajo el cuidado editorial del profesor e investigador Jaime Ochoa Ochoa.

18. Andrión de Mejía Robledo, Rita. *Mis recuerdos de colegio*. Pereira: Editorial Panoramas, 1938.

19. Cuartas Gaviria, Rafael. “El pueblo de ayer, la ciudad de hoy”. Periódico La Tarde, Pereira, 1977.

20. Jaramillo Arango, euclides. *Terror!!!(Guiones). Crónicas del viejo Pereira, que era el nuevo*. Armenia: Cosmográfica, 1984.p.29.

21. López Gómez, Adel. *ABC de la literatura del Gran Caldas*. Armenia: Universidad del Quindío, 1997.p.178.

22. Henao Betancur, Luis Jairo. “La situación del escritor pereirano”. En: *Crisis Cultural: signos y alternativas. Memorias de un Foro*. Carlos Alfonso Victoria y Bernardo Mesa Mejía (Compiladores). Pereira: Gobernación de Risaralda, Colección Ventana al Nuevo Milenio, 1994, p. 55-57.

23. González Mejía, Luis Carlos. *Retocando imágenes: 33 crónicas del Pereira antiguo*. Pereira: Fondo Editorial Gobernación de Risaralda, segunda edición, 1984.p.5,19,47,103.

24. Colorado Grisales, Gustavo. *El último verano de Tonny Manero. Relatos*. Medellín: Arca Perdida/Lealón, 1992,p.75-76.

25. Colorado Grisales, Gustavo. *Rosas para rubias de neón*. Colección Literatura y Juventud, Volumen 2. Pereira: Litografía Prenóbel, 1997,p.17.

Por su labor periodística, Colorado Grisales recibió el IV Premio Regional de Periodismo “Hernán Castaño”, en noviembre de 1999, por su crónica “Los japoneses las prefieren jóvenes”.

26. Cuartas Gaviria, Rafael. Op. cit.

27. Vallejo Mejía, Maryluz. *La crónica en Colombia. Medio siglo de Oro*. Santafé de Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997, p.XVIII-XIX.

28. Sims, Norman (Selección y prólogo). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Santafé de Bogotá: El Áncora Editores, 1996, p.11-37.

29. Martínez, Tomás Eloy. Prólogo al libro *Nada es mentira. Crónicas y otros textos*, del escritor colombiano Heriberto Fiorillo. Santafé de Bogotá: Espasa-Planeta, 2000, p.13.

*Visión estereoscópica*  
*o*  
*la poética de un Texto escrito a varias manos*

Los fritangueros estaban furiosos con los policías que al restringir el paso de las gentes, amenazaban dejarlos con la mayoría de los indigestos comestibles preparados. Recorrieron las instalaciones de un aeropuerto semivacío, mientras el niño decepcionado preguntaba por qué no había aviones aterrizando o alzando el vuelo, para que él y su hermanita pudieran contemplarlos desde la terraza, mientras soñaban con mágicas ciudades de misterio entrevistas en las pantallas de televisión que les había presentado al Chapulín Colorado, Mazinger, el Capitán Centella y otros voladores superhéroes que obligaron a los padres a mantener tapiadas las ventanas para que el niño no se arrojara por ellas en un intento de mortal emulación.

Silvio Girón Gaviria  
*La ninfa de los parques* (Cuentos), 1987.

La ciudad entretanto llenaba sus calles de gentes extrañas. Al menos lo eran para mí. En poco tiempo los edificios cambiaron de fachada. Por donde quiera que se caminara se encontraban sitios de diversiones. Bien podían ser casas de citas o lugares de apuestas(...) La lectura ayuda a frecuentar lugares imposibles. Ese pájaro color ceniza sobre la ciudad rosada. Esa pareja sentada en un par de columpios bajo el chaparrón de la tarde. El paso persistente de la ambulancia. Cómo olvidar la imagen del mendigo con la cabeza metida en el basurero. Las casas destruidas y otras dispuestas a ser habitadas. Buses llenos de gente. Rostros iguales al de uno. Como si fuéramos hermanos. En el fondo, la voz de Emilia. El lechero detenido en la plaza del centro. El progreso olía a leche cremosa, la leche fresca del francés....

Hugo López Martínez  
*Para saber quién soy* (Novela), 1995

Parto de un hecho que resuelvo metáfora en los procesos escriturales que la ciudad propicia: luego de una prolongada permanencia en Europa, de compartir su amistad con algunos de los protagonistas del Boom, de ganarse la vida rasgando una guitarra japonesa -comprada por la suma de cien pesos en una prendería de Pereira<sup>1</sup>- en las noches de bohemia del “Flok Studio” de Roma, la escritora Albalucía Ángel regresa a su país en el año 1972. La mueve el interés de recoger unos *materiales* para dar forma a la novela que tiene en mente, sustentada por ella como la puesta en escena de “*diferentes puntos de vista*”, pues le preocupa armar una historia, hacer del documento oficial material novelable, convertir la intimidad de una niña personaje en una suerte de espejo de Alicia, jugar con las temporalidades como aprendiera en el cine y hacer de la memoria un mapa que trace las líneas de su propia ciudad, la misma que le brindó la imagen con la cual prefigura la obra *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*: “la escena del hombrecito frente a mi casa cuando disparó un policía y el primero cayó tendido, así quedó en la acera”.

Desea fabular su infancia, nombrar su realidad de ocho años y revelar el telón de fondo de una violencia que, lo confieso, sospeché errado, durante décadas, exclusiva de Bogotá, tras la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, el caudillo liberal asesinado a manos del solitario Juan Roa Sierra. Lo que revelará en su novela Albalucía Ángel(1939) interviene de manera profunda la sensibilidad de un espacio que escritores anteriores a ella, habían tocado un poco tímidamente en el plano de la ficción y otro tanto en el ámbito del ejercicio periodístico.

Lo que hace la escritora Ángel es reconfigurar la ciudad a través de un lenguaje que ella sabe utilizar, de modo consciente, para unos fines estéticos. La ciudad que aparece en su

novela condesciende al tejido de la oralidad, a los diálogos que sostuvo con sus abuelos, a las lecturas que hiciera de los cronistas de las décadas del veinte y del treinta, Carlos Echeverri Uribe, Ricardo Sánchez, Emilio Correa Uribe, es decir, a la visión parcial en torno a los procesos fundacionales de su poblado.

Yo vengo de Antioquia, soy pereirana y ese lenguaje nuestro arcaizante es de los más bellos tesoros con que cuento. Como dice Gabo, yo no escribo a la moda colombiana sino como hablaba mi abuela. Busco muchas palabras, las anoto en un tablero y después una palabra me hace una frase o una página. En España aprendí que el idioma colombiano es muy rico. De una manera hablan los costeños, de otra los pereiranos, de otra los antioqueños, los de Cali, los de Bogotá. Trabajar todo ese lenguaje es para mí uno de los placeres más grandes<sup>2</sup>.

Sus estrategias narrativas se inscriben en los procesos escriturales latinoamericanos, consecuencia de la modernidad literaria en tanto espíritu de época, aventura de la razón, en un mundo mediado por la compleja conciencia de los seres urbanos, por la experimentación en las formas artísticas y la ambigüedad de las materias discursivas, en el plano de la relatividad de los paradigmas y los relatos. Los escritores de América del sur se disponen, luego de experimentar las vanguardias, a enfrentar el exilio como una suerte de mirada en la distancia, para preguntarse por el asunto de la identidad, por los caminos de la historia y su urdimbre política y social. Las señas de identidad son parte de una aventura individual, un encuentro con las raíces de las pulsiones más profundas del fabulador. No basta con asimilar las técnicas literarias –pareciera concluir el escritor-, ni estar al tanto de los avances estéticos ventilados en Norteamérica o Europa, ni firmar manifiestos que intenten crear nuevas literaturas o experiencias farragosas. Es necesario contar y hacerlo desde la honestidad de quien conoce los espacios e interpreta los signos de la cultura que lo acoge.

Conservo en una libreta de apuntes la sentencia de R. H. Moreno-Durán: lo malo no es escribir sobre la aldea, sino hacerlo como si el escritor fuera un aldeano. Y para la muestra, se registra la obra de Rulfo o García Márquez, cuyos microcosmos logran poetizar los dramas de los seres contemporáneos, de tal modo que su conexión con los asuntos existenciales y filosóficos del fluir del mundo, subrayan la calidad estética y literaria que sus obras imbrican.

La aldea, llámese Comala, Macondo o Pereira, se convierte en sustancia que alimenta la ficción. Y la escritora Ángel lo sabe y lo hace prurito de sus preocupaciones y búsquedas literarias iniciales; una vez su novela *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* mereciera un premio nacional<sup>3</sup>, la escritora pereirana continúa su tránsito imaginario por el país, a través de su libro de cuentos *¡Oh gloria inmarcesible!*. No en vano la autora de *Dos veces Alicia* retorna a su patria con el ánimo de recoger “materiales” y esta intención, en sí misma, la hace distinta –por lo menos en el plano local-, consciente de su labor en el plexo de la escritura que impele construcción de mundo. Los comentarios iniciales con que se recibe su obra, ya de por sí resultan dicentes: “Bien difícil explicar la composición de la obra. Es sin lugar a dudas la novela más compleja que se haya escrito en Colombia, lo cual es una forma elegante de decir que es probable que no la entienda nadie”<sup>4</sup>, enfatiza el crítico Óscar López Pulecio, luego de señalar que la propuesta narrativa de la escritora Ángel sorprende en el panorama nacional por la distancia que toma de los asuntos macondianos y por la forma como ella, de manera hábil, sabe jugar, en el plano de la ficción, con los documentos históricos, con plegarias, canciones infantiles, textos políticos y cánticos religiosos.

Y los materiales que nutren sus imaginarios, lo prescribe Ángel desde el exilio, dialogarán con la aldea de sus abuelos, con la pequeña y próspera ciudad de la década del cuarenta, cuando ella contaba ocho años y viviera, a su modo, los coletazos de las luchas bipartidistas, con algunos conatos de asonada en los parques públicos, con las voces dramáticas que emitían permanentes informes por la radio y los análisis de prensa sostenidos por la carga ideológica de sus autores.

Aunque, valga decir, los periódicos existentes en aquella época resaltaban en primera plana los acontecimientos del *Bogotazo* ocurridos en el país, pero, por lo menos en más de un año posterior a los hechos del 9 de abril del 48, la prensa local seguía registrando los dramas cotidianos ajenos a las pugnas políticas que tenían azotada, en particular, a la ciudad capital. Había sí una preocupación sentida por la comunidad de crear un batallón de artillería, para proteger a la ciudad de posibles ataques. Sin embargo, los hechos cotidianos, sociales, políticos locales, con sendas páginas dedicadas a las estrellas de Hollywood, remarcaban un ambiente de cierta normalidad, ajena a la inestabilidad política vivida en otras ciudades del país.

El periódico más importante de circulación local, fundado a finales de la década del veinte, *El Diario*, de propiedad de la familia Correa Uribe, destacó los siguientes titulares: “Los últimos momentos de la vida del doctor Gaitán” (15/04/48); “Centenares de muertos cayeron en las calles y plazas de Bogotá” (16/04/48); “500 almacenes destruidos en Medellín. La ciudad está patrullada por el ejército...” (16/04/48); “Cuatro días de atroz barbarie vivió Puerto Tejada, dice Vinasco” (20/04/48); “Graves disturbios hubo en Armenia. Las multitudes enloquecidas se lanzaban sobre oficinas y almacenes destruyéndolas totalmente” (21/04/48); “<<Increíble>> en el Caos. “Si me saquean, no

prestaré más dinero; sino, lo doy al 1 X 1.000” Dice un aviso en la puerta de una prendería” (26/04/48); “Conspiración conservadora. ‘Hay que preparar otro 9 de abril’ . La consigna fue impartida en Anserma y la ratificaron en reunión privada en Santa Rosa” (11/06/48).

Ángel es tal vez la primera escritora pereirana que resuelve el asunto de novelar su propio espacio, “*El pueblo creció como la milpa en un potrero*”<sup>5</sup>, pero sin dejarse arrastrar por la mirada nostálgica y a menudo ingenua de los cronistas locales, cuyas obras formaron parte de sus pesquisas. No tiene el interés de hacer apología de nombres, pero sí sabe, y quizá lo señala de manera deliberada, que su caterva familiar jugó un papel de primer orden en los procesos de colonización del occidente, ya referidos por Parsons y comentados profusamente por Hugo Ángel Jaramillo y Jaime Jaramillo Uribe. Sabe que se debe a un lugar y que el mismo le permite la fábula. No persigue motivo distinto que el de hacer un viaje a la infancia subjetivada, acaso porque los asuntos que intenta formalizar en el espectro de la novela, obligan la lectura del pasado reciente. Y hablamos, claro está, del gran tema de la violencia, consustancial a una historia republicana, hecha de conspiraciones, promesas no cumplidas y silencios.

En su novela de voces, la escritora Ángel privilegia su visión de la infancia. Le preocupa la construcción de un personaje, la niña Ana, y su influjo en el contenido de la obra, en tanto complejidad de su trazado polifónico<sup>6</sup>. Con este personaje el lector accede al conocimiento de un espacio aldeano: las fincas, las calles, las casas de un poblado que enfrenta la violencia generalizada en el país, desde una mirada al acecho, pero sin perder de vista que su narración va hacia adelante, hacia la confluencia de un período que padeció los rigores del Frente Nacional, las desapariciones forzadas, el estado de sitio, las luchas estudiantiles como el germen de las luchas guerrilleras y, desde luego, la pugna por el poder de

hegemonías acendradas, mientras Pereira se veía compelida a configurar la ciudad en materia de servicios públicos, de infraestructura urbana, para recibir las oleadas de inmigrantes y desplazados por la violencia, cuyos grupos darían forma a sectores periféricos y conflictivos, pero al mismo tiempo generadores de proyectos y alternativas al interior de la administración local, para enfrentar la necesidad de modernización de sus instancias, de manera que la ciudad, sin puertas, tolerante, amable, pudiera albergar a sus nuevos residentes.

Alentar la materia fictiva desde una memoria que recoge a manera de “materiales” y luego de aplicarse en la distancia, la escritora pereirana nombra su ciudad, la misma que en 1952 debió admirar su belleza, su silueta, en la portada de la revista *Variedades*, “...*Morena, de unos bellos ojos, que enmarcan sus pestañas crespas. Boca pequeña y hermosa nariz, un tanto respingada*”<sup>7</sup>.

Y al nombrar la ciudad Albalucía Ángel la hace visible en el plano de la literatura colombiana, y parte en dos, desde mi sentir, la breve historia de nuestra poética literaria local, cuando comprendo que su novela inaugura lo que excita mis reflexiones, bajo la sombra de Calvino: el tránsito, los alcances, la historia de una ciudad abarcan el tránsito, los alcances, la historia misma del escritor cuando se hace palabra y rumor en la forma del Texto. A referir estas marcas textuales, la escisión de un recorrido, dedicaré los próximos renglones.

Es inevitable no partir de la década del veinte para buscar las huellas de una escritura. Mis pesquisas me llevan a ubicar la novela de Alfonso Mejía Robledo, *Rosas de Francia*(1926), como el texto que inaugura, para la ciudad, la construcción de su narrativa<sup>8</sup>. Cuando me sumerjo en los pocos materiales impresos que la ciudad aún conserva sobre una década que

se resuelve esplendorosa y activa, las sorpresas no son pocas. Hay una apuesta colectiva a marchar al ritmo de los procesos de modernización, impuestos por un país que decide apartar el mundo rural, detenido, poco tecnificado, del mundo urbano, expectante, llano ante los signos de los nuevos tiempos que se traducen en tecnología, comunicación y diálogos con un saber universal. Volver a las páginas de revistas como “El gráfico” de Bogotá o “Variedades” y “Lengua y raza” de Pereira, es comprobar el espíritu de una época que propugnaba cambios, sobre la base de una vida aldeana, simple y reciente, pero ávida de transformaciones.

Nuestra literatura inicia con la imitación. Herederos del romanticismo, la mayoría de escritores colombianos de comienzos de siglo veinte, fundan sus premisas estéticas en las bondades de un universo que privilegia el yo, que adjetiva el afuera y el adentro, que canta las angustias del amor y de la vida, al entronizar el oficio de poeta como la conciencia de un colectivo que a la vez le rinde culto y lo aplaude. Poeta de oficio y proveniente de la entonces provincia del Cauca, Alfonso Mejía Robledo decide plasmar en *Rosas de Francia*, novela premiada en París, el espíritu de su tiempo. Su modelo será Jorge Isaacs y su obra *María*. Mejía Robledo entiende el mundo a través del oficio del poeta, cuya misión es la de cantar y enaltecer el sentimiento de los hombres. Por ello su obra crea un personaje poeta, Ricardo, viajero, hombre culto, sensible en extremo ante los paisajes americanos, enaltecidos por él mediante lugares comunes y adjetivos abrumadores. El poeta se presenta errabundo, descomplicado y actor de primer orden en la jerarquía social de los lugares y aldeas que visita. El poeta entiende la vida como la quiso experimentar Don Quijote -de ahí que aluda a ella-, sólo que aquí la ingenuidad no da paso a la visión compleja de un mundo, como lo revelara el Caballero de la Triste Figura.

A través de su personaje, correspondiente a la visión esquematizada de un mundo, arrobado de naturaleza, de cánticos hacia paisajes extranjeros que siempre le recordarán el verde colombiano, Mejía Robledo ataca en su novela a aquellos que él llama “la zafia juventud modernista, descaminada y pletórica de sofismas y de doctrinas absurdas”, y sabemos que se refiere a “Los Nuevos”, algunos de cuyos representantes (Tejada en el periodismo, León de Greiff y Luis Vidales en la poesía, Rendón en el humor gráfico), impulsarían importantes cambios en la construcción poética y narrativa de un país lento y pasivo frente a los nuevos aires impuestos por las vanguardias.

El novelista Carlos Fuentes, por su parte, haría saber que la literatura en América Latina en los primeros decenios del siglo XX, estaría supeditada, en un primer arquetipo, a la representación del ámbito bucólico, en el que la naturaleza se tipifica al extremo de ser vista como el personaje devorador –y Rivera lo indica al final de su obra-, la presencia que extermina y doblega a los seres humanos a la vorágine de su infinito poder y perversa belleza<sup>9</sup>. Fuentes observa estas cualidades como propias de un retardo, en virtud de que las vanguardias han hecho camino en otras latitudes. No obstante, si me atrevo a ubicar la obra de Mejía Robledo en este contexto, tendría que decir que incluso nuestro autor se encuentra de espaldas al arquetipo mismo. La naturaleza en su obra responde a los colores de un paisaje idílico, nada problemático, efectivo para la contemplación y el gozo, como entrada a los fueros del amor. En esta línea, el escritor se torna romántico tardío, supeditado a una estética que no sabe a tono con las exigencias de un mundo literario transformado, para siempre, en las voces de Neruda, Borges, Vallejo, Onetti y Huidobro.

Aunque la postura ética y estética de Mejía Robledo despunta frente al ambiente aldeano y estancado que debió padecer en Pereira, se lee en ello los signos de un atraso cultural que la

época optó por limar a través de los excesos y de la idea de cultura en términos de espectáculo. Mejía Robledo extendió en la ciudad una significativa actividad comercial que lo llevó a pertenecer a la Sociedad de Mejoras Públicas, liderando al mismo tiempo una actividad cultural en lo referente a publicaciones, eventos, dramas y comedias. Por la recepción de sus obras, diríamos que Mejía Robledo no contaba con mucha aceptación entre sus gentes. De otra forma, ¿cómo leer el repudio que causara en la localidad la exhibición de *Nido de cóndores*, la película que llevaba su sello, cuando algunos cronistas exigieron incluso que la cinta cinematográfica debía ser quemada? ¿Cómo interpretar el desdén que una de sus novelas produjo en la sociedad pereirana, aglutinada en torno al Club Rialto, a propósito de una biblioteca que pretendía alimentar esta entidad, a través de las donaciones de sus miembros, cuyo resultado final fue la recolección de ciento cincuenta ejemplares, nuevos, de una obra de Mejía Robledo<sup>10</sup>?

Quiero entender este velado rechazo como efecto de los esquemas de representación empleados por el novelista y el poeta, cuando se le antojaba más apropiado ligar un corpus literario a la vida secular de una clase en ascenso, cuyos límites desembocaban en Borgoña y Gales, y no en los dramas cotidianos de gentes dedicadas a la labranza, la arriería y el comercio de café y cacao, mientras sus cronistas se empeñaban en subrayar la vida simple y sugestiva de la aldea. Pero en este contraste radica la importancia de Mejía Robledo, un hombre que quizá encontraría en el mundo de la diplomacia -propia del eufemismo y el protocolo- que más tarde ejercería, sus verdaderas aspiraciones.

Ricardo sentía aquella noche una viva alegría, mezclada de inquietud que no le dejaba conciliar el sueño. Sentía la placidez y el orgullo natural del que ha triunfado, pero no era, no podía ser esa la causa de su alegría. Él había triunfado en grandes centros, en las metrópolis ruidosas, en el escenario fastuoso de muchas capitales. Por qué, pues, el éxito obtenido —que él no había buscado—

sobre un centenar de oyentes, en la modestia de un pueblecito oculto, donde su triunfo quedaría reducido al círculo formado por unos miles de metros, le había de producir semejante sensación de alegría? Algo más hondo, más poderoso, algo indescifrable influía en el alma de Ricardo, que se revolvía en su lecho, sin comprender la causa de su desasosiego. Los ojos y la sonrisa de Lucila Pinar no podía olvidarlos un momento y sentía el aroma de la gran rosa de Francia que había colocado entre un vaso de cristal, muy cerca de la cabecera de su cama. Por primera vez en su vida sentía nacer en su corazón un sentimiento misterioso, algo sobrenatural que él había ignorado; sentía desenvolverse en su interior espiritual una raigambre de fuego que le quemaba el pecho, la dulzura inefable de un martirio nacido en los albores de su juventud, el goce de un dolor...

(Alfonso Mejía Robledo. *Rosas de Francia*)

Mientras los cronistas de los albores del siglo veinte se empeñan en capturar los cuadros de costumbres y en sospechar el caos y la anarquía en la transformación de la *aldehuela* en ciudad, Mejía Robledo ni siquiera menciona a la provincia en su narrativa. Lo haría sí en algún momento de su poesía, cuando exalta los valores patrios, los símbolos y las insignias, bajo el peso de una visión judeocristiana, exultante en *Mater dolorosa*<sup>11</sup>, uno de sus muchos libros dedicados al tema del amor, de la vida mística, de los valores morales, que lo acercan a la poética implementada en los himnos y en las églogas. Todo ello, resultado de un país que entre el siglo XIX y los albores del XX, se debatió entre la gramática y el poder, entre la crítica a una conjunción mal empleada y un participio sin historia, entre el temor a que los “ignorantes e inciviles”, pudieran “aplebeyar el lenguaje generalizando giros antigramaticales y términos bajos”, como lo expusiera Rufino José Cuervo en sus *Apuntaciones críticas*, según cita de Malcom Deas, quien, al referir las serias discusiones gramaticales y filológicas de los que luego serían presidentes de la República, llega a la conclusión de que todo obedece al deseo de conectarse, mediante el idioma, con España: la madre patria, dechado de virtudes e ideales. Y el historiador inglés llegará a una

contundente premisa: “El dominio del idioma llegó a ser, y lo fue durante mucho tiempo, elemento del poder político”<sup>12</sup>.

Mejía Robledo ocupará un decoroso lugar en los fastos del orden local, al estrenar el sistema de comercialización de sus propios libros, como aún suele suceder entre aquellos jóvenes o veteranos escritores que, ante la ausencia de claras políticas de edición o de la imposibilidad de merecer audiencia en alguna de las pocas editoriales del país, se ven obligados a patrocinar la publicación de sus propias obras y la comercialización de las mismas. La ensayista Cecilia Caicedo Jurado anotaría al respecto que la mayoría de obras publicadas en la región no supera los mil ejemplares y ninguna de ellas pareciera merecer reedición, lo cual se lee como síntoma de una salud mental en la que la “ciudad escrituraria” se difumina en el silencio o indiferencia de los congéneres, frente al “registro cultural” de nuestra “producción simbólica en los órdenes de creación y creatividad”<sup>13</sup>.

Pero si el desdén por lo escritural señala el pathos de un colectivo ajeno y estoico frente al Texto escrito a varias manos, sorprende la actitud de muchos escritores e intelectuales que se refieren a su obra en términos peyorativos o empleando un lenguaje con el que insisten en hacerse humildes o modestos. Términos como “obrita”, “librito”, “libraco”, “noveleta”, “apuntaciones”, han alimentado nuestro diccionario sentimental, emotivo y complaciente con una postura difusa frente al hecho de la escritura. Sixto Mejía, el gran cronista pereirano, escribiría en 1944: “Este pobre librejo mío, sin antecedentes, sin contenido y sin empeño, tiene de común con el libro que pondría a girar la tierra alrededor del sol, dos pequeños hechos humanos: <<El temor de convertirme en un objeto de risa>> y el cariño con que yo aquí, a solas, lo acaricio paternalmente”<sup>14</sup>.

En la década de los años treinta el autor de *Un colombiano en apuros* y *Los piratas del Amazonas*, distribuía una circular entre sus allegados y amigos y luego aplicaba el sistema de venta puerta a puerta de sus textos, muchas veces con el agravante de que sus clientes no cancelaran lo adeudado o no se interesaran por la lectura de sus obras. Euclides Jaramillo anotaría que este “doloroso” sistema haría carrera entre los escritores de la provincia “en el afán de hacer siquiera el valor de la edición”<sup>15</sup>.

Progresamos demasiado en calles y plazas, carreteras y comercio, pero este progreso no es suficiente para llenar plenamente nuestras aspiraciones de pereiranos comprensivos. Ojalá al unísono de los rieles que se tienden y de las calles que se rompen, fueran entrando a nuestro medio los ecos consoladores de la civilización y de la cultura. Nos hace una falta grandiosa la lectura de obras que eduquen, que moralicen y que instruyan, y es síntoma de pavorosa situación para una ciudad cualquiera que sea, el hecho de que la juventud masculina del lugar no lea, ni estudie, ni aprenda y apenas sus máximos entusiasmos se reduzcan a la fantasmagoría de las medias de seda y el baile de moda. Y es síntoma aún más desconsolador y más amargo que quienes tienen aquí el dictado de los jóvenes "bien" sean los iniciadores del pateo en los teatros y del escándalo en todas partes.

(Revista *Variedades*, No. 116. Pereira, mayo 7 de 1927)

La propuesta estética de Mejía Robledo responde, en parte, a los intereses de una clase en ascenso, preocupada por abrirse paso en los ámbitos culturales del país, ansiosa ante la posibilidad de tener lectores y con ellos, el reconocimiento de una labor intelectual y educativa, de cara a una sociedad que precisa su representación. De otra forma, ¿cómo leer que un escritor como Alfonso Mejía Robledo decida, 11 años después de haber publicado en París *Rosas de Francia*, editar la segunda edición en Pereira y cambiar abruptamente el final de su novela?. En 1926, la bella y melancólica dama, Lucía Pinar, muere de amor, ante la espera de su bienamado poeta, quien, ante la negativa de sus padres, debe postergar la boda con la mujer de su vida. El destino hizo que los compromisos literarios de Ricardo, el poeta, lo distanciaran de Lucía de manera irremediable. El lector presiente el final. El

encuentro de los dos amantes está signado por la tragedia y el drama. Lucía Pinar expira en los brazos de su hombre, “mientras una sonrisa de infinito gozo quedó marcando la palidez de sus labios inertes...”. Pero en la segunda edición de su novela, el escritor pereirano por adopción asegura un final feliz. El destino permitirá el encuentro de los dos amantes, la mirada eterna, el amor que promete un para siempre, esas palabras que parecieran dichas por una voz divina, inmaculada: “La blancura de los trajes vaporosos y el aroma embriagador de las flores que en profusión extraordinaria se mecían en el jardín, eran un poema cristalino de maravilla tropical, digno marco jubiloso para exornar ese otro poema sublime de ventura y amor que al fin iba a tener su culminación consagratória”.

Puesto que las actividades comerciales y mercantiles les facilitaban pasar largas temporadas en París o Londres, cursar incluso estudios en arte, filosofía o historia, estos nuevos actores culturales de una ciudad en ciernes, harían de la poesía o el ejercicio de la narrativa, una prueba de su cosmopolitismo, un testimonio de sus férreos valores, de su amor por una patria que se les antojaba signo de un sentimiento filial, hecho metáfora y juego verbal. Sin presumirlo, el escritor Mejía Robledo estaría ligado, en parte, a los derroteros estéticos y literarios de los “grecocaldenses” o “grecoquimbayas”.

El dibujo central del boceto que Rendón hiciera en 1923 en torno a Pereira, entre la imagen de “La selva abrupta” y “La ciudad moderna”, muestra la forma como un par de obreros, con sus torsos desnudos, instalan, mediante un sistema de cableado y poleas, una columna corintia en la fachada de un edificio moderno. Me arriesgo a interpretar, sobre este boceto, las marcas simbólicas de un grupo de intelectuales del gran Caldas, que optó por la grandilocuencia, el discurso orlado y la oratoria, para unos fines estéticos que siempre estuvieron muy cerca de los fueros y corredores políticos, en lo ya analizado al respecto por

el historiador Deas y lo teatralizado, desde los asuntos filológicos y el eufemismo, con sorna e ironía, por R. H. Moreno-Durán en *Los felinos del canciller*.

Uno de la mayores representantes del “grecoquimbayismo”, Silvio Villegas, tendría una estrecha relación con la ciudad de Pereira. Lo descubro en una fotografía de 1927, al lado de Jorge Roa Martínez y Ana Rendón. El primero, líder cívico y gestor cultural de proyectos en torno a la ciudad. La segunda, destacada figura de la sociedad pereirana de entonces, quien protagonizara la película *Nido de cóndores*, en compañía del comerciante Fernando Jaramillo. Encontraría luego un texto de Silvio Villegas publicado en un periódico local, en el que se ofrece a la ciudad y augura para ella las bondades de las metrópolis latinoamericanas, en su versión idílica de las cosas. Cuando el lector se enfrenta a la obra de Mejía Robledo, con dificultad la desliga de las intenciones y búsquedas estéticas de quienes formaron parte del famoso “Meridiano Cultural” de Manizales, en el que las figuras de Bernardo Arias Trujillo y Silvio Villegas tuvieron su propio altar<sup>16</sup>.

Quiero referirme a un esclarecedor texto de Jaime Mejía Duque con relación a los alcances de la literatura en el gran Caldas. Para este crítico marxista los “grecoquimbayas” surgen de una curiosa fusión: la idea de lo griego que los intelectuales caldenses poseían (una idea poética, no histórica de lo griego, derivada en parte del Modernismo, la retórica parnasiana y la lectura de algunos escritores franceses). La otra veta corresponde a lo Quimbaya, es decir, a un pasado que se pretende rescatar y, si se quiere, reinterpretar. De esta mezcla surgirá un estilo, una visión de mundo, una forma del aderezo y la simulación. Mejía Duque presume que estos artistas escogen vivir la cultura como “entidad intemporal y superflua”, en virtud de la construcción de un mundo pintoresco, de “repelente hibridación” y adornado, como si se tratara de una fachada que se torna compleja por la suma de unos

elementos superpuestos. En estas coordenadas, el boceto de Rendón anuncia una puesta en escena.

El hacha sembró de estrépito la montaña verde de silencio y de quietud, y fue ensanchando el paisaje. El huequecito de Sopinga y el centenar de bohíos que se amodorraban a orillas de los dos ríos tutelares, se estremecieron de espanto. A sus lados, se abría el mundo como por milagro. Las hachas fueron degollando árboles amigos que habían vigilado la infancia del puerto y que eran mojones de sus vidas y de sus recuerdos. En cada huraco de montaña, donde nunca hubo luz, entraba ahora un sol tonificante y forastero.

(Bernardo Arias Trujillo. *Risaralda*)

En la primera mitad del siglo XX, los escritores caldenses signarán sus pulsiones en la idea del texto como una acumulación lingüística o una “pirotecnia verbal”. Sin superar las limitantes de un lenguaje que privilegian por encima del contexto que los acoge, su visión de mundo desconoce las complejidades de la realidad misma y se niegan a representarla en su tejido y composición, frente al orden de un país que apenas busca entrar a los diálogos con la modernidad literaria y a operar cambios en ese tardo lance entre lo rural y lo urbano.

En la provincia (sociedad “cerrada”), se leen los mismos libros de *otra manera*. Un cristal deformante, el que los prejuicios intelectuales heredados habían venido configurando, se aplica sobre las cosas y los conceptos. También lo universal se mira así de modo *provinciano* y por eso resulta caricaturizado, mutilado o esfumado en quimera(...)

No se puede pensar y escribir “como Goethe” cuando se existe en un mundo apenas salido de la arriería en tiempos en que a escala planetaria rigen técnicas y principios y cánones emanados de la complejidad de la civilización industrial<sup>17</sup>.

Las agudas observaciones de Mejía Duque me hacen pensar en el estilo que Alfonso Mejía Robledo empleaba en su frecuente actividad periodística. Recuerdo un texto suyo en especial, *Humildad*, publicado en la Revista Lengua y Raza de 1926. El cuadro que pinta alrededor de un animal que pasa cargado de flores frente a su ventana, afirma una escritura en la que la realidad, es decir, el fondo, se supedita a una forma artificial y vana, acaso

porque la realidad en sí ofende el deseado espectro de representación de mundo del propio escritor, ansioso de convocar el aire cosmopolita y dinámico que intente opacar la parsimonia de la aldea, “Cuánta maledicencia se ha cargado sobre tus espaldas! ¡oh, callado jumento!”.

A esta altura de mi reflexión, entiendo que el Texto escrito a varias manos en nuestra ciudad, precisa, como en el boceto de Rendón, tres momentos en particular. Del primero, ya procuré establecer, *grosso modo*, un orden en el marco escritural de Caldas, bajo los preceptos de una literatura “ornamental”, cuya importancia, en tanto fenómeno, radica más en una “aspiración literaria”, que en la realización de una “literatura como tal”, al decir de Mejía Duque. En este prurito, encuentro los orígenes de nuestro canon literario. Del tercer momento ya he argumentado, cuando observo en la escritura de Albalucía Ángel los mejores frutos de un tránsito y cuando advierto en su propuesta estética nuestros mayores alcances, en virtud de que su literatura aspira a la universalidad de un decir, por vía de una representación que exige y comporta una estética en el plexo de la responsabilidad individual del artista.

Los trazos del segundo momento prefiero verlos insinuados en el boceto que sufre los rigores de una transformación en las pretensiones del artista. En el Texto escrito a varias manos, los nuevos protagonistas de la “ciudad escrituraria” debieron enfrentarse al influjo y soportar el peso de los novelistas y poetas “greco-caldenses”. ¿Cómo derribar las efigies creadas en torno a las figuras de Arias Trujillo y Silvio Villegas? ¿Cómo establecer una lectura distinta de la realidad inmediata, más allá de un lenguaje afincado en las luminarias que tanto eco hicieron en la poesía de Guillermo Valencia? Advierto en la novelística de

Rafael Arango Villegas el quiebre a un orden establecido, por décadas, en la literatura de la región.

¿Con qué instrumentos responder a la solemnidad, al discurso orlado, a la grandilocuencia? Arango Villegas encuentra la respuesta en el desparpajo y el humor. Me convoca su novela *Asistencia y camas*<sup>18</sup>, por nombrar ella, en sus primeros capítulos, a mi ciudad. Destaca en esta obra la manera como el celebrado humorista y pintor de costumbres recrea la vida cotidiana de la provincia, a través de la realidad de una “asistencia” o humilde hotel, regentado por Petra, una fuerte y aguerrida mujer que vivió su infancia en Pereira y se trasladó a Manizales a trabajar en su propio negocio. Arango Villegas cede la voz a lo “popular”, ajeno a las intenciones de un Arias Trujillo, cuando al pretender la voz *distinta* en los negros de La Virginia, no consigue establecer una verdadera comunión con el personaje. En este último, el lenguaje se torna artificioso, en virtud de que el autor se ve forzado a utilizar un lenguaje del que toma distancia y abomina. Cercano en afecto e intención a los cronistas de la época, Arango Villegas abre las puertas a un grupo de escritores que asumirá una lectura distinta de la ciudad, más acendrada con una realidad pueblerina y problematizada en el destino de sus gentes y en la visión de mundo que los impele.

Trabajó en Pereira algunos años y luego se trasladó a Manizales a fundar su negocio. Lo mismo que en Pereira, instaló su tienda en una de las calles adyacentes a la plaza de mercado, pues era allí donde pululaba su clientela predilecta, el campesino. Hacía ya algún tiempo que estaba establecido en ese punto cuando vino Petra a fundar su asistencia en el local inmediato. Hasta entonces él mismo preparaba los alimentos en la trastienda, la cual era a un mismo tiempo cocina y dormitorio. Repollo picado y algunas otras verduras eran casi toda su alimentación. Cuando en altas horas de la noche la fisiología le apremiaba, echaba mano de un periódico y salía de apuros, al día siguiente amanecía en la acerca el bien acondicionado paquete, cuidadosamente atado con hiladilla, como si fuese un regalo.

(Rafael Arango Villegas. *Asistencia y camas*)

Cuando en Arango Villegas se hace visible la cotidianidad de un Salvador Cafure, inmigrante y extranjero, cuando asistimos a la pereza y haraganería de Silverio Antonio García, o cuando admiramos la vitalidad y el encomio de Petra Sánchez, en medio de un ámbito citadino que discurre en torno de la plaza de mercado y de las transacciones comerciales subrepticias, el lector sabe que está frente a un tipo de literatura que funda una visión de lo urbano más clara y transparente, adecuada a los ritmos de la aldea.

He dicho que Arango Villegas se acerca más al mundo de lo popular y debo aclarar que la literatura que lo antecede también pertenece a ese orden, pero de otro modo. Mejía Robledo establece su esfera narrativa en la *novela rosa*, “relato popular y sentimental”, cuyos orígenes se encuentran en la literatura de folletín, que nace para el consumo masivo; de tal suerte que cumple, al decir de Andrés Amorós, con unas premisas básicas: se vincula a las necesidades sentimentales y afectivas de un colectivo, mediante el uso de técnicas “tradicionales” de escritura, “asequibles para la gran masa”<sup>19</sup>. No podría olvidar, como lo cuenta el propio Mejía Robledo en su prólogo a la segunda edición de *Rosas de Francia*, que en 1931 y ante el ofrecimiento que le hiciera el periódico *La defensa* de Medellín, de publicar allí su obra por entregas, él accedió con gusto, pues, expresó, “no podía negarme a ello, so pena de que se me considerara como escritor pretensioso, calificativo que no he deseado jamás y que está muy lejos de poderseme endilgar”.

La literatura de los “grecolatinos” estriba también en el sentimiento popular. Las mismas temáticas empleadas en sus novelas y discursos, los referentes culturales que depositan en sus textos, ese color rosa, lento y difuso de sus atmósferas adjetivadas, la propia condición de actores sociales de primer orden que no escatiman en impulsar, como si alcanzaran o

por lo menos persiguieran un estatus similar al obtenido por Lyda Borelli, la Manzanni o la Menichelli, divas del cine italiano de la década del veinte, a través de las cuales, como lo argumenta Monsiváis, penetra nuestra educación sentimental en América Latina, pues no sólo aprenderíamos a llorar, además se impondrían las modas, las etiquetas sociales, las reuniones de los grupos, al caer la tarde, para contar los últimos avances de las radionovelas y las películas por entregas<sup>20</sup>.

Recuerdo un texto del cronista pereirano Luis Yagarí, a propósito de un viaje que hiciera de Manizales hasta Antioquia, a lomo de mula, en compañía de Aquilino Villegas. Durante veinte días el cronista compartió camino con el escritor, cuyo afán era el de recuperar las huellas de sus ancestros. Yagarí exalta la pasión de Villegas por las cosas simples de la vida, la manera como se detiene en el camino a hablar con las gentes humildes, la sabiduría que esconden sus palabras, el recibimiento que le hacen al escritor en Medellín:

Antioquia le rindió en aquella vez los honores que correspondían al más alto escritor de la raza.

En la sala del Hotel Bristol de Medellín tuve que organizar las audiencias.

Damas de linaje, viejos mineros, gentes de pluma. De Amalfi, de Andes, de Carolina, vinieron en su busca, en sencilla y conmovedora romería.

Todos quedaban desconcertados. Pensaban encontrar a un hombre de traje académico, con todas las de rigor. No, allí estaba como en sus escritos, sencillo, raizal, diciendo frases notables por la fuerza del idioma<sup>21</sup>.

El carácter “popular” que encuentro en Arango Villegas lo percibo en unos límites distintos, tanto en las propuestas estéticas que en adelante buscarán asirse a una realidad menos velada por “la fuerza del idioma”, como por la condición misma que el escritor asume en el reparto social. Lo popular cobra su valor en las discusiones del mundo contemporáneo como instancia para entender el hecho de la cultura en América Latina y para discernir en torno a la ya superada discusión de lo que se ha considerado ‘baja

cultura’, en oposición a una ‘alta cultura’, cuyo cordón umbilical se une a la herencia de Occidente, es decir, Europa.

Lo popular como sinónimo de lo público (Barbero), de lo que atañe al colectivo y a los referentes simbólicos que devienen parte de una educación sentimental y de un estar en el mundo, con el peso de unas disparidades temporales que nos hacen recientes, pero a la vez nos facilita ser auténticos y expresivos de otra manera. Lo popular que persigue una forma y un ethos en lo más representativo de la literatura latinoamericana. Se halla en García Márquez, cuando la oralidad, el relato de la abuela, se convierte en una estética. Se encuentra en Cabrera Infante, cuando la polifonía de voces, anuncia la variedad humana de su Isla. Se hace efectiva en Puig, cuando descubre, para el lector, la sensibilidad de una clase media educada en el cine de corte romántico. Cobra el tono del misterio poético en Rulfo, cuando la reiteración y los silencios de sus personajes revelan el mundo de lo onírico, de lo que no se puede anunciar sólo con palabras. Y los ejemplos serían tantos, como tantas son las formas de representación de lo popular: “aquello que no puede evitar serlo”, sentencia Monsiváis, una suerte de “cerco rumoroso” que constituyen, por último, la voz del escritor<sup>22</sup>.

En esta variante de lo popular, el Texto escrito a varias manos supera algunas taras en su representación inicial y se arriesga a la construcción de voces que ya se anuncian en los registros periodísticos. Este avance sin duda está ligado al crecimiento de la aldea, al hecho de que la ciudad amplía sus límites y acendra unos imaginarios para recibir grupos de desplazados por la violencia bipartidista de los años cuarenta. He escuchado con atención a algunos líderes comunales de barrios periféricos, como el de Cuba o La Isla. Ellos insisten en apropiarse los contenidos de luchas comunitarias y cívicas, por ganar no sólo espacios

geográficos, sino también de participación ciudadana. Y se remontan a los inicios de la segunda mitad del siglo XX. Sus organizaciones cívicas, la representación política que empezaron a tener en los ámbitos de poder local, obligaron a ampliar la noción de centro de nuestras autoridades, ante la exigencia de adecuación de servicios públicos, educación gratuita, servicios de salud, vías de comunicación. En estos diálogos con un país que acondiciona su fisonomía urbana, surge el escritor que presume una voz y que al remarcar su propia experiencia con el mundo, en ocasiones decide hacerse eco de un colectivo, ser una representación, así las realidades sociales operen de tal forma en sus complejidades que dicha representación acuse sólo parcialidad, bajo la carga ideológica de un ser que se mira a sí mismo en los destellos de sus búsquedas estéticas personales.

En este trayecto surge la figura de Silvio Girón Gaviria y con ella, las voces de los escritores que convidan, más allá de la nostalgia de los cronistas, la complejidad de un tejido urbano, conectado al radio de la modernización y a los diálogos con un mundo massmediado y secular, polifónico y múltiple. La representación escritural de este nuevo entramado, prefigura a su vez los síntomas de un país en crisis, tanto por las guerras intestinas de tantos grupos que operan de espaldas al establecimiento, como por la masa de población flotante que genera rutas y tránsitos, al interior de las regiones, como expulsados en busca de las periferias urbanas para levantar allí sus nichos. La voz de Silvio Girón hace eco en la plasticidad de estos ámbitos. ¿Quién no ha tenido que ver, en algún momento de sus correrías por las calles pereiranas, con la realidad que impone el propio Girón Gaviria?

Todos los días, el escritor de *Las órbitas vacías* monta en su “caballito de acero”, como dicen los cronistas del ciclismo, y atraviesa una parte de la ciudad industrial, hasta llegar al viejo centro de la Pereira que muy bien conoce, y donde es un personaje común en los puestos de libros de segunda, en las librerías y en los cafés. En estos últimos lugares concurridos, don Silvio tiene

los clientes para sus propios libros y los textos de otros autores de la región. Le toca operar con el asunto de las comisiones, esa es la vida. Pero este escritor irreverente y tierno, también vende casetes de música que graba por encargo, aprovechando que tiene una colección muy singular de zarzuelas, tango, bolero y música clásica. Todo esto le permite seguir viviendo con dignidad e independencia<sup>23</sup>.

Periodista de larga data, Girón Gaviria representa muy bien la figura del escritor urbano y en forma particular, el autor de provincia, cuya obra no tiene eco en los conciliábulos de la capital, ni por error se comentan sus textos en los periódicos de mayor circulación y sus obras no merecen ningún miramiento por parte de la escasa crítica literaria nacional. En alguna proporción, diría que este personaje es a la ciudad, lo que Garmendia a Caracas, en cuanto a las pulsiones que deriva como habitante, vagabundo y flâneur. En él se leen los signos del escritor de provincia. Autor de varias novelas y libros de cuentos publicados por sus propios medios, Girón Gaviria entiende el hecho literario como la posibilidad de nombrar una realidad sin tapujos, poco mediada por las exigencias de un canon literario que apenas si toma como referencia en sus artículos de prensa. La ensayista Cecilia Caicedo entiende el trabajo narrativo de Girón Gaviria, en su calidad de “escritor de lo marginal”, como exponente de un “realismo ingenuo”<sup>24</sup>, en virtud de sus debilidades narrativas y de los esquemas de representación de una realidad que en él pasan más por las dinámicas del ejercicio periodístico, que por las implicaciones de una labor estética y formal, de cara a un corpus narrativo que precisa unos logros e impone ciertos epígonos.

Lo más interesante en el autor de *La ninfa de los parques*, desde mi concepción de lo literario, radica en el rumor de voces que se agita en sus cuentos y novelas. Su estética no es la del costumbrismo, tampoco la de la experimentación formal y mucho menos el fruto de haber suscrito a un movimiento de vanguardia. Creo que su estética opera en los ojos de

un periodista de lo cotidiano, éticamente comprometido con la civilidad, para asumirse en un ethos político, que lo impelen a denunciar y desvelar un sentido complejo del habitante ciudadano, como juez y parte de un *establishment* que lo sujeta y lo vigila. Sus personajes no condescienden a la complejidad kafkiana, por supuesto, ni se presienten con ellos los límites de la alegoría, pero sí las situaciones de un absurdo criollo, propio de ciudades críticas, excluyentes, periféricas, en las que se ofrece la “coexistencia de riqueza y pobreza” y la asunción de una clase mayoritaria, aferrada al comercio informal y a las cada vez más increíbles “estrategias de supervivencia”<sup>25</sup>.

En este requiebre y entre los saberes de un compromiso civil, como el de un periodista de opinión, brota la ciudad hecha de palabras y diálogos heterogéneos, que indica la existencia de un *modus vivendi* signado por los avatares de la modernización y las obligaciones de microespacios conectados a las aldeas globales del consumo y la homogeneidad, como parte de un mundo que se prefiere controlado y dinámico bajo los mismos hilos del poder supraestatal, presentido en los habitantes anónimos y desplazados por un sistema que apenas si los enumera en las estadísticas y los balances anuales.

En las mañanas al afeitarse contemplaba en el espejo los estragos del tiempo, sorprendido de que lo hubieran dejado vivir tanto, como si lo consideraran inofensivo a pesar de unas crónicas y artículos que hacían comprometedoras denuncias; desentrañaba millonarios faltantes de licores en las Rentas Departamentales; el tráfico de influencias en las licitaciones; los sobornos regalados generosamente por las multinacionales a concejales, diputados y miembros de las juntas directivas que se disputaban feroces las migajas que se les arrojaba desdeñosamente.

Caían amigos, dirigentes conservadores o liberales, miembros de la izquierda democrática y él continuaba vivo como si lo consideraran el cronista de una época aciaga y tenebrosa.

(Silvio Girón Gaviria. *Seis cuentos pereiranos*)

Las brechas abiertas por Girón Gaviria darían paso a la representación de la ciudad contemporánea. Esas voces y rumores en sus narraciones, son apenas los síntomas de un tejido urbano que opera sentidos y anuncia el juego de la polisemia, en los destinos de personajes alienados y marginales, en los avatares de la subsistencia diaria. No obstante, mientras ello acontece en la narrativa del periodista y escritor de *Los rostros sin nombre*, al mismo tiempo otros narradores insistirán en imaginar realidades que aún replican las señas culturales de la colonización y el progreso de la aldea, a la manera de Benjamín Baena Hoyos con su novela *El río corre hacia atrás*, o la obra de Hernán Álvarez Villegas, *Camelania Escaluficia o vicisitudes de una vida*, un retrato de infancia en dos direcciones: la de los personajes y la de la aldea. Se entiende que la literatura, en tanto proceso, no corresponde a un orden lineal de las cosas. Cada texto, cada autor, cobran sentido en el juego de las temporalidades históricas y en el marco de representación individual del mundo, no muchas veces afortunados frente al decurso del hecho estético y las consideraciones que de él posea la comunidad académica, acodada en una tradición.

Abiertas las calles de la ciudad para aventurar destinos, el escritor Julio Enrique Sánchez Arbeláez, con más fortuna literaria que Girón Gaviria, con más preocupación por el texto literario como construcción y huella de un recorrido estético, revelará al lector la ciudad que se prefiere en las notas judiciales.

No existe Dios. O se está manejando mal conmigo, o se fue a vivir a otra parte. Si yo no intentaba nada malo. Pasar un infeliz kilo de coca para salir de pobre. No era un premio que yo buscaba, era apenas una compensación para esta vida tan arrastrada que yo he llevado. Voy a morir. Dicen que aquellos que van a morir recuerdan su vida como a través de un caleidoscopio y yo no recuerdo ni un solo día bueno, ni un solo día amable.  
(Julio E. Sánchez Arbeláez. *La saga del popular*)

Sánchez Arbeláez se atreve nombrar la realidad de la marginalia y con ella, su descomposición. Es un secreto a varias voces que Pereira se registra a menudo en los reportes policiales como una de las ciudades donde más se alista a personas de toda condición, para que transporten droga en sus estómagos o en sus valijas. A ciertos barrios de la ciudad, denominados con sorna *ollas*, revistas de circulación nacional les han dedicado varias páginas, para tratar el tema de la comercialización ilícita de drogas y señalar estadísticas que con razón preocupan a las autoridades norteamericanas, que ven con impotencia cómo aumenta la población adicta en las calles y suburbios de sus metrópolis, mientras los ya míticos carteles colombianos de la droga, ingenian formas propias del mágicorealismo, para abastecer un mercado que tiene excesiva demanda en el exterior.

Las llamadas *mulas* serían dueñas de una realidad que poco se explora, salvo en algunas notas periodísticas o en crónicas de inmersión. Sánchez Arbeláez esboza en su novela el complejo mundo de una *mula*, mediante la técnica del monólogo interior y de un constante flash back que a modo de cámara recupera la vida del personaje que agoniza. He aquí otro fragmento de la ciudad de hoy, dispuesta en los diálogos del rebusque, sin límite frente a las constantes migraciones de sus habitantes, abandonada en sus núcleos periféricos, preocupante en sus territorios del miedo.

La ciudad de Sánchez Arbeláez es la misma que observan con preocupación los personajes de Hugo López Martínez, sólo que en ellos todavía existe la inocencia, mediada por los hechos cotidianos en las salas del cine, por los amoríos en las esquinas del barrio y quizá por la breve vida bohemia en la búsqueda de algunos seres.

Nueva Mercedes que fue pueblo y que hoy es ciudad(...)

En Nueva Mercedes cuesta llevar una existencia desentendida del mínimo acontecimiento social. Leo en el periódico si fulano sigue vivo o enfermo, si han inaugurado una calle o si le han puesto luces a los barrios nuevos. Jamás encuentro una noticia que tenga que ver con la gente que yo quise en una época y que ahora no sé dónde están. Me hacen falta las sesiones de cine en la tarde, cuando Humberto aprovechaba la oscuridad para decirme cosas excitantes al oído. Trataba que me sintiera a gusto viendo películas del oeste. Solamente me llevaba a ver películas para menores de 18 años.

(Hugo López Martínez. *Esta cuadra es mía*)

El escritor paraguayo, radicado desde muy joven en Pereira, advierte en su narrativa el conocimiento de la gran literatura latinoamericana. Entiende el hecho de la escritura como una postura ética frente al universo de símbolos y de signos que desvelan los temores y preocupaciones de los seres urbanos. Hay una apuesta en su escritura por la biografía autoral. De hecho, su primera novela, *La historia imperfecta*, hará el puente entre una realidad asumida en Europa y un retorno a la aldea que se hace emoción y sentimiento. Destaco en su labor narrativa el deseo de crear un espacio neutro, bajo las coordenadas y los límites de la ficción, siguiendo los pasos de un Onetti en Santamaría, de un Rulfo en Comala o de un García Márquez en Macondo. En esta pretensión radica su aporte, porque hay algo en su escritura que sigue molestando al lector: acaso sea cierto descuido en su aspecto formal y escritural, acaso obedezca a la recreación de atmósferas planas, poco problematizadas. Pereira pasará a llamarse Nueva Mercedes y quiero entender en ello la afirmación de la escritura en torno a un espacio que se atiende distinto y ajeno al plexo de la provincia señalada en el mapa. Pero al mismo tiempo, y en virtud del hecho estético, ese espacio fictivo obra en la memoria del lector y lo hace pensar en los mapas y pliegues de una cartografía escritural que vislumbra ya sus propios trazados, sobre un territorio de

sueños y deseos, esto es, los sueños y deseos de una comunidad que requiere ser nombrada, que exige su representación en los rastros de un Texto escrito a varias manos:

¿vas a ser escritora?, y ella, sonriendo, mirando un rato los cocuyos, bueno, no sé; pero yo sí sabía, porque ya había visto un folder lleno de páginas azules y me moría de envidia. La vida era tranquila. A mediodía la siesta y por la tarde una excursión al monte, o hasta la Fonda de las Marines, donde había una vitrola del tiempo del General Uribe Uribe y discos de Gardel, y uno que yo le había oído a la abuela cuando estaba chiquita y que cantábamos mientras tomábamos cerveza: *con este pañuelo sufrió el corazón, con este pañuelo perdí una ilusión, eel pañuelito blaanco, que te ofreciií.*  
(Albalucía Ángel. *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*)

---

## NOTAS

1. Correa Echeverri, Lucía. “Alba Lucía Ángel. De su fértil errancia por todo el viejo continente”. Periódico La Tarde, 16 de enero de 1980.
2. Jiménez, Gilma. *¡Escriba, carajo!, le decían!* Entrevista a Albalucía Ángel publicada en el Periódico El Pueblo, Cali, 13 de junio de 1976.
3. Después de haber sido finalista en el Premio Esso de novela en 1969, con su obra *Los Girasoles en invierno* y de haber publicado en Barral Editores de Barcelona su segunda novela *Dos veces Alicia* (1972), un jurado compuesto por Álvaro Mutis, Fernando Charry Lara, Antonio Panesso, Darío Ruíz Gómez y Humberto Valverde, decide otorgarle a la escritora pereirana Albalucía Ángel el premio en el II Concurso Bial de Novela auspiciado por la revista y fundación para la cultura “Vivencias” de Cali, por su obra *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*.
4. López Pulecio, Óscar. “La pájara pinta”. Un libro de violencia. Magazín Dominical de El Espectador, Bogotá, 21 de diciembre de 1975.
5. Ángel, Albalucía. *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. Bogotá: Colcultura, 1975, p. 218.
6. La obra novelística de Albalucía Ángel ha merecido una profusa recepción, como ninguna otra obra de autor pereirano o hijo adoptivo de la ciudad. Aquí menciono algunos estudios o reportajes en torno a su obra, para motivar en el lector una posible pesquisa, por lo demás interesante y necesaria para advertir los alcances literarios de la autora en mención:  
Arango, Gonzalo. “Reportaje en onda corta con Albalucía Ángel”. Revista Cromos, 25 de septiembre de 1966.  
Bedoya, Luis Iván y Escobar Mesa, Augusto. *La novela de la violencia en Colombia 1*. Medellín: Hombre Nuevo, 1980.

- “Bitácora de una andariega”. En: Revista Pereira Cultural, No. 11. Pereira, diciembre de 1997. p.42-51.
- Caicedo de Cajigas, Cecilia. “Albalucía Ángel. Escritura simbólica”. En: *Literatura risaraldense*. Colección de Escritores Pereiranos. Pereira: Gráficas Olímpica, 1988.p.89-112.
- Camargo Martínez, Zahyra y Uribe Vélez, Graciela. “Albalucía Ángel: una propuesta escritural forjadora de identidades y quebrantadora de silencios”. En: *Narradoras del Gran Caldas Colombia*. Armenia: Universidad del Quindío, 1998, p.106-131.
- Díaz, Óscar A. “G. Álvarez Gardeazábal y A. Ángel: insubordinación del género sexual para establecer una comunidad gay”. En: *Literatura y cultura narrativa colombiana del siglo XX*, Vol. III. *Hibridez y alteridades*. María Mercedes Jaramillo/Betty Osorio/Ángela I. Robledo (Compiladoras). Santafé de Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000, p.225-257.
- Figueroa, Cristo R. “Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón: proliferación del enunciado”. En: *La novela colombiana ante la crítica 1975-1990*. Luz Mery Giraldo (Compiladora). Cali: Pontificia Universidad Javeriana, Universidad del Valle, 1994. p.177-201.
- Gil Montoya, Rigoberto. “Infancia recuperada en la poética de Albalucía Ángel”. Revista de Ciencias Humanas de la Universidad Tecnológica de Pereira, Año7, No. 23, marzo de 2000. p.50-60.
- Gómez Uribe, Sophia. “Reescritura de la historia en Las andariegas de Albalucía Ángel”. Revista Estudios de Literatura Colombiana, No. 2. Maestría en Literatura Colombiana, Universidad de Antioquia. Medellín, enero/junio de 1998.p.53-64.
- Uribe, Graciela. “El devenir mujer en la propuesta estética de Albalucía Ángel”. En: *Literatura y cultura narrativa colombiana del siglo XX*, Vol. III. *Hibridez y alteridades*. María Mercedes Jaramillo/Betty Osorio/Ángela I. Robledo (Compiladoras). Santafé de Bogotá: Ministerio de Cultura, , 2000.
- Valencia Solanilla, César. “La novela colombiana contemporánea en la Modernidad”. En: *Manual de Literatura Colombiana*, Tomo II. Bogotá: Procultura-Planeta, 1985. p. 463-510.
- 7.Portada de la revista semanal ilustrada Variedades, No. 182. Director, Gonzalo Mejía Echeverry. Pereira, 15 de noviembre de 1952.
- 8.Mejía Robledo, Alfonso. *Rosas de Francia*. París: Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, 1926. Segunda edición: Pereira: Editorial Panoramas, 1937.
- 9.Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz, 1974. p.9-14.
10. Esta anécdota la refiere Euclides Jaramillo Arango en su crónica “Escritores pereiranos”. En: *Terror! Crónicas del viejo Pereira, que era el nuevo*. Armenia: Cosmográfica, 1984,p. 69-70.
11. Mejía Robledo, Alfonso. *Mater dolorosa* (Poesías). Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia. S.f.i.
12. Deas, Malcom. *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993, p. 25-60.
13. Caicedo Jurado, Cecilia. *Patrimonio Bibliográfico de Risaralda*. Pereira: Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de Risaralda, Vol. 2, 1995, p.7-26.
- 14.Mejía, Sixto. *Mi senaturía y otros cuentos*. Manizales: Editorial Arturo Zapata, 1944. p. VI.

15. Jaramillo Arango, Euclides. Op. Cit. p.70.
16. Valencia Llano, Albeiro. *Bernardo Arias Trujillo. El intelectual*. Manizales: Universidad de Caldas, 1997.p.33-48.  
En la segunda parte de este libro, el lector encontrará el denso estudio sobre Bernardo Arias Trujillo escritor, de Roberto Vélez Correa.
17. Mejía Duque, Jaime. “Problemas de la literatura en Caldas. La cultura en la provincia en el marco de ciertas condiciones sociales del <<subdesarrollo>>”. En: *Literatura y realidad*. Medellín: Editorial Oveja Negra, 1969, p. 97.
18. Arango Villegas, Rafael. *Obras completas*. Con prólogo de Adel López Gómez y dibujos de Alberto Arango Uribe. Medellín: Ediciones Togilber/Bedout, 1961.
19. Amorós, Andrés. “Novela Rosa”. En: *Literatura popular. Conceptos, argumentos y temas*. Autores varios. *Anthropos*, Revista de documentación científica de la cultura, No. 166/167, mayo-agosto de 1995, p.123-124.
20. Monsiváis, Carlos. *Escenas de pudor y liviandad*. México: Grijalbo, 1996.
21. Yagarí, Luis. “Recordando a Aquilino Villegas”. En: *Jornadas. Crónicas de Luis Yagarí*. Manizales: Imprenta Departamental, Biblioteca de autores caldenses, Vol. 42, Séptima época, 1974, p.41-49.
22. Monsiváis, Carlos. “Ídolos populares y literatura en América Latina”. Boletín Cultural y Bibliográfico, Vol. XXI, No. 1, Bogotá: Banco de la República, 1984.
23. Andrade, Asdrúbal. “Una semblanza de Silvio Girón Gaviria”. Revista Pereira Cultural No.14, Pereira: septiembre de 2001, p.96.
24. Caicedo de Cajigas, Cecilia. *Literatura risaraldense*. Pereira: Corporación Biblioteca Pública/Colección de Escritores Pereiranos, Vol. 6, 1988, p.144-149.
25. Pérez, Pedro. “Las metrópolis latinoamericanas: el reto de las necesidades”. En: *Grandes metrópolis de América Latina*. Autores varios. México: Fondo de Cultura Económica/Fundação Memorial da América Latina, 1993, p.14-42.

**Superficies de vidrio:**  
**El intelectual y la provincia**

Algo de misterio encierra el mundo de los intelectuales. La sociedad prefiere verlos desde lejos así su admiración por ellos convida emociones y deseos de acercamiento a un *modus vivendi* signado por la excepción, o al menos por aquello que biógrafos -en caso de trascendencia- o el propio artista -lo más común: el diálogo del ególatra- se han encargado de mitificar. De modo que mientras el muro se levanta, impidiendo el surgimiento de relaciones convencionales, la sociedad apuesta sólo por el resultado de lo que en principio considera una actitud despierta y el intelectual por hacer presencia en el otro lado con aquello que convierte su actitud en una acción. Para éste, la sociedad es motivo de inspiración, un tanto para fundamentar aquello que en el plano de las ideas se convierte luego en una pintura, un texto, un objeto dicente o un simple grito que desvela acaso otras realidades . Es en la sociedad donde encuentra el pretexto para su creación y así ahondar luego en el universo de sus significaciones personales, intentando darles sello. No obstante, la relación que éste y aquella sostienen está marcada más por la paradoja que por la empatía.

Al intelectual se lo prefiere marginado, quizá porque resulta espinoso compartir con un individuo que, en no pocas ocasiones, mira a los demás como subordinados, señalando de entrada un distanciamiento con el "objeto" de interés, tal vez porque al vivir en un mundo fragmentado, abundante en especializaciones, en metalenguajes de todo orden, el intelectual también se halla inmerso en un juego de círculos viciosos, que giran alrededor de un sistema activo por discriminación, como corresponde a cualquier dinámica que

involucre relaciones de poder. "*Todo es denso y fragmentario*", expresa Canclini, y más al interior de la "cultura pavimentada", donde la vida se resuelve a la manera del videoclip, múltiple en imágenes, sugerente en ritmos y expresiones.

Piénsese en el gremio de los psiquiatras, de los arquitectos e ingenieros. Son ellos y el mundo que los reclama o admira, puesto que la división, sobra decirlo, importa y beneficia a los primeros. Incluso el lenguaje de que se valen para dar fe de su conocimiento se torna oscuro, incomprensible, porque resulta una estratagema, al tiempo que el número de adeptos, sedientos de diafanidad, tiende al aumento, en una suerte paradójica en torno a los galimatías: se persigue aquello que no se comprende; de ahí tal vez la fe, la presencia cada vez mayor de las religiones y la proliferación de conciliábulos y grupos de intelectuales que promulgan verdades de fe, por extensión anuladoras de otro tipo de expresión ajeno al círculo gravitacional.

Puesto que con el lenguaje se accede al entendimiento, al plano de las ideas, si ellas sólo son comprendidas y enriquecidas por el círculo de privilegio, ello los salva de pertenecer a la masa que los solicita y elogia precisamente porque no los entiende del todo. Lo claro se emparenta con lo simple, con lo que no requiere mayor esfuerzo. En esta línea, es mucho más apreciado por el pensador y el inquieto el *Ulyses* de Joyce o la estética de Hegel que los textos de quienes se atreven a pensar un mundo desde las limitaciones de sus propios contextos, distantes a menudo de los diálogos que acontecen en otras latitudes. ¿Por qué debería el intelectual -o al menos el que conoce las ventajas del poder y lo usufructúa- escapar a una realidad dominada por ciertos círculos que indican las acciones más simples de la vida, cuando él en sí mismo es producto de la élite?

Sin embargo, es necesario continuar subrayando la paradoja en otro plano: el del producto del intelectual, de quien se espera una reflexión, un cuadro, un libro, una escultura, un sistema de ideas, algo que lo haga representativo frente a una realidad que le exige su presencia a través de la prolongación en un objeto vigente en el tiempo. ¿Se valora ese producto, se lo considera y examina a la luz de la verdad, de la imparcialidad? ¿Conocen los propios intelectuales lo que otros de su misma condición lanzan al plano de la crítica objetiva, en espera de un diálogo que justifique o anule las propuestas, independiente de los gustos o inclinaciones personales? ¿No será acaso que el marginamiento, la discriminación, el desconocimiento del otro como portador de ideas, se gesta al interior de las élites, bien porque el interés se centra en otros espacios o bien porque la soberbia y envidia -lo que los hace humanos- les impide mirar más allá de su propio mundo, limitado a unas cuantas voces que los veneran? ¿No es ésta otra forma de violencia, tal vez más elegante, cuando *el otro* es convidado de piedra, venido a menos y su voz se pierde inevitable en el débil canto de las sirenas marginadas? De nuevo el círculo y su incidencia en los movimientos de rotación y traslación dialógicas.

Hasta donde ha sido factible observar, a los más reconocidos intelectuales de la región no parece importarles mucho si su propia sociedad los conoce y critica, so pretexto de que su obra pretendería anular los muros de la provincia, en busca de universalidad, acaso de un público más exigente. Pero a la provincia, hasta el momento, salvo excepciones, esos ecos no han llegado, se pierden en los intrincados rumores de una ciudad cada vez más ajena a las voces unívocas, amalgamada a las exigencias de la cultura de vitrina, o de mosaico, si atendemos a las reflexiones de Martín Serrano, quien dilucida el espacio de los centros comerciales (y la observación se hace más relevante al interior de una región como la

nuestra, hija del comercio) como centros de cultura, usados particularmente por las generaciones más jóvenes, ahora que las salpicaduras de lo postmoderno, tras el velo de la globalización, pretenden uniformar el mundo del consumo, esto es, los espacios urbanos como células de intercambio.

Aceptemos entonces esta variante: los estratos llamados a validar lo que hacen los mayores se encuentran muy ocupados en ciertas prácticas de consumo como para reconocer la existencia de la intelectualidad que a fuerza de compartir con ellos un espacio de demoliciones y estructuras modernas, pisa sus talones; además, en el disfrazado imperio de los *mass media* no parece existir lugar para el complejo mundo del intelectual y su labor en no pocos casos silenciosa.

No obstante, es menester recalcar la lección que muchos pensadores han abonado con sus ejemplos de vida: la universalidad la define el tiempo, sin que por ello deba renunciarse al presente que bien puede determinar el posible destino, porque tampoco se trata de cruzar los brazos para esperar, tal vez porque el intelectual, en el fondo, no debe esperar nada. La calidad, inherente a la obra, convidaría su salvación. De otra manera sería difícil comprender el hecho de que a Rulfo los primeros lectores del original de *Pedro Páramo* le hubieran recomendado otro oficio porque su novela estéticamente aportaba muy poco. Al propio García Márquez, uno de los primeros lectores de *Cien años de soledad* le insinuó dedicarse a otras labores, porque consideraba su obra sin mucho valor literario. Pero el tiempo se encargó de hacer justicia. Para el caso que nos ocupa, sucedería algo parecido, si aventuramos otro ángulo de visión. Se busca la trascendencia cuando ni siquiera existe un compromiso con aquella sociedad que espera acceder al contacto con las obras de aquellos que por sí solos buscan marginarse, como si se temiera al contagio con lo simple.

Valdría la pena preguntarse para quién se escribe, se pinta, se esculpe, se piensa, justo cuando algunos mitos se han derribado, como aquel que pretendía ver al intelectual por fuera de la sociedad -una suerte de semidios, protegido por fuerzas magnánimas- como si éste no se alimentara de aquella y como si la sociedad misma no se beneficiara de su trabajo. ¿La sociedad que determinará la trascendencia de la obra está más allá de los límites espacio-temporales que atrincheran al intelectual? Se nos antoja pensar que es más cómodo, para la egopatía, presumir un admirador de la obra incorpóreo, porque algo de mágico sugiere esta idea. Bajo esta línea, actitudes tan sublimes y humildes como las de Van Gogh, Faulkner, Bukowski -a pesar de todo-, García Márquez y el propio Mutis -a pesar de su carácter monárquico-, se convierten en escuelas del saber . Y aquí llegamos a una realidad: el intelectual obtiene poder en la esfera que lo contiene. En este caso, parafraseando a MacLuhan, la aldea para el intelectual es el mundo, en la medida en que su poder va más allá del plano de las ideas, cuando se sabe que accede a los círculos de la política y propone -en muchos casos en favor de sí mismo-, infiere en las decisiones que determinan el rumbo social, así romántica e ingenuamente se le pretenda ver marginado -y aquí hacemos mención al tipo de intelectual que desde lo alto es aplaudido por cierta audiencia-.

Una buena parte -en especial los que descreen de la política, del poder estatuido- decide que es mejor permanecer aislado y quizá por ello mueren en su propia angustia y amargura, desconocidos, con una obra que tal vez pudo haber sido emblemática antes de que ardiera en la poética de las hogueras, mientras los demás, los que en su momento pudo considerar de su totem (parentela), sueñan con la trascendencia en un mundo que los desconoce por

entero, quizá porque su actitud obliga, sin más, al olvido, mientras el videoclip entrega una escena difusa de nuestra propia condición.

\* \* \* \*

*El ojo intermitente/ Advenimientos: R de visita\**

---

\*Entrevista de Alberto Ospina Álvarez. *Página 12/ 15* de junio de 2002.

...Te busco  
en  
la ciudad de la infancia:  
En los cicatrizados mapas vegetales  
de sus árboles.  
En el parque,  
donde el vendedor de horóscopos  
se le murió el lorito que sabía de mi suerte.  
En la calle,  
donde a don Pedro le quitaron la esquina y las naranjas  
por orden del alcalde.  
En el domingo  
-hélices de papel despedazando el aire-...

Luis Fernando Mejía  
*Alquimia de los relojes Clausurados*

...y en mitad de la noche  
el aparato de televisión apagado  
como el ojo de un cíclope  
es el único testigo  
del llanto de tus muertos  
aún no acostumbrados  
al polvo  
y al inconfundible tono sepia  
de la eternidad.  
*Pequeña escena familiar*

Gustavo Colorado Grisales.  
*Rituales, 1992*

*Es difícil prefigurar lo que vendrá. Es más, podría ser un ejercicio inútil, como el de aquellas pitonisas que, acostumbradas a dirimir el destino del vecindario, desconocen el paradero de su gato desaparecido una noche de lluvia. Si difícil es asumir una lectura del hoy, con mayor razón señalar el espectro de un tiempo futuro. Estaríamos navegando al interior de una nave insegura, en una suerte de espacio contingente, nebuloso. Con todo, uno podría atreverse a denotar algunas rutas al interior de un mapa de posibilidades, entusiasmado quizá por el deseo o por aquello que rechazamos. Sin embargo, usted se encuentra de visita y queremos saber si trae noticias o el arribo a la ciudad lo impulsa a pretender un paneo, si es posible un diálogo en torno al ámbito en el que ha hecho una significativa labor, a través de propuestas narrativas muy personales. ¿Le insinúo temas?*

Me sentiría mejor y un poco más tranquilo. Tal vez me advierto pasajero acomodado en la nave a la que hiciste alusión y me parece que estamos atravesando una nebulosa en estos momentos. He presentido algo en la ciudad, un cierto aire enrarecido, un murmullo de voces que se atreven a romper el silencio, muy interesante y **me** parece que por allí podríamos iniciar el diálogo. Claro, un diálogo que desemboque en el hecho de la palabra, donde mejor me interno a divagar o a presumir consejas.

*Desde luego. Acaba de aludir a dos situaciones que deseo recalcar a través de su intervención. Por un lado, la imagen de ciudad, enrarecida, murmurante y por el otro, la palabra que pueda nombrarla, hacerla visible. Hace algunos meses leí un texto suyo sobre el destino de la literatura en Risaralda. Me pareció interesante la reflexión que hace en torno al significado del “agáchese”, las implicaciones de un mercado informal en las dinámicas del texto que circula.*

El “agáchese” es una una metáfora que nos compromete como ciudad y ciudadanos en los diálogos con la modernidad. Está bien que la palabra circula, que genera rutas y nadie podría anticipar cómo ella interviene los destinos individuales y colectivos. Vuelvo a una idea de Rodolfo Rabanal que siempre llevo en mi libreta de apuntes: la comunidad no le exige ni le pide al escritor que la haga presente en el texto, pero también es cierto que esa comunidad no puede pasarse sin ese texto, sin su representación. Sería mayor su penuria en cuanto a los símbolos que la hacen tangible en un despertar al mundo y su red de significados. Pero si agregamos que la comunidad ni siquiera respalda o reconoce la importancia de lo que el escritor hace de manera silenciosa y desinteresada, el asunto cobra otro cariz. Ya lo dilucidaba Todorov: sin rendir culto al texto escrito y sin desconocer las

manifestaciones de la vida cotidiana como propias de una realidad artística, susceptible de contener en sí misma un fuerte valor simbólico, los libros, enfatiza, son “los lugares privilegiados de la memoria”.

Y aquí resuelvo la metáfora del “agáchase”. Fruto de la informalidad y la tradición comercial que muchos le endilgan a Pereira, en contraposición a las dudosas virtudes humanísticas e intelectuales de otros complejos urbanos, el “agáchese” nació en pleno corazón de la galería central, es decir, el sitio por tradición del comercio informal y autorizado de la ciudad. Lo que empezó como la puesta a ras de piso de una serie de “objetos inútiles”, como los llamara el escritor Colorado Grisales, a propósito del interesante mercado que se genera en los sitios deprimidos, se fue convirtiendo poco a poco en librerías itinerantes, con horarios de atención para noctuidas y ebrios de madrugada. Con una alteración: los libros que allí se exhiben se adquieren a precios módicos y el lector atento accederá a la mayor circulación, de que se tenga noticia, de los libros publicados en el contexto regional. Y con un aditivo: la mayoría de esos libros no han conocido los ojos de lector alguno. Libros vírgenes, apenas atropellados por la intemperie y el polvo y la polución urbana, los escritores de la región parecieran no provocar el cuidado del colectivo, el mismo que se hace masa en las fiestas de la cosecha, en las manifestaciones públicas, en los carnavales del despecho, en los corredores de los centros de poder.

*Escuchándolo referir el menosprecio local por la palabra escrita, por el hecho de no comprender el alcance de preservar la memoria y nutrir nuestros imaginarios, ya sea en los planos de la ficción, la poética o el ensayo, se me dificulta eludir la figura de un personaje como Jaime Ochoa Ochoa y ese interés suyo por coleccionar y clasificar la memoria escrita de nuestra región. “El Basurero”, como él denomina su biblioteca particular, donde reposan cientos de obras de autores del Gran Caldas, ha sido alimentado, en especial, por las pesquisas e intrusiones que el profesor Ochoa realiza con frecuencia a ese “micro cosmos a ras de piso” y permítame que utilice la misma expresión con que usted lo designara.*

Fíjate el calificativo que el propio coleccionista le da a su biblioteca. Nada gratuito que la divisa haya nacido justamente como la síntesis y la simbolización de una tarea que él ha ejecutado de manera personal, con los riesgos que envuelve ser conocido y saldar pactos en los bajos fondos del mercado informal. De hecho habrá llegado a la desoladora conclusión

de que la memoria escrita para la ciudad tiene el mismo valor que cualquier producto desechable, fungible y entonces tendríamos que darle todo el crédito a Héctor Abad Faciolince, cuando se anticipa a crear un personaje novelista, Davanzati, quien arroja al *shut* de la basura todo lo que produce, convirtiendo la obra artística en desperdicio, en excremento, para que un lector figón y atrevido se deleite con “sobrados de un mediocre banquete”.

El profesor Ochoa es una variante del bombero Guy Montag, ese inolvidable personaje de *Fahrenheit 451*, empeñado en amparar la memoria escrita de la destrucción a la que han sido sometidas las bibliotecas del mundo, por parte de los Guardianes de la Felicidad, en la bella ficción de Bradbury. Un buen tema para ser estudiado: el sino de las bibliotecas particulares de la región. Humberto Senegal, poeta quindiano, habría comentado en varias ocasiones entre sus amigos cómo la biblioteca de su padre, Humberto Jaramillo, se esfumó en los mercados a ras de piso y en las librerías de segunda, que hoy proliferan en la ciudad. El escritor ha encontrado libros de su padre en las esquinas o tiendas improvisadas de las ciudades del viejo Caldas, a menudo en condiciones lamentables. Otra biblioteca interesante, la del abogado Jorge Roa Martínez. Por fortuna su familia la donó a la Universidad Tecnológica de Pereira, antes de que desapareciera en los mercados informales, según lo confesara uno de los miembros de la familia Drews. Me niego a imaginar la suerte que podría correr la biblioteca del profesor Ochoa, si una madrugada de prolongado insomnio y temeroso de concluir sus días a la manera del profesor Kien, esto es, incinerado en su propio universo libresco, según lo fabula Canetti en *Auto de fe*, nuestro reputado coleccionista resuelve desprenderse, para siempre, de su gran libro de arena.

La moraleja va más allá de las aprendidas en las fábulas de Pombo: sin memoria, es imposible edificar el porvenir, aventurar un destino. Silvio Villegas, el escritor grandilocuente, miembro activo de los desprestigiados “Grecocaldenses”, escribió en un periódico local del año 48 esta joya retórica, bajo el título *La torre de los panoramas*: “En cincuenta años Pereira ha recorrido un itinerario que otras ciudades no han cubierto en varios siglos. El futuro le reserva un destino comparable al de Buenos Aires o Santiago, las ciudades tentaculares de América”. No sabemos bien a qué tipo de destino se refería el avezado bardo, si al de la masificación, si al de la debacle económica, si al surgimiento de

grupos derechistas empeñados en desaparecer a los inconformes como sucediera en Chile, si a la persecución y el exilio forzoso a los que se vieron sujetos los intelectuales y la clase media argentina bajo el gobierno de Videla y otros militares, si a la existencia de conurbaciones que jamás podrán diluir el paisaje de los grandes cinturones de miseria, si a la ciudad de los inmigrantes, desprendidos de la tradición local y ajenos a cualquier compromiso que no limite con sus intereses. Pero nunca, presumo, el escritor avizoró la existencia de una ciudad exótica y distante a la construcción de una memoria que la resuelva oportuna y expresiva.

*Creo advertir, entre líneas, un problema que le preocupa, y con mucha razón: el carácter de recepción de nuestro patrimonio escriturario. La ciudad no sólo desecha y relega su memoria escrita, sino que además la ignora, no está en condiciones de dialogar con ella, por simple desconocimiento de la “antigua materia tratada”, de la que hablara el maestro Carlos Rincón, cuando denota el carácter intertextual contenido en todo texto de ficción. Sin recepción no hay interpretaciones y mucho menos revaloración de un estado de cosas y de una imagología que nos hemos empeñado en retener. De modo que el panorama desde el puente se me antoja poco halagador.*

El término “escriturario” me remite de entrada al mundo que reflexionara Ángel Rama, al empeñarse en revalorar los procesos literarios latinoamericanos. Recordarás que él se ocupa en identificar la “ciudad escrituraria” y la “ciudad letrada”, propia de los discursos, los edictos y los emplazamientos, sujetos a la monosémica autoridad española, al poder con mayúscula. La “ciudad escrituraria” habría empezado con los graffitis de protesta, hallados en las paredes de las minas. La escritura como contrarrespuesta a un orden, a una imposición de los signos, mediante los cuales el poder cobra cuerpo y se expande. Pero Rama entiende la “ciudad escrituraria” como parte de un proceso que definirá la permanencia de una “ciudad letrada”, en virtud de que esta última se apropia de la primera y la hace parte de la minoría, es decir, de quienes mantienen y controlan el orden.

Quiero asumir la “ciudad escrituraria” en un sentido más autónomo del hecho letrado en sí. Pretendo hablar de la escritura como un acto subversivo, no obsecuente con la imposición y la norma. Aquí cobran cuerpo los *lenguajes vivos* de las sociedades, los mismos que subyacen en los testimonios de los ciudadanos entrevistados por Colorado Grisales, en las

declaraciones de los seres urbanos imaginados por Girón Gaviria, en las alegorías de los alucinados presentidos por Verón Ospina o en la representación teatral y dramática de los drogos y festivos artistas creados por García Ramírez.

Es el hecho escritural como la representación de la complejidad del ser humano, ávido por comunicar y reflejar su mundo interior: viaje de Alicia a los terrenos profundos de las dudas y las certezas, antes de afrontar, como último reducto acaso, los terribles silencios beckettianos. Quien comunica espera un receptor. Al no hallarlo, el diálogo se empaña en el espejo de la vanidad y la autocontemplación, en una suerte de onanismo pueril y sintomático. De ahí que en nuestra ciudad reverberen los círculos cerrados en torno a ciertas figuras que atraen prosélitos, cuya misión, más allá de establecer el culto, pareciera ser la de oficiar el anuncio de la “genialidad” y la “brillantez” de sus maestros, agregando algunas variantes al ígneo territorio de la hipérbole criolla.

Aquí deseo detenerme: puesto que la recepción de nuestro legado escriturario es casi inexistente, las posibilidades de avanzar en la construcción de un corpus narrativo, poético y ensayístico devienen mínimas. ¿Para quién se escribe?, podría interrogar el novelista, el académico, el historiador, el flâneur, el poeta. ¿Para una ciudad que insiste en hacerse visible a través de consignas cada tanto modificadas por la administración oficial que sigue a la otra? ¿Para un porvenir incierto, cuando se presume que la ciudad se ensanchará, abrigando cinturones de miseria, como el resultado directo de un país en crisis, soportando una gran masa de desplazados y humillados? ¿Se escribe para sí mismo? Si esto último fuera cierto, estaríamos vaticinando la existencia de una ciudad estancada, desconectada con el mundo de afuera, indiferente a las exigencias de la crítica y la discusión, de espaldas a las realidades globales y multiculturales.

*¿Qué nos espera entonces? Recibo con preocupación su pesimismo. Quisiera pensar que habrá cambios positivos en estas materias, que nuestras autoridades tomarán cartas en el asunto, que las instituciones educativas forjarán en el espíritu de los jóvenes un acendramiento mayor por nuestro espacio. Déjeme creer que los jóvenes de hoy, algunos de los cuales están dedicados a las labores del arte y del estudio, transformarán el panorama, harán más visibles nuestras falencias e impulsarán los cambios, las actitudes. Porque todo pareciera apuntar a la necesidad de un cambio de actitud, de manera que ello genere nuevas acciones e indique derroteros a seguir.*

Quisiera ser tan optimista y créeme que me esfuerzo en ello. Mi querella toca estas coordenadas: estamos en mora de reevaluar el documento histórico, de hacerlo menos impositivo y convencional, de asumirlo desde otras perspectivas, sin permitir que la oficialidad se apodere de él y lo manipule. Ese documento deberá ser expuesto a la confrontación de las varias miradas, separando incluso los géneros que lo han hecho cierto, para medir los alcances de los relatos que circulan en él y su pertinencia en una reconfiguración que también deberá tocar, in extenso, los conceptos de espacio, de región y territorio. En vista de la globalización del mundo, me cuestiono, ¿es factible buscar sentido en la reflexión de “lo local” y la valoración de los “géneros híbridos”, en los términos establecidos por Clifford Geertz? ¿Resulta apropiado delimitar las fronteras de una historia local que ha intervenido los meandros historiográficos del Viejo Cartago, como lo discutiera el historiador Armando Martínez Garnica hace algunos días, al considerar inapropiado leer la historia como una suma de eventos, catalogados en el tiempo?

Estamos pendientes de vincular una pequeña tradición literaria a las exigencias de la modernidad, entendida como el espacio abierto al diálogo, a la experimentación, al crecimiento como ciudadanos y artistas. No podemos sólo ocuparnos en la obra de Albalucía Ángel, en virtud de la ausencia, al parecer, de nuevas voces literarias interesantes en nuestro propio contexto. ¿Reconoce la ciudad las propuestas narrativas de Ana María Jaramillo y Susana Henao Montoya o las búsquedas poéticas de Eduardo López Jaramillo o la propuesta plástica de Viviana Ángel, tan cercana a la imagen de un mundo apalabrado? ¿Conoce el estamento oficial el rumbo de las colecciones literarias que promueve? ¿Ninguna obra, de las publicadas en la tierra de Héctor Escobar Gutiérrez, merece un tiraje mayor a los quinientos o mil ejemplares? Siempre he visto con curiosidad el mundo informal de los intercambios de libros bajo las imposiciones de una transacción sui géneris. ¿Quiénes se esconden detrás de estos personajes que, amparados por la noche o el rumor diurno, hacen llegar los libros que se publican en la ciudad al “agáchese” más cercano, incluso cuando esos textos no han merecido un acto de presentación o contienen ellos las dedicatorias de los propios autores a personajes grises y poco elocuentes?

*He aquí un curioso tema para ser tratado en el campo de la ficción o de la glosa: la identidad de los “reducidores de libros”, sus rutas cotidianas, sus evocaciones. Así, estaríamos tropezando con la presencia de los seres urbanos y, en especial, la de los individuos anónimos, vagabundos e iconoclastas, sombras que deambulan y habitan una ciudad trazada por los miedos y las exclusiones, por los espacios que cobran lugar a través de los enmallados y la seguridad de ejércitos particulares, por la satanización de algunos sectores ligados al crimen y a la barbarie; es decir, ciudad extraña a ese eslogan de la “querendona, trasnochadora y morena”, que hemos perpetuado. ¿No haría esta atmósfera parte de la ciudad enrarecida y murmurante que mencionó en un principio?*

En efecto. Consideramos sobre la marcha la imagen de la ciudad espinosa, fragmentada, en permanente mudanza, abierta sí, pero bajo los efectos de un país en crisis. Por una parte, la ciudad ha generado la cultura del inmigrante. Y en ello la historia de la localidad pisa el escenario fundacional, para hacer eco de unas virtudes, traducidas en apertura, tolerancia, solidaridad, movilidad social, hospitalidad, expuestas hasta el agotamiento por Ángel Jaramillo, Ángel Ramírez y un número considerable de cronistas y quienes, desde otros saberes, hemos abonado al asunto. Por otro lado, la ciudad se siente obligada a recibir hordas de desplazados frente a los fenómenos de la violencia, a causa de la guerra fratricida de tantos grupos ilegales, contra un Estado débil y retórico, pero permisivo en corrupción y subordinado a los modelos capitalistas y neoliberales del norte. Aquí encuentro un móvil que me permitiré subrayar: la existencia, cada vez mayor, de las tribus de desbancados. Las esquinas y las callejuelas dejan escuchar los murmullos del rebusque: los Embera-Chamí piden, entre discursos borrosos y rítmicos, una limosna y un mendrugo de pan, mientras niños y adolescentes ofrecen golosinas y lapiceros en los vehículos de transporte público. Los monólogos de alucinados en los nichos de la cada vez más deprimida galería, se vinculan a la vocinglería de los payasos en la entrada de los almacenes y mercados de cadena. Los chocoanos se apoderan de algunos sectores y entronizan el gualí, la devoción por San Pacho, el sentido de la gran familia, el extrañamiento por el trabajo en las minas y la añoranza por el discurrir imperturbable del río San Juan, más una experiencia estética que discurre en *La minería del hambre*, de Aquiles Escalante y en *Las estrellas son negras*, de Arnoldo Palacios. Los campesinos de los diversos municipios de Risaralda

arriban a Pereira o Dosquebradas con la frustración de haber abandonado sus fincas, para apretujarse en casas liliputienses de interés social.

Las hordas existen, van in crescendo. Los desplazados buscan su acomodo, a la manera de los personajes que deambulan en la media luna onírica de Rulfo. No hay duda, los procesos interculturales enriquecen los imaginarios, las identidades urbanas. La ciudad se llenará de guetos y grupos con identidades proclives a la hibridación y en este sentido recojo la idea expuesta por Kapuścinski en *La raza cósmica en Estados Unidos*, a propósito de la constitución humana que soporta Los Ángeles, como la gran capital del mundo. Dice el escritor polaco que las ciudades permiten el arribo de los diversos grupos. Con ellos se asienta la memoria, la identidad comunitaria, la religión, los hábitos y las costumbres. La mezcla entre los grupos es inevitable. ¿Qué resultará de esta inminente Babel?, se interroga el escritor. Y él mismo ofrece una respuesta: la cultura mosaico, la cultura collage, que se asume desde los distintos diálogos de un mundo en movimiento. Aquí observo un destello de la ciudad futura, de la que ahora nos contiene.

*Que nos contiene y nos alerta. La complejidad quisiera interpretarla como posibilidad, apertura hacia otros sentidos, revaloración de unos presupuestos éticos y morales de la sociedad civil y de su clase dirigente. Nuestra aldea cósmica afrontará, con mayor riesgo, los problemas sociales, económicos y culturales de complejos urbanos tipo Cali, Medellín y Bogotá. El horizonte, con ser previsible, no augura buenos vientos, más bien condesciende al despeje de un maremágnum. Ello nos enfrenta a cambios de noción, a dejar atrás la idea de poblado simple y sencillo, a extender el canon de nuestras prescripciones culturales a otras que permitan la aceptación de lo distinto y lo foráneo. ¿Qué haría falta, si ya las hordas aumentan, si ya el malestar de ciertos grupos se hace palpable?*

Crece, crece la audiencia, lo predijo Zalamea. Pero sus voces, por lo menos en nuestra ciudad, aún no cobran cuerpo, aún desconocen la caricia de la palabra y su fuerza arrobadora. Y aquí prefiguro los motivos de nuestras búsquedas fictivas y los asuntos que podrían convocar las disciplinas de las mal llamadas ciencias blandas. La construcción de esas voces hará posible el reconocimiento de las diferencias que acabas de anotar, de la necesidad de un cambio de noción en nuestras prescripciones culturales. ¿Cómo nombrar la realidad de parias de las 1780 familias que componen la caravana de desplazados en Risaralda, según los datos estadísticos de la Red de Solidaridad? ¿Cómo dar cuerpo y figura,

en un sentido ético y humano, a las casi 9000 personas que forman esa gran familia, cansada, temerosa, amenazada, incrédula frente a un Estado que los enumera con sorna en los cuadros estadísticos?

La voz como un grito que nos aturde a todos. La voz que permitirá la realización en las diferencias, crecer, en medio de la multitud y de las minorías que no se quieren silenciosas. La actitud del escritor será la de abandonarse a la multitud –la idea es de Benjamin-, ser un paseante dispuesto a atrapar los hilos de los discursos, los signos de las transformaciones en la pérdida del aura, como lo supo Baudelaire en sus recorridos noctámbulos por los bulevares de París. Y abro de nuevo mi libreta de apuntes y me encuentro con los presupuestos estéticos y éticos del profundo novelista Juan Goytisolo. El autor de *Paisajes después de la batalla* abomina de los espacios seguros y asépticos, “despejados, limpios, simétricos”, de las ciudades establecidas por un orden que se impone con autoridad y que se vigila. En cambio, nos dice, prefiere el otro espacio de las voces, de los murmullos, del “caos callejero, transparencia brutal de las relaciones sociales, confusión de lo público y lo privado, desbordamiento insidioso de la mercancía, precariedad, improvisación, apretujamiento, lucha despiadada por la vida, medineo fecundo, imantación misteriosa”. Habla, por supuesto, de la ciudad de los inmigrantes, de los despojados, de los seres problema para el establecimiento. Aquí, supongo, podría fortalecer el narrador, el crítico, el historiador, nuestra “ciudad escrituraria”.

*Me sorprende con las cifras que cita en materia de desplazados en el departamento. Y allí, de hecho, no menciona el número de personas extranjeras que habitan la ciudad, el número de grupos que provienen de Cali y Medellín, dedicados, en algún rango, a actividades ilegales y tanta población flotante que hace sus propios recorridos en una ciudad que deja escapar, asiduamente, el grito de las transacciones comerciales. Quiero decir que la voz que reclama es variopinta, compleja en su constitución cultural, interesante en un mundo que se mueve, al decir de Calvino.*

Este es en realidad el tópico que más me atrae al intentar una luz hacia la ciudad futura y, por extensión, rumbo a la “ciudad escrituraria”, que deberá hacerse visible en el corpus del documento histórico revaluado, en el registro periodístico inmerso en una realidad que se intenta comprender en su bordado polifónico y en el Texto escrito a varias manos, en tanto

plexo de una memoria compartida. Los temas y los problemas están allí, a la busca de un memorialista. Por lo tanto, urge la construcción de un discurso que lea e interprete la ciudad desde el conocimiento cultural y social de los guetos extranjeros aquí radicados, desde la profundización en los imaginarios que traen consigo las hordas de desplazados, para interrogarse por las inevitables mezclas y fusiones con los otros imaginarios que la misma ciudad viene propiciando desde tiempos fundacionales.

Me parece que en esta línea el trabajo sociológico de Alfredo Molano y el de Alonso Salazar en *Mujeres de fuego* se convierten en referencias obligadas. Y los temas bullen porque la ciudad hace lo propio: ¿qué hay del universo mágico realista de las sociedades emergentes? ¿Qué cambios actúan en los pereiranos que día a día abandonan su ciudad para radicarse de manera temporal o permanente en España, Estados Unidos o Japón, donde les corresponde hacer, en buena medida, oficios que bien podrían alimentar la lista de los que Cortázar recrea en su libro *Historias de cronopios y de famas*? ¿No sería esta una forma de ampliar los límites culturales de nuestra propia geografía? Pereira alimenta cierta imagen frente al país por situaciones espinosas como la “trata de blancas” y las suicidas rutas de las “mulas”. Aquí la ciudad también cobra sentido, amplía su horizonte, más allá de sus logros materiales y arquitectónicos, de sus nuevos puentes o sus posibles rutas de transmilenio.

La crónica de Gustavo Colorado Grisales, “Los japoneses las prefieren jóvenes”, abre la veta hacia la exploración de un mundo subterráneo, clandestino, que ha colonizado terrenos al interior de una ciudad dialógica, múltiple en sus máscaras y que se enfrenta, además, a la ampliación o restricción de una mirada oficial, de la clase política frente al calificativo de “ciudad sin puertas”, lo cual permite el arribo indiscriminado de grupos y que le hizo anunciar a Cuartas Gaviria, a finales de los setenta: “recibimos una avalancha de inmigrantes de todas las condiciones, más malos que buenos”, denunciando con preocupación de “hombre cívico” que su ciudad se llenaba de “indeseables”. ¿Qué rostro maquillará la apertura para las próximas décadas? ¿Qué tipo de cartilla ciudadana estaríamos obligados a ejecutar?

*Siguiendo la línea de su reflexión, encuentro muy interesante la temática de Ópera prima. Altamira 2001, del escritor Ómar García Ramírez. Allí surge con recelo la ciudad de los desplazados, de los alucinados y los vagabundos. Una mirada, en todo*

*caso, mediada por la sordidez y la mordacidad del voyeur, picado por los hongos de la desidia y la entrega a los desafueros. Me gustaría compartir con los posibles lectores de este diálogo, un fragmento de la novela del escritor pereirano: <<El incendio de la ciudad, un incendio a fuego lento, casi imperceptible... Ahí en el centro de la ciudad, al lado de las galerías de mercado, pululan almas que luchan a diario por una vida, dentro de los laberintos de un infierno urbano; entonces pude evocar los colores de la tabla derecha del “Jardín de las Delicias”, que simbolizan la cruel estancia, junto a las beatíficas “Tentaciones de San Antonio”, en la célebre “pintura del madroño” del museo del Prado>>.*

Una novela muy atractiva, por cierto. Y agradezco que la hayas puesto sobre la mesa, un poco para dar cierre a nuestro diálogo. Digo atractiva en cuanto a las sospechas que la obra despierta. Estimo conveniente empezar por la fecha de publicación. Ganadora del Concurso Anual de Novela “Aniversario Ciudad de Pereira”, versión 2001, la obra del escritor y pintor García, se ofrece al público un año después de que otro pereirano, Fernando Romero Loaiza, hubiese atinado en el mismo certamen con su texto *Me has salvado de mí*. Este último indaga sobre la vida de los estudiantes universitarios, de las desapariciones forzadas y establece las cataduras de una localidad que se conecta, vía fibra óptica, a las ofertas de un mundo massmediado y sujeto a las reglas infligidas por la globalización. Con timidez, las temáticas y pulsiones de la “aldea global” empiezan a preocupar a nuestros narradores. Pero volvamos a la inquietud inicial: *Ópera prima. Altamira 2001*, da la bienvenida a un nuevo milenio. El fragmento que acabas de leer me sugiere la proximidad de una metáfora: el incendio, el derrumbe de la ciudad hasta entonces imaginada, y no propiamente un derrumbe por causas telúricas, a las que estamos predestinados. Se trata del cambio de noción, del llamado a nuevas percepciones sobre el contexto, de una demanda por ampliar el canon de un ejercicio escritural.

García Ramírez es atrevido en su juego fictivo. Se lanza a recorrer la ciudad presente, a desenmascarar, a su modo, las percepciones que la ciudad imbrica. Prefiere desnudar su piel nocturna, observarla a través del estereoscopio del alucinado, del individuo apátrida acostumbrado a “meter” “canutillos”, “ganya”, “enervantes psicodélicos”, “porros descomunales”, “ayahuasca”, “datadura”, “hongos luminosos”, “porros de achís y absenta”, “raíces mágicas y frutos prohibidos”. La Pereira que el artista hace plástica –de ahí la referencia constante a momentos cruciales de la pintura universal-, bien podría formar parte

de una versión del *Jardín de las delicias* o de *La nave de los locos*, con rudimentos cosechados en el ámbito municipal: los colores y los objetos decorativos de las boutiques ubicadas en los centros comerciales, producto de una sociedad emergente que encontró en el *kitsch*, en el mal gusto, su propia lingüística. Las tabernas y los cafés, tipo *Jardín de Freud*, donde se escucha el parloteo perenne de los artistas e intelectuales decadentes, próximos al olvido de una ciudad que no esconde, para el “lumpenesco parnaso”, como lo nombra el autor, la burla, la sardonía y el batiburrillo.

Y a este color local, se suma la ciudad de los desplazados y los vagabundos, en medio de aquellos seres que regresan de Europa a su provincia, imbuidos por un cosmopolitismo de segunda, pero que se saben inermes frente a nuestras mujeres y doncellas, “pecaminoso fruto del crisol de razas del eje cafetero colombiano”, apunta con desenfado el narrador. Observo la novela de García Ramírez como una osada propuesta en la que impera el tono irónico, el desparpajo, el pastiche como una inclinación narrativa y la aventura con un lenguaje que se aproxima a la plasticidad del hecho pictórico, como ya él lo había insinuado en su libro anterior, *Urbana geografía fraterna*. La construcción de escenarios lo acerca al mundo onírico y surreal de las ensoñaciones personales, logradas mediante el uso de sustancias sicoactivas y de esta forma el lector accede a la imagen de otra ciudad: la de “ultratumba”, la ciudad de los “narcos”, del egoísmo y la soledad, de la violencia callejera y la presencia de los “escuadrones de la muerte”, en una suerte de “Laberinto de Piranesi”. El escritor, por supuesto, deja al garete esa marca cultural que nos define en pleno centro de la Plaza de Bolívar: “Aquí no hay forasteros, todos somos pereiranos”.

*Hablamos, pues, de una ciudad compleja, con la presencia de otros actores urbanos, con la apertura hacia otras formas de narrar, un tanto más audaces, aunque, imagino, deberá tener algunas prevenciones con la obra en sí, pues, considero que ella presenta serias inconsistencias, momentos de inabordable lectura.*

Exacto. Aunque vayamos por partes. La nuestra es una literatura solemne, acartonada, bastante seria, propensa a la melancolía, características que resaltan además en el contexto de la literatura colombiana, atendiendo a las visiones críticas de Moreno-Durán, Espinosa o el mismo Fernando Vallejo. En nuestro contexto resalta la construcción de la novela romántica tardía, como *Rosas de Francia*, de Alfonso Mejía Robledo; la novela de factura

costumbrista tipo *El río corre hacia atrás* de Baena Hoyos o *Un campesino sin regreso*, de Euclides Jaramillo, en las que se hace apología de unas virtudes de raza y de gesta, agotadas en los discursos de Parsons y Morales Benítez. La novela de la iniciación, del personaje plano, como en *Cocli, cocli el que lo vi lo vi* de Martín Abad Abad o en *Para saber quién soy*, de Hugo López Martínez. La obra de García Ramírez rompe un poco los esquemas anteriores a ella y se atreve a construir un mundo distinto, que termina, al fin de cuentas, en una intoxicación grupal, -tomada de un cuadro de Bruguel, esperpéntica-, a raíz del consumo de una torta casera, preparada mediante una extraña receta de “mixture de hierbas”.

Hasta aquí las bondades de la obra. Ahora quiero atreverme a pensar, en voz alta, sobre las debilidades de una novela que, en buena parte de sus capítulos, se presenta deshilvanada, incoherente y mal escrita. *Ópera prima. Altamira 2001* es una novela descuidada, tanto en el trabajo artesanal del escritor, como en la edición de los materiales. Y me asalta una sospecha: el autor desconoce las improntas culturales de la ciudad que lo acogió como inmigrante. ¿Cómo interpretar el hecho de que en dos ocasiones, el novelista García se refiera a Pereira como la “ciudad de las puertas abiertas”? Antes yo había hecho referencia a la cultura del inmigrante, a su egoísmo. En *Ópera prima* vislumbro el desapego, el desconocimiento o desinterés de los nuevos actores culturales por las improntas que la ciudad ha impuesto. Será el lector el encargado de medir los alcances de esta situación.

Si bien la novela abre las puertas a un nuevo milenio y se apresura a insinuar tópicos distintos, en la ruta de los abiertos por Chaparro Madieto con *Opio en las nubes*, por Efraím Medina con *Técnicas de masturbación entre Batman y Robin* o por Mario Mendoza con *Scorpio City*, ¿cómo deberá asumir el lector esta propuesta narrativa en el plano de una breve tradición que ha conseguido un importante lugar con las obras de Albalucía Ángel, Eduardo López y Ana María Jaramillo? ¿Se podría pensar en un retroceso en materia de cuidado estilístico y expresivo, o en la necesidad de ajustarse a unos tiempos frívolos y ligeros, bajo esa terrible consigna del “todo vale”, de la atmósfera *cool*, que nos invita a explorar la vida como si ella obedeciera a los esquemas del videoclip? Estas inquietudes quiero dejarlas abiertas, sin respuestas. Prefiero esperar el diálogo con otro posible lector. Desembocamos de nuevo, eso sí, al problema de la “ciudad escrituraria”, cómo la

anhelamos, cómo la fortaleceremos en el futuro, qué hacer con un texto escrito a varias manos, pero sin recepción, sin lectores.

“En cuanto a mis escritos –dice García Ramírez en su desvarío al interior de una Altamira de cemento, de una obra teatral que se esfumó en la hierba-, tan sólo son las crónicas caleidoscópicas de un gesto, que bien quisiera fuese Gesta”.

Ojalá el humor nos siga acompañando, de manera que podamos sumar, desde el plexo de la escritura en su variedad de géneros, a la construcción de una ciudad que se deja leer en sus páginas de vuelta, en sus versiones encontradas, en sus yerros nutridos por nuestra mirada romántica del devenir histórico, en esos diálogos que circulan, a la luz de una mirada que nos regresa, acaso de manera inevitable, a los límites de una edad que se hace tiempo, al interior de un cuadro donde se impone la ciudad como tela de fondo, y esa imagen nos hiere con sus colores mezclados en los pliegues de la ensoñación y la memoria.

## *Bibliografia*

## Bibliografía especializada

- Álvarez de los Ríos, Miguel. *22 personajes. Apuntes para una futura geografía humana de Risaralda*. Pereira: Fondo Editorial Gobernación de Risaralda, 1994.
- Alape, Arturo. *El Bogotazo. Memorias de olvido*. Bogotá: Editorial Pluma, 1983.
- Ángel Jaramillo, Hugo. *Pereira: proceso histórico de un grupo étnico colombiano*. 2 tomos. Pereira: Gráficas Olímpica, 1983.
- . *La gesta cívica de Pereira-S.M.P.*-Pereira: Editorial Papiro, 1994.
- . *Pereira, espíritu de libertad*. Pereira: Colección Literaria Fondo Mixto para la Cultura y las Artes de Risaralda, Vol. 12, 1995.
- Arango Gaviria, Óscar. *Pereira, años 80*. Pereira: Ediciones/Funderalda, 1989.
- . *Pereira años 90's*. Pereira: Facultad de Ciencias Ambientales UTP/Agencia Alemana al Desarrollo GTZ, 2000.
- Bello, Martha Nubia. *Desplazamiento forzado y reconstrucción de identidades*. Premio Nacional de Ensayo Académico “Alberto Lleras Camargo”. Santafé de Bogotá: Icfes, 2001.
- Benjamin, Walter. *Poesía y capitalismo. Iluminaciones II*. Madrid: Taurus, 1988.
- Bravo Molina, Carlos Ramiro, Guarín Medina, Gustavo y Velásquez Garzón, Juan. *Gestión política del Concejo de Pereira a través de la historia 1867-1998*. Pereira: Postergraph, Concejo de Pereira, 1998.
- Caicedo de Cajigas, Cecilia. *Literatura risaraldense*. Pereira: Corporación Biblioteca Pública/Colección de Escritores Pereiranos, Vol. 6, 1988.
- . *Patrimonio Bibliográfico de Risaralda*. Pereira: Colección Literaria Fondo Mixto para la Cultura y las Artes de Risaralda, Vol. 2, 1995.
- Camargo Martínez, Zahyra y Uribe Vélez, Graciela. *Narradoras del Gran Caldas Colombia*, Armenia: Universidad del Quindío, 1998.
- Carpentier, Alejo. *Tientos y diferencias*. Montevideo: Arca, 1967.
- Castiblanco, Amanda, Bedoya, Olga Lucía, Maldonado, Fernando, Zuluaga, Víctor y otros. Asesoría académica y prólogo de Armando Silva. *Imaginario femenino. Pereira y su evocación de mujer*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo/Universidad Tecnológica de Pereira, 1999.
- Castro Carvajal, Beatriz (Editora). *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Santafé de Bogotá: Norma, 1996.
- Cieza de León, Pedro. *La crónica del Perú*. Madrid: Historia 16, 1985.
- Colmenares, Germán. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre historiografía hispanoamericana del siglo XIX*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores/Universidad del Valle, 1997.
- D'a Pena, Alberto. *Protagonistas del arte en Risaralda*. Tomo I. Pereira: Print laser, 1994.
- Jiménez, Carlos Alberto. *Juego y Cultura*. Pereira: Colección de Escritores de Risaralda, Vol. 18, 1994.
- De Humboldt, Alejandro. “Cartas de viaje. De Cartagena a Quito.-El paso del Quindío”. En: *Viajeros extranjeros por Colombia*. José Luis Díaz Granados (Compilador). Santafé de Bogotá: Presidencia de la República, 1997.
- Deas, Malcom. *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Santafé de Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1993.

Echeverri Uribe, Carlos. *Apuntes para la historia de Pereira*. Medellín: Felix de Bedout e hijos, 1921.

La Academia Pereirana de Historia, publicó en febrero de 2002 la tercera edición de esta obra, en la Colección Clásicos Pereiranos, No. 1, bajo el cuidado editorial del profesor e investigador Jaime Ochoa Ochoa.

Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz, 1974.

García, Antonio. *Geografía económica de Caldas(1936)*. Archivo de la Economía Nacional. Bogotá: Banco de la República, 1978.

Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa, 2000.

———. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós, 1989.

———. *Conocimiento local. Ensayo sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós, 1994.

Gil Montoya, Rigoberto: *Nido de cóndores: aspectos de la vida de Pereira en los años veinte*. Una mirada cultural. Premios departamentales de historia, 1998. Santafé de Bogotá: Ministerio de Cultura, 2002.

Goytisolo, Juan. *Coto vedado*. Madrid: Mondadori, 1995.

Hettner, Alfred. *Viajes por los Andes colombianos (1882-1884)*. Bogotá: Archivo de la Economía Nacional, Banco de la República, 1976.

Jaramillo Uribe, Jaime. *Historia de Pereira. 1863-1963*. Bogotá: Club Rotario de Pereira/Librería Voluntad, 1963.

Loaiza Cano, Gilberto. *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura (Colombia, 1898-1924)*. Santafé de Bogotá: Colcultura, 1995.

López Gómez, Adel. *ABC de la literatura del Gran Caldas*. Armenia: Universidad del Quindío, 1997.

Maldonado Delgado, Fernando, Zuluaga Gómez, Víctor y Gil Montoya, Rigoberto. *Valores pereiranos. Pereira: Frontera y cruce de caminos* Trabajo hipertextual presentado en formato de cd-rom. Pereira: Fundación Vida y Futuro/Forec, 2000.

Mejía Duque, Jaime. *Literatura y realidad*. Medellín: Editorial Oveja Negra, 1969.

Monsiváis, Carlos. *Escenas de pudor y liviandad*. México: Grijalbo, 1996.

———. *Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*. Barcelona: Anagrama/Colección Argumentos, 2000.

Montoya Velásquez, Jorge. *Pereira en marcha. 1863-1953*. Pereira: Tipografía Bodha, 1953.

Narváez, Ancízar. *El pasado inconcluso. Modernidad y Postmodernidad*. La oferta cultural en el Área Metropolitana, Pereira-Dosquebradas. Pereira: Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de Risaralda, 1996.

Parsons, James J. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Bogotá: Banco de la República. Archivo de la Economía Nacional, 1961.

Piglia, Ricardo. *Crítica y ficción*. Barcelona: Anagrama, 2001.

Pírez, Pedro, Olea Óscar, Peñalva, Susana y otros. *Grandes metrópolis de América Latina*. Autores varios. México: Fondo de Cultura Económica/Fundação Memorial da América Latina, 1993.

Plata Caviedes, Juan José. *Mujeres migrantes y emancipación social. Una mirada transcultural*. Premio Nacional de Ensayo Académico “Alberto Lleras Camargo”. Santafé de Bogotá: Icfes, 2001.

- Potter Hamilton, John. *Viajes por el interior de las provincias de Colombia*. Biblioteca V Centenario Colcultura. Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1995.
- Rama, Ángel. *La crítica de la cultura en América Latina*. Barcelona: Biblioteca Ayacucho, No. 119, 1985.
- Rincón, Carlos. *García Márquez, Howthorne, Shakespeare, De La vega & Co. Unltd*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1999.
- Sánchez Arenas, Ricardo. *Pereira 1875-1935*. Manizales: Casa editorial y Talleres gráficos Arturo Zapata, 1937.
- La Academia Pereirana de Historia reedita este libro en febrero de 2002, en su Colección Clásicos Pereiranos, No. 2, bajo el cuidado editorial del profesor e investigador Jaime Ochoa Ochoa.
- Santa, Eduardo. *Arrieros y fundadores. Aspectos de la colonización antioqueña*. Bogotá: Cosmos, 1961.
- Santander Arias, Jorge. *El juicio particular*. Ensayos. Manizales: Biblioteca de Autores Caldenses/Imprenta Departamental de Caldas, Vol. 5, 1960.
- Serret, Félix. *Viaje a Colombia 1911-1912*. Biblioteca V Centenario Colcultura. Viajeros por Colombia. Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1994.
- Stuart Cochrane, Charles. *Viajes por Colombia 1823 Y 1824. Diario de mi residencia en Colombia*. Santafé de Bogotá: Banco de la República, 1994.
- Tirado Mejía, Álvaro. *Introducción a la historia económica de Colombia*. Medellín: Editorial La Carreta, 1976.
- Todorov, Tzvetan. *El hombre desplazado*. Madrid: Taurus, 1998.
- Upegui Benítez, Alberto, Marín Ocampo, Pedro J., Buriticá Hernando y otros. *Monografía de Pereira*. Medellín: Hemisferio, No. 31, 1960.
- Uribe Uribe, Fernando. *Historia de una ciudad. Pereira* (Con motivo del primer centenario). Bogotá: Kelly, 1963.
- Valencia Goelkel, Hernando. *Oficio crítico*. Santafé de Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997.
- Valencia Llano, Albeiro y Vélez Correa, Roberto. *Bernardo Arias Trujillo. El intelectual. El escritor*. Manizales: Universidad de Caldas, 1997.
- Verón, Alberto, Sarmiento, Juan Manuel y Osorio, Jorge Enrique. *Risaralda. Nuestro patrimonio. Inventario del patrimonio arquitectónico del Risaralda*. Pereira: I.P.A.R, 1998.
- Victoria, Carlos Alfonso y Mesa Mejía, Bernardo (Compiladores). *Crisis cultural: signos y alternativas. Memorias de un Foro*. Colección Ventana al Nuevo Milenio. Gobernación de Risaralda, 1994.
- Zavala, Lauro. *La precisión de la incertidumbre: posmodernidad, vida cotidiana y escritura*. Universidad Autónoma del Estado de México, 1998.
- Zuluaga Gómez, Víctor y Granada Echeverri, Patricia. *Génesis de un mito. La pereirana*. Pereira: Gráficas Buda, 1999.

## Literatura y periodismo

- Abad Facioline, Héctor. *Basura*. Madrid: Lengua de Trapo, 2000.

Álvarez Ríos, Juan Guillermo. *Las espirales de septiembre*. Colección de Escritores de Risarlada, Vol. 11. Pereira: Gráficas Olímpica, 1992.

Álvarez Villegas, Hernán. *Camelania Escaluficia o vicisitudes de una vida*. Pereira: Colección Literaria Fondo Mixto para la Cultura y las Artes de Risarlada, Vol. 29, 1997.

Andrión de Mejía Robledo, Rita. *Mis recuerdos de colegio*. Pereira: Editorial Panoramas, 1938.

Ángel, Albalucía. *Girasoles en invierno*. Bogotá: Editorial Linotipia Bolívar, 1970. Carátula de Luis Caballero.

———. *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. Novela. Bogotá: Colcultura, 1975.

———. *Oh gloria inmarcesible!*. Cuentos. Bogotá: Colcultura, 1979.

Arango, Gustavo. *Un ramo de nomeolvides Gabriel García Márquez en El Universal*. Santafé de Bogotá: El Universal, 1995.

Arango Villegas, Rafael. *Obras completas*. Con prólogo de Adel López Gómez y dibujos de Alberto Arango Uribe. Medellín: Ediciones Togilber/Bedout, 1961.

Arango, Gonzalo. *Obra negra*. Contiene prosas para leer en la silla eléctrica y otras sillas. Santafé de Bogotá: Plaza y Janés, 1993.

Arias Trujillo, Bernardo. *Risaralda*. Medellín: Ediciones Académicas Rafael Montoya y Montoya, 1960.

Baena Hoyos, Benjamín. *El río corre hacia atrás*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1980.

Borges, Jorge Luis. *Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé, 1974.

Bradbury, Ray. *Fahrenheit 451*. Barcelona: Biblioteca de Ciencia Ficción, Vol. 8, Orbis, 1985.

Bustamante, Víctor. *Luis Tejada. Una crónica para el cronista*. Medellín: Editorial Babel, 1994.

Canetti, Elías. *Auto de fe*. Bogotá: Círculo de lectores, 1982.

Colorado Grisales, Gustavo. *El último verano de Tonny Manero. Relatos*. Medellín: Arca Perdida/Lealón, 1992.

———. *Rituales*. Poemas. Medellín: Arca Perdida/Lealón, 1992.

———. *Rosas para rubias de neón*. Colección Literatura y Juventud, Volumen 2. Pereira: Litografía Prenóbel, 1997.

———. *No disparen, soy sólo el cronista*. Pereira: Comfamiliar Risarlada, 1999.

García Ramírez, Ómar. *Urbana geografía fraterna*. Pereira: Colección de Escritores Pereiranos, Vol. 14/ Fondo Editorial de la Gobernación de Risarlada, 1997.

———. *Ópera prima. Altamira 2001*. Premio XVIII Concurso Anual de Novela “Aniversario Ciudad de Pereira”. Pereira: Gráficas Olímpica, 2001.

Gil Jaramillo, Lino. *El hombre y su máscara*. Cali: Editorial El Gato, 1952.

Girón Gaviria, Silvio. *Órbitas vacías*. Cuentos. Cali: Polycolor, 1966.

———. *Los rostros sin nombre*. Novela. Cali, 1980. s.p.i.

———. *La ninfa de los parques*. Cuentos. Pereira: Fondo Editorial Gobernación de Risarlada, 1987.

———. *Seis cuentos pereiranos*. Pereira: Imprimiendo Ltda., 1992.

González Mejía, Luis Carlos. *Retocando imágenes: 33 crónicas del Pereira antiguo*. Pereira: Fondo Editorial Gobernación de Risarlada, segunda edición, 1984.

- Henao Betancur, Luis Jairo. *La pubertad del semáforo*. Pereira: Colección Literaria Fondo de Empleados Universidad Libre, Vol. 4, 2002.
- Jaramillo Arango, Euclides. *Un campesino sin regreso*. Medellín: Bedout, 1959. Segunda edición.
- . *Dos centavitos de poesía*. Armenia: Quingráficas, 1972.
- . *El destino anda en contravía*. Manizales: Talleres de Editoriales Alfa & Orsa, 1970.
- . *Terror!!!(Guiones)*. *Crónicas del viejo Pereira, que era el nuevo*. Armenia: Cosmográfica, 1984.
- López Jaramillo, Eduardo. *Hay en tus ojos realidad*. Pereira, UNE: Gráficas Olímpica, 1987.
- López Martínez, Hugo. *Para saber quién soy*. Pereira: XII Concurso de Novela “Aniversario Ciudad de Pereira”/Gráficas Olímpica, 1995.
- . *Esta cuadro es mía*. Pereira: Colección de Escritores de Risaralda, No. 20, 1996.
- Mejía, Luis Fernando. *Resurrección de los juguetes. Poemas*. Manizales: Biblioteca de Autores Caldenses, Vol. 20, 1964.
- . *Alquimia de los relojes clausurados*. s.p.i.
- Mejía Robledo, Alfonso. *Rosas de Francia*. París: Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, 1926. Segunda edición: Pereira: Editorial Panoramas, 1937.
- . *Mater dolorosa* (Poesías). Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia. S.f.i.
- Mejía, Sixto. *Mi senaturía y otros cuentos*. Manizales: Editorial Arturo Zapata, 1944.
- Romero Loaiza, Fernando. *Me has salvado de mí*. Pereira: XVII Concurso Anual de Novela “Aniversario Ciudad de Pereira”/ Postergraph, 2000.
- Sánchez Arbeláez, Julio Enrique. *La saga del popular*. Medellín: Editorial Lealón, 1989.
- Sims, Norman (Selección y prólogo). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Santafé de Bogotá: El Áncora Editores, 1996.
- Tejada, Luis. *Gotas de Tinta*. Bogotá: Medellín: Biblioteca Básica Colombiana/Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1977.
- . *Mesa de redacción*. Medellín: Universidad de Antioquia/Biblioteca Piloto, 1989.
- Vallejo Mejía, Maryluz. *La crónica en Colombia. Medio siglo de Oro*. Santafé de Bogotá: Biblioteca Familiar Presidencia de la República, 1997.
- Verón Ospina, Alberto. *Paisaje urbano de un siglo que amanece*. Poemas. Pereira: Instituto de Cultura de Pereira/Colección de Escritores Pereiranos, Vol. 17, 2000.
- Yagarí, Luis. *Jornadas. Crónicas de Luis Yagarí*. Manizales: Biblioteca de Autores Caldenses, Vol. 42, Segunda época/Imprenta Departamental, 1974.
- Zalamea, Jorge. *El sueño de las escalinatas*. Bogotá: Colcultura, 1976.

## Documentos y artículos

- Álvarez de los Ríos, Miguel. *Humana fundación* (Copia mecanografiada), forma parte del volumen inédito, compilado en *Historia de Pereira*. Concurso Centenario de Pereira. Agosto 30 de 1963. Centro de Documentación de Risaralda, Banco de la República.
- Andrade, Asdrúbal. “Una semblanza de Silvio Girón Gaviria”. *Revista Pereira Cultural* No.14, Pereira: septiembre de 2001, p. 95-101.

Ángel, Albalucía. *Encuentros*. “De vuelta del silencio”. Conferencia. New York: Banco Interamericano de Desarrollo, BID, Centro Cultural, abril de 1998. No. 24.

Amorós, Andrés. “Novela Rosa”. En: *Literatura popular. Conceptos, argumentos y temas*. Autores varios. *Anthropos*, Revista de documentación científica de la cultura, No. 166/167, mayo-agosto de 1995, p.123-124.

Arango, Gonzalo. “Un collar de perlas para Pereira”. *Dominical de La Tarde*, No. 660, Pereira, 26 de enero de 1997, p.6-8.

Arango, Óscar y Corredor, Ricardo. “Villegas y la reconstrucción. Modelo para armar”. Entrevista en tres entregas. Periódico Ejemplar. Viva la Ciudadanía. Año 2, No. 11. Eje Cafetero, enero de 2000.

Bravo Molina, Carlos Ramiro. “Vida y obra del escritor Hugo Ángel Jaramillo”. *Revista de Ciencias Humanas*, Año 8, No. 28, junio de 2001. Universidad Tecnológica de Pereira.p.104-112.

Cardona Arcila, Néstor (CAN). Editorial. Periódico El Fuede, No. 926. Pereira, 24 de agosto de 1963.

Concurso *Historia de Pereira* con motivo del Primer Centenario de la ciudad. Pereira, 1963. Crónicas inéditas. Varios autores. Textos encuadernados. Donados por Alonso Gaviria Paredes al Área Cultural del Banco de la República, 1990.

Colorado Grisales, Gustavo y Verón Ospina, Alberto. *Señales para encontrar la ciudad*. Periódico Diario del Otún. Separata Las Artes. Pereira, 1992-1994.

Correa Echeverri, Lucía. “Alba Lucía Ángel. De su fértil errancia por todo el viejo continente”. Periódico La Tarde, 16 de enero de 1980.

Cuartas Gaviria, Rafael. “El pueblo de ayer, la ciudad de hoy”. Periódico La Tarde, Pereira, 1977.

Drews de Botero, Edith. *Mi familia* (Memorias inéditas). Pereira, 1998.

García Márquez, Gabriel. “Proclama. Por un país al alcance de los niños”. En: *Colombia: al filo de la oportunidad*. Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo. Santafé de Bogotá: Magisterio, 1997.

Gil Jaramillo, Lino. “Simpatía más civismo: igual Pereira”. *Diario El Pacífico*, Pereira, 30 de agosto de 1963.

Gil Montoya, Rigoberto. “Infancia recuperada en la poética de Albalucía Ángel”. *Revista de Ciencias Humanas de la Universidad Tecnológica de Pereira*, Año7, No. 23, marzo de 2000. p.50-60.

———. “El ‘agáchese’. Microcosmos a ras de piso o el destino de la literatura en Risaralda”. *Revista Mefisto de literatura y arte latinoamericano*, No. 9. Segunda época, año 2001.

González, Luis Carlos. “Maldita sea la ciudad” (Bambuco). Texto tomado de la columna Isla Negra, del periodista César Augusto López Arias. Periódico La Tarde, Pereira, 21 de julio de 1978.

Henoa Betancur, Luis Jairo. “La situación del escritor pereirano”. En: *Crisis Cultural: signos y alternativas. Memorias de un Foro*. Carlos Alfonso Victoria y Bernardo Mesa Mejía (Compiladores). Pereira: Gobernación de Risaralda, Colección Ventana al Nuevo Milenio, 1994, p. 55-58.

Herrera, Liliana. “Pereira o la corporalidad”. *Revista de Ciencias Humanas*, No. 1, 1994. Universidad Tecnológica de Pereira, p. 11-18.

- Jiménez, Gilma. “¡Escriba, carajo!, le decían!”. Entrevista a Albalucía Ángel publicada en el Periódico El Pueblo, Cali, 13 de junio de 1976.
- Kapuscinski, Ryszard. “La raza cósmica en Estados Unidos”. En: *Fin de siglo. Grandes pensadores hacen reflexiones sobre nuestro tiempo*. México: MacGraw-Hill, 1996.
- López Pulecio, Óscar. “La pájara pinta”. Un libro de violencia. Magazín Dominical de El Espectador, Bogotá, 21 de diciembre de 1975.
- Lleras, Alberto. “La provincia perdida”. En: *Obras selectas*. Tomo IV. Bogotá: Presidencia de la República, 1987.
- Martínez, Tomás Eloy. “La batalla de las versiones narrativas”. Santafé de Bogotá: Boletín Cultural y Bibliográfico, Banco de la República, No. 8, Vol. XXIII, 1986.
- . Prólogo al libro *Nada es mentira. Crónicas y otros textos*, del escritor colombiano Heriberto Fiorillo. Santafé de Bogotá: Espasa-Planeta, 2000.
- Martínez Garnica, Armando. “Las antigüedades en perspectiva histórica”. Conferencia dictada el 18 de abril de 2002, Área Cultural del Banco de la República, Pereira (inédita).
- Mejía, Sixto. “Londres”. Periódico El Día, Año I, No. 78, Pereira, 17 de mayo de 1922.
- Monsiváis, Carlos. “Ídolos populares y literatura en América Latina”. Boletín Cultural y Bibliográfico, Vol. XXI, No. 1, Bogotá: Banco de la República, 1984.
- Ochoa Ochoa, Jaime. *Documenta: Autores y textos de Risaralda. Panorama literario risaraldense*, 1998. (Obra inédita).
- Ortiz Sarmiento, Carlos Miguel. “La acumulación comercial en la región caldense después de la colonización” (Conferencia). Pereira: Banco de la República, Museo del Oro, 17 de marzo de 1986.
- Rabanal, Rodolfo. “32 consideraciones a propósito de un oficio”. Revista de Literatura Quimera, No. 23, Barcelona, febrero de 1986.
- Robledo Castillo, Jorge y Prieto Ramírez, Samuel Darío. “Sismos, bahareques y arquitectura republicana”. Revista Pereira Cultural, No.15. Instituto de Cultura de Pereira, febrero de 2002.p.43-52.
- Traba, Marta. “El Bolívar desnudo”. Revista Variedades, No. 204. Pereira, 12 de agosto de 1956.
- Valencia Solanilla, César. “La novela colombiana contemporánea en la Modernidad”. En: *Manual de Literatura Colombiana*, Tomo II. Bogotá: Procultura-Planeta, 1985. p. 463-510.
- Verón Ospina, Alberto. “Ciudad de cemento Ciudad de aburrimiento”. Semanario cultural de Las Artes, No. 171. Diario del Otún, Pereira, 29 de febrero de 1992.
- “Los amos de la ciudad”. Semanario cultural de Las Artes, No. 172. Diario del Otún, Pereira, 7 de marzo de 1992.
- Villegas, Silvio. “La torre de los panoramas”. Periódico El Diario, N. 5681. Pereira, 30 de agosto de 1948.
- Villegas Echeverri, Luis Carlos. “¡La recuperación del eje cafetero es un hecho!. Conozca cómo lo beneficia a usted”. Pereira: Forec/Fondo Editorial de Risaralda, 1999.

## **Diarios**

*El Esfuerzo*

1905-1906

Director: Emiliano Botero L.

*Sangre Nueva*

1919

Director: Eduardo Correa Uribe

*El Día*

1922

Director: Eduardo Correa Uribe

*La Tarde*

1922

Director: Eduardo Correa Uribe

*Colombia en marcha*

1942

Director: Ernesto Munevar

*Diario del Otún*

1977-

*La Tarde*

1985-

### **Revistas**

*Revista Pereira 1863-1923*

Director: Julio Rendón Echeverri

*Cromos. Revista Semanal Ilustrada*

Bogotá, 1923 – 1925

*Variedades*

1925-1927. Primera época

Director: Emilio Correa Uribe

1952-1956. Segunda época

Director: Gonzalo Mejía Echeverry

*Lengua y Raza*

1926

Director: Víctor M. López

*Panoramas. Revista Quincenal*

1937

Director: Alfonso Mejía Robledo

*Exposición. Revista Ilustrada y Documental*  
1939

Director: Augusto Moncada

*Pereira en la intimidad*  
1971

Director: Jorge Grisáles Pérez

*Pereira Cultural*  
1983 - 2002

Director fundador: Eduardo López Jaramillo

*Revista de Ciencias Humanas*  
Universidad Tecnológica de Pereira  
Década del noventa  
Director: César Valencia Solanilla

## CONTENIDO

*Envío*

00

*Visión inicial*

4

*¡El hombre increíble!*

14

Reconfigurar la ciudad o  
la dimensión de la luz en el tejado

21

El huevo de cristal o  
los destellos del documento histórico

33

Las lámparas de la vigilia o  
la forma periódica de un registro

54

Visión estereoscópica o  
la poética de un Texto escrito a varias manos

92

Superficies de vidrio:  
*El intelectual y la provincia*

123

*El ojo intermitente/ Advenimientos:*

R de visita

129

Bibliografía

144

*El autor agradece a los artistas  
Viviana Ángel, Jesús María Calle,  
Carlos Enrique Hoyos y Juan Carlos Londoño,  
su generosidad al permitir acompañar  
el presente texto con sus obras:  
otra forma de leer una ciudad que  
reclama color y sentido en la  
arquitectura de sus presagios y  
silencios*

